POR QUÉ
LAS MUJERES
ABANDONAN
LA POLÍTICA

EL SÍNDROME BORGEN

NURIA VARELA

SINE QUA NON

1. El síndrome Borgen
2. Prólogo
3. Introducción. La retórica de la igualdad
4. 1. El síndrome Borgen
5. 2. Cómo acabar con las mujeres en política
6. 3. La paridad no era esto
7. 4. El relato, el maldito relato
8. 5. Las herramientas del amo no desmontarán
9. Epílogo. Y, sin embargo, se mueve
10. Bibliografía
11. Sobre este libro
12. Sobre Nuria Varela
13. Créditos
14. Notas

Nuria
Varela

El síndrome Borgen

¿Por qué las mujeres abandonan la política?

SINE QUA NON

Para mi hijo, con esperanza.
Para Almudena Grandes, allá donde estés, compañera.
Para todas las mujeres que luchan por todas las demás.

Prólogo

¿Deberían votar los hombres?

Cuenta Anna Russell que, un día antes de deslumbrar al público con su ingenioso acto satírico «Falso Parlamento» en 1914, Nellie McClung, autora y sufragista canadiense, se sumergió en un peculiar discurso pronunciado por sir Rodmond Roblin, un político de Manitoba, provincia de Canadá. En una asamblea legislativa repleta de mujeres que exigían el derecho al voto, Roblin no tuvo ningún reparo en expresar su oposición al sufragio femenino, apelando, entre otras cosas, a la supuesta naturaleza dulce y maternal de las mujeres. McClung, atenta espectadora, lo observó meticulosamente, captando cada gesto, desde cómo ajustaba las solapas de su chaqueta hasta de qué forma se frotaba los meñiques y se balanceaba sobre sus talones, como relataría más tarde en su autobiografía.

La noche siguiente, en un teatro cercano, McClung y el resto de las activistas de la Liga de Manitoba por la Igualdad Política presentaron *El Parlamento de la mujer*, una representación satírica de una legislatura alternativa. En este escenario imaginario, las mujeres tenían el poder y debatían sobre la concesión del voto a los hombres. McClung adoptó el papel que Roblin había desempeñado el día anterior, dirigiéndose a su audiencia, compuesta tanto por hombres como por mujeres, con una condescendencia cortés. Dos años después, las mujeres de Manitoba se convertirían en las primeras canadienses con derecho al voto.

Esta es parte del discurso que la sufragista pronunció en el

escenario:

Caballeros de la delegación:

Es para mí un placer recibiros hoy aquí. Nos gustan las delegaciones y, aunque es la primera vez que nos pedís el voto, esperamos que no sea la última [...]. Os felicitamos también por la tranquila disposición y delicados modales con que acudís a nuestra presencia [...]

Por desgracia no puedo daros lo que pedís, ¡ya que los hechos se confabulan contra vosotros! [...]

El sufragio masculino provocaría en nuestra hermosa provincia un libertinaje extravagante, amén de representar un gasto inasumible. Me pedís no solo que baje al hombre del pedestal, sino que lo arrastre por el barro, y con sinceridad os digo que no lo haré, porque admiro y reverencio al hombre.

[...] No, no, el hombre fue creado con un propósito más elevado y sagrado que el voto. El hombre fue creado para sustentar a la familia y el hogar, que es el baluarte de la nación. ¿Qué es un hogar sin el padre?, ¿qué es un hogar sin la cuenta en el banco? [...] ¿Queréis que aparte al hombre del arado útil y la siembra necesaria, y lo ponga a hablar por las esquinas sobre temas que no le conciernen? [...]

En Estados Unidos, donde el hombre vota, hay un divorcio por cada matrimonio, porque la política desconcierta al hombre y hace que deje de pagar facturas, que rompa muebles y rompa los votos sagrados. Cuando me pedís sufragio, me pedís que rompa hogares tranquilos y felices, que vuelva del revés vidas inocentes, y con sinceridad os digo que no lo haré. Soy una mujer chapada a la antigua y creo en la santidad del matrimonio.

[...] Hay muchos ejemplos desafortunados del hombre metido en política. Nerón, Herodes, el rey Juan no son héroes dignos, pero queréis que los muestre como ejemplo a los jóvenes. ¿Cómo se atreve el hombre a pedir el voto a la luz de tales ejemplos?

[...] Vuestro pequeño cerebro no abarca lo que implica dirigir este Gobierno. Es un cerebro que solo se fabrica en tamaño infantil, ¡y aun así creéis que me podéis aconsejar a mí, una mujer que ya dirigía gobiernos cuando vosotros todavía estabais en la trona dando cucharazos contra el platito!

[...] Mi deseo más fervoroso para esta tierra de promesas es que se

> me conceda una larga vida para guiar su destino entre las naciones de la tierra [...]. Tengo la firme esperanza de que se me permitirá vivir mucho para llevar con orgullo la vieja bandera de este viejo y magnífico partido que tantas veces ha caído en desgracia, pero ¡gracias a Dios!, nunca ha sido derrotado.[1]

El «Falso Parlamento» de McClung ilustra la manera en la que históricamente las mujeres han tenido que hacer política desde fuera de las instituciones cerradas para ellas. Entre otras muchas cuestiones, la lucha de las mujeres por construir una sociedad en la que puedan vivir y respirar ha sido una lucha por la palabra. Como relata José María Perceval,[2] todo comenzó en torno a una hoguera contándose historias que luego se transcribieron en papel, se reprodujeron en una imprenta, se leyeron en un periódico, se escucharon en una radio y se proyectaron en un medio audiovisual, hasta llegar a un mundo que dedica más de la mitad del PIB mundial a través de los medios de comunicación a desarrollar la industria del ocio, el entretenimiento, la cultura, la educación y la información.

Si nos centramos en el movimiento feminista, también podemos diferenciar con claridad los canales de comunicación en las diferentes olas, empezando por los clubes de discusión, los salones literarios y políticos que surgieron en París y se extendieron durante el siglo XVIII, que, aunque formalmente ubicados dentro de la esfera doméstica, tenían fuertes connotaciones públicas; pasando por los periódicos y panfletos militantes, hasta las primeras manifestaciones de las sufragistas, ya en el espacio público, y todos los actos de protesta de la Tercera Ola, en los que se incluyen tanto la irrupción en los concursos de belleza como la quema de sujetadores o los manifiestos de autoinculpación. La Cuarta Ola, sin duda, es hija de su tiempo y es ciberactiva. Se caracteriza por el uso de internet y las redes sociales como herramienta de comunicación clave para el feminismo actual.

Pero a pesar de los tres siglos feministas, en ese largo trayecto desde la hoguera al metaverso, el «neutro universal» continúa siendo un masculino singular que traslada el relato conforme a su mirada y sus intereses. En la historia de la comunicación, aun con sus espectaculares cambios a lo largo del tiempo, el capital que la alimenta ha estado casi sin excepciones en manos masculinas y el poder de la toma de decisiones, también.

Si damos por buena la hipótesis de que los pueblos que no tienen historia no tienen futuro porque no tienen legitimidad, ¿cómo se puede conseguir la legitimidad para las mujeres excluidas de este relato? ¿Es posible acabar con la violencia si no se consigue el respeto para las mujeres como mitad de la población, alejadas de esa mirada que aún nos considera un colectivo problematizado?

Este libro es una reflexión sobre la presencia —y la ausencia— de las mujeres en la toma de decisiones, más allá de los números, más allá de la igualdad formal o la paridad. El feminismo ha trabajado estrategias para la llegada a los lugares en los que se tiene voz (cuotas, paridad...), pero no ha desarrollado habilidades eficaces frente a la tremenda resistencia patriarcal ni para permanecer en ellos, ni para que esa presencia de mujeres signifique la consolidación de políticas feministas. Recogemos la preocupación que traslada Laura Bates: «¿Y si las multitudes de mujeres maltratadas fueran canarios cuyos trinos en las minas de carbón nadie oye? ¿Y si nuestra insensibilización a la omnipresente micromisoginia nos está impidiendo reconocer una crisis en toda regla?».[3]

Angela McRobbie denomina al momento actual como «la complejización de la reacción», refiriéndose a cómo la respuesta organizada, concertada y conservadora para desafiar las conquistas del feminismo que Susan Faludi explicó en su libro *Reacción*[4] se ha reactivado con la ayuda de la androsfera o machosfera. A ello podemos sumar la abundancia de

hiperliderazgos masculinos (íntimamente unidos al crecimiento de los partidos y movimientos populistas), el desarrollo de la derecha alternativa, la ultraderecha y los movimientos neofascistas en todo el mundo, el incremento de la violencia política, la aparición de la denominada «furia trans» y su práctica de violentar y cancelar a todo el feminismo no *queer* y la aparición, desarrollo y consolidación de las *fake news*, así como la debilidad de la verdad en el ámbito público y en los medios de comunicación.

En este momento, esa reacción compleja que el feminismo detecta y analiza parece tener como principales objetivos desarticular al movimiento feminista a través del descrédito, tanto de su discurso como de sus militantes: volver al silencio. La ofensiva está siendo tan dura que en algunos artículos de las periodistas más jóvenes se llega a hablar de «disociación» para poder soportar la brecha entre la razón feminista y la vida que llevamos... En las redes sociales, en algunas series que proyectan una mirada crítica, en algunas expresiones populares... comienzan a dibujarse los trazos de un profundo y nuevo malestar asentado en la retórica de la igualdad y traducido en el ámbito político como lo que hemos denominado el «síndrome Borgen», haciendo alusión a la serie de televisión danesa que reflejó hace ya más de diez años los síntomas de que en la palabra «empoderamiento» había más trampas de las que pensábamos.

Así, el síndrome Borgen consistiría en que millones de niñas nacen en países, culturas o territorios en los que buena parte de ellas no tienen ni posibilidades de vida, millones de mujeres, en esos mismos países, culturas y territorios, soportan una violencia estructural que niega sus derechos humanos. En el resto del mundo, en los lugares donde reina lo que la teoría feminista definió como «patriarcados de consentimiento», casi cualquier mujer es capaz de llegar a puestos de poder en el siglo XXI, pero

muy pocas consiguen ejercerlo y casi ninguna puede mantenerse. Aún más. Aquellas que logran mantenerse, no alcanzan a modificar las condiciones de vida de sus compatriotas (en el caso de que lo intenten) y aún menos las de las mujeres y niñas de países como Afganistán o Haití, por poner solo un par de ejemplos.

Sin ánimo de hacer espóiler, la respuesta a la pregunta del subtítulo de este libro es bastante obvia. ¿Por qué las mujeres abandonan la política? Porque es el patriarcado el que se ha empoderado en los últimos años. En realidad, las mujeres no abandonan la política, es la política la que las ha abandonado. En el caso de las feministas, el patriarcado ha dado un paso más, las ha expulsado. Parece necesario escuchar los trinos de los canarios de las minas de carbón de Bates para enfrentar la crisis en toda regla que tenemos encima.

Introducción

La retórica de la igualdad

> En lo relativo a silenciar a las mujeres, la cultura occidental lleva miles de años de práctica.
>
> MARY BEARD

La primera ministra neozelandesa, Jacinda Ardern, abandonaba su cargo el 18 de enero de 2023 de manera sorpresiva hasta para su propio partido. Sus explicaciones fueron que no tenía la suficiente energía para afrontar un nuevo mandato: «Tras seis años de grandes desafíos, soy humana. Sé lo que requiere este cargo y sé que ya no tengo suficiente energía para hacerle justicia», aseguró. Jacinda Ardern había ganado las elecciones en 2017 y se había convertido, con esa victoria, en la presidenta más joven del mundo cuando juró su cargo con treinta y siete años. Su renuncia fue sorprendente, pero no es la única mujer que ha abandonado la política en los últimos tiempos. Todo lo contrario. El número de mujeres líderes que dejan sus cargos es tan elevado que parece que podemos hablar de un síndrome, al que, como he señalado en el prólogo, me gusta llamar «síndrome Borgen» y que básicamente se resume en que casi cualquier mujer puede llegar al poder en las democracias del siglo XXI, pero casi ninguna consigue ejercerlo y, aún menos, mantenerse

en él.

En apenas un mes, enero de 2023, se despedían la primera ministra neozelandesa, Jacinda Ardern y la ministra principal de Escocia, Nicola Sturgeon, quien entonó el «no puedo más» después de ocho años en el cargo. Sturgeon y Ardern se fueron en medio de algunos reveses políticos, pero ni mucho menos por grandes escándalos y tampoco después de toda una vida en el poder. En realidad, Nicola Sturgeon no llevaba ni diez años en la primera línea política cuando dimitió. Solo hacía cuatro meses que había sucedido al frente del Partido Nacional Escocés al líder Alex Salmond, en 2015, cuando deslumbró en su primer debate electoral frente a David Cameron y Ed Miliband. Aquella mujer, a la que nadie conocía, ganó las elecciones.

Parece que la igualdad, lejos de ser un principio que atraviesa la política y las sociedades democráticas del siglo XXI, se ha convertido en una retórica. De una u otra manera, los estereotipos atacan a las mujeres en el poder y las lastran hasta el punto de pesar más que cualquier otro motivo. Tanto Ardern como Sturgeon han transmitido una misma sensación en su discurso de despedida. «No lo dejo porque sea duro, lo dejo porque no tengo suficiente energía para hacerle justicia», dijo la líder neozelandesa. Su homóloga escocesa siguió la misma línea ni un mes después: «No puedo dar a este trabajo cada gramo de energía que necesita». Palabras que hablan de malestares, de dobles y triples cargas, de habitar en un lugar que no parece estar hecho para ellas. Sturgeon no tiene hijos, pero en 2016 sufrió un aborto que hizo público: «Si eres una mujer, particularmente en una posición de responsabilidad, y no tienes hijos se asume que eres una bruja con el corazón helado, que ha decido dar prioridad a su carrera en lugar de tener hijos».

Las extrañas, las intrusas, se cuelan por las rendijas de un poder que se resiste a ser compartido. En España se vivió un fenómeno parecido en julio de 2022 cuando Dolores Delgado, la fiscal general del Estado, dimitía diciendo que renunciaba

porque su cuerpo estaba «roto». En las mismas fechas, Adriana Lastra abandonaba la Vicesecretaría General del PSOE explicando que su embarazo la obligaba a reposo y a cuidarse. Un par de meses antes, Elsa Artadi, portavoz de la Generalitat de Cataluña, también dejaba su cargo: «Dejo la política activa, no me siento con fuerzas para continuar. No puedo más». En España, si nos fijamos en las responsables de igualdad tanto en el Gobierno como en las comunidades autónomas e incluso en los partidos políticos, prácticamente todas han abandonado sus responsabilidades tras la decimocuarta legislatura, la que comenzó en diciembre de 2019 y terminó en mayo de 2023. La primera en renunciar fue Beatriz Gimeno, directora del Instituto de las Mujeres durante poco más de un año, desde enero de 2020, cuando fue nombrada, hasta marzo de 2021, fecha en la que dejó el puesto. A Gimeno le siguió Noelia Vera, la secretaria de Estado de Igualdad, que también dimitió en octubre de 2021 declarando que «cuando el cuerpo avisa, hay que saber parar, tomar aire y emprender otros caminos». Desde entonces, han dejado su cargo, por supuesto, quienes han perdido las elecciones, pero también quienes las han ganado e incluso las responsables de territorios que no tenían procesos electorales como Galicia o Andalucía.

Cuando nosotras llegamos, el poder está en otro sitio

Parece que el poder se resiste a democratizarse. O quizá, como muchas veces intuimos, cuando nosotras llegamos, el poder ya está en otro sitio. El mapa *Mujeres en la política: 2023*, creado por la Unión Interparlamentaria (UIP) y ONU Mujeres, presenta los datos sobre las mujeres en puestos ejecutivos y parlamentos nacionales. A fecha de 1 de enero de 2023, había 17 jefas de Estado en un total de 151 países (excluyendo los sistemas

monárquicos), y 19 jefas de Gobierno de un total de 193 países, lo que significa un 11,3 y un 19 por ciento respectivamente. Es un incremento, sin duda, en comparación con hace un decenio, cuando las cifras eran del 5,3 y el 7,3 por ciento. Un incremento ridículo en diez años de trabajos por la igualdad y la paridad. Lo más inquietante es que en septiembre ya había descendido el número. Si el 1 de enero de 2023 había 36 mujeres en el cargo de jefas de Estado y/o Gobierno, el 15 de septiembre había tan solo 28. Esto significa que, a este ritmo, según los cálculos de Naciones Unidas, la igualdad de género en las más altas esferas de decisión política no se logrará hasta dentro de 130 años.

En todo el mundo, menos de un ministro de cada cuatro es mujer. Solo hay trece países en los que las mujeres ocupan el 50 por ciento o más de los puestos de ministras del Ejecutivo que dirigen áreas políticas. Las cinco carteras más ocupadas por ministras son —por este orden—, Mujer e Igualdad de Género, Familia e Infancia, Inclusión Social y Desarrollo, Protección Social y Seguridad Social, y Asuntos Indígenas y Minorías.

Únicamente el 26,5 por ciento de los escaños parlamentarios nacionales están ocupados por mujeres. En 1995, el porcentaje registrado era del 11 por ciento. Es decir, se ha incrementado en apenas 16 puntos en casi treinta años. Actualmente, solo seis países tienen un 50 por ciento o más de mujeres en el Parlamento en cámaras bajas o parlamentos unicamerales. Otros 23 países han alcanzado o superado el 40 por ciento. En todo el mundo, hay 22 estados en los que las mujeres ocupan menos del 10 por ciento de los escaños en cámaras bajas o parlamentos unicamerales. Con el nivel de avance actual, calcula Naciones Unidas que la paridad de género en los cuerpos legislativos nacionales no se logrará antes de 2063.

Las mujeres ocupan el 36 por ciento de los escaños parlamentarios en América Latina y el Caribe, y constituyen el 32 por ciento de los parlamentos de Europa y América del Norte. En el África subsahariana hay un 26 por ciento de mujeres

legisladoras, seguidas de Asia oriental y sudoriental, con un 22 por ciento; Oceanía, con un 20 por ciento; Asia central y meridional, con un 19 por ciento; y África septentrional y Asia occidental, con un 18 por ciento de parlamentarias.

Siempre somos demasiadas

Cuando publiqué mi primer libro *Íbamos a ser reinas*, centrado en la violencia de género, bueno, en aquel momento ni siquiera la llamábamos así, era 2002, aún no había sido aprobada la ley integral.[5] En aquellas fechas se habían escrito muy pocos libros sobre el tema, el de Ana María Pérez del Campo *Una cuestión incomprendida: el maltrato a la mujer*,[6] que probablemente fue uno de los primeros, y también el de Miguel Lorente, *Mi marido me pega lo normal*.[7] Poco más. Sin embargo, recuerdo cómo en todas las entrevistas me preguntaban por qué se estaban publicando tantos libros sobre violencia contra las mujeres en España en ese momento. Reviso la bibliografía de esa obra y me salen apenas una docena de títulos publicados en España sobre el tema y, curiosamente, la mayoría escritos por hombres.

Sara Berbel, experta en igualdad y políticas públicas, señala que los estudios demuestran que, si hay un 17 por ciento de mujeres en una sala, los hombres perciben que, por lo menos, la mitad del grupo es femenino —el 17 por ciento se transforma en un 50 por ciento de percepción—, y cuando el número de mujeres llega al 33 por ciento, los varones están convencidos de que hay más mujeres que hombres en el grupo. Los hombres perciben consistentemente más paridad de género de la que realmente existe y, más de la que perciben las mujeres, en todos los ámbitos sociales.[8] Es el espejismo de la igualdad, el ruido —mediático y político, especialmente—, nos hace creer que, por

ejemplo, hay cantidades ingentes de recursos contra la violencia de género y una igualdad ya conseguida. Berbel pone de ejemplo que, si somos capaces de recordar a tres alcaldesas, creeremos que hay un montón, sin embargo, en 2023 había en España 1.986 alcaldesas de un total de 8.121 regidores, es decir, el 24,46 por ciento. De igual manera, si hay algunas mujeres muy mediáticas, la percepción es de sobrerrepresentación.

Por ejemplo, Vox, partido español de ultraderecha fundado en diciembre de 2013, solo tiene un 27,27 por ciento de diputadas en el Congreso, sin embargo, la estrategia de nombrar algunas mujeres portavoces en distintos parlamentos, y en un contexto en el que la mayoría de los partidos políticos respetan la paridad, hace parecer que ellos también. Actualmente en España ocurre con las presidentas de las comunidades autónomas. Tan solo hay 5 de 19 (Baleares, Cantabria, Extremadura, Navarra y Madrid), pero la presencia mediática de la presidenta de esta última, Isabel Díaz Ayuso, es tan abundante que la percepción de la ciudadanía es de igualdad. En 2023, las mujeres eran el 26,32 por ciento en las presidencias de las CC. AA., una más que en la legislatura anterior, pero en esos gobiernos autonómicos, las consejeras, que eran 94 en la anterior legislatura, han bajado a 87. Ni Cantabria, ni Castilla y León, ni Madrid, ni Murcia, ni Navarra, respetaban la paridad en 2023. Como dice Naciones Unidas, a este ritmo...

Las cosas aún empeoran si nos fijamos en otros ámbitos. Así, la presidencia de las cámaras oficiales de comercio, industria, servicios y navegación en España en 2023 tan solo cuenta con un 8,64 por ciento de mujeres —hace veinte años, en 2003, eran el 2,38 por ciento—. En los órganos de dirección de las empresas del IBEX 35, las mujeres tienen una presencia de un 30 por ciento, lo que aparenta reparto de poder, salvo si diferenciamos los cargos. Ese 30 por ciento se queda en que solo hay una mujer CEO,[9] lo que supone el 2,94 por ciento; un 19 por ciento en puestos ejecutivos, y el dato que distorsiona la estadística: un 44

por ciento en puestos no ejecutivos. Si miramos los consejos de administración de las empresas del IBEX 35, en total son un 37 por ciento de mujeres que se reduce a un 11,76 por ciento en la presidencia, es decir, cuatro mujeres.

Recuerdo el día que entramos en la Bolsa de Madrid el equipo del Ministerio de Igualdad junto a la ministra Bibiana Aído y un nutrido grupo de expertas en el ámbito de la economía y la empresa con las que pretendíamos impulsar un proyecto que ayudase a la incorporación de mujeres a los puestos de toma de decisiones en las empresas del IBEX 35. En aquella época, la novena legislatura (2008-2011), era habitual que, para no nombrar mujeres, se recurriera a la disculpa de que «no hay mujeres preparadas en este campo». La idea de ir a la bolsa era una manera simbólica de presentar el inicio de ese programa de mentoría. Desde luego que fue simbólica. Nada más entrar, antes de decir ni buenos días, un grupo de señores que estaba dentro nos miraron con la misma proporción de sorpresa y horror, y uno de ellos no pudo (o no quiso) reprimir sus pensamientos y soltó en una exclamación bien contrariada: «¡Aquí también! ¡Hasta aquí han llegado!». Y abandonaron el lugar, solo hasta que nos fuimos, claro.

Según el Foro Económico Mundial (FEM) el mundo ha recorrido solo un 68,6 por ciento del camino hacia la paridad (Foro Económico Mundial, 2020). De hecho, en la actualidad, 49 países siguen sin tener leyes que protejan a las mujeres de la violencia y una de cada cinco mujeres de entre quince y cuarenta y nueve años afirma haber sufrido violencia física o sexual en el último año (Naciones Unidas, 2020).

Tampoco son más optimistas los cálculos de Naciones Unidas en este ámbito. Según el organismo internacional, tardaremos 286 años en superar la brecha en materia de protección legal y suprimir las leyes discriminatorias imperantes, hasta 140 años para que las mujeres se vean representadas en pie de igualdad en los cargos de poder y liderazgo en el ámbito laboral, y al

menos 40 años en alcanzar la igualdad de representación en los parlamentos nacionales. En otras áreas críticas, incluida la de la pobreza y el hambre, la trayectoria actual indica un retroceso preocupante después de décadas de progreso. A finales de 2022, alrededor de 383 millones de mujeres y niñas vivían en la pobreza extrema (con menos de dos dólares al día). Casi 130 millones de niñas están fuera del sistema educativo en todo el mundo y más de la mitad vive en contextos afectados por los conflictos. Las brechas, lejos de disminuir, aumentan. Todos estos datos son anteriores a la destrucción de Gaza.

Ciento doce años para la primera presidenta

No podemos saber si, como dice Naciones Unidas, en 130 años conseguiremos la igualdad en las jefaturas del Gobierno, pero sí sabemos que a las mujeres nos costó ciento doce años llegar, si damos por bueno que la lucha comenzó en 1848, cuando un puñado de militantes antiesclavistas se reunieron en una pequeña capilla del estado de Nueva York, tomaron conciencia de su situación, suscribieron la *Declaración de Seneca Falls*, que ellas llamaron «Declaración de Sentimientos», e iniciaron el sufragismo, el movimiento político y social que consiguió el derecho al voto para las mujeres. Ciento veinte años transcurrieron hasta que el 21 de julio de 1960 Sirima Bandaranaike se convirtió en la primera mujer elegida jefa de un Ejecutivo. Ocurrió en Ceilán, hoy Sri Lanka, y ocurrió, como era de suponer, cuando nadie lo esperaba.

> Convención sobre los derechos de la mujer. El miércoles y jueves, 19 y 20 de julio a las 10.00 horas de la mañana, se celebrará en la capilla metodista, Seneca Falls, estado de Nueva York, una convención para discutir los derechos y la condición social, civil y religiosa de la mujer. El primer día se celebrará una sesión

> exclusivamente para mujeres, a las que se invita cordialmente. El público en general está invitado a la sesión del segundo día, cuando Lucretia Mott de Filadelfia, y otras damas y caballeros, se dirigirán a los presentes.[10]

Así se anunció la Convención en un periódico local. Entre la gente invitada y el público que acudió tras leer el periódico, se congregaron alrededor de trescientas personas. La reunión, como decía el anuncio, se había convocado para estudiar las condiciones y derechos sociales, civiles y religiosos de las mujeres. Cuando esta terminó, después de los dos días de conversaciones, redactaron un texto cuyo modelo es la Declaración de Independencia de Estados Unidos. Se trataba de la *Declaración de Seneca Falls*. Este acontecimiento marcó un hito en el feminismo internacional al quedar consensuado uno de los primeros programas políticos feministas. La Convención fue el primer foro público y colectivo de las mujeres.

La *Declaración de Seneca Falls* se expresaba de forma muy rotunda contra la negación de derechos civiles y jurídicos para las mujeres. También se enfrentaba a las restricciones políticas: no poder votar, ni presentarse a elecciones, ni ocupar cargos públicos, ni afiliarse a organizaciones políticas o asistir a reuniones políticas. Iba también contra las barreras económicas: la prohibición de tener propiedades, puesto que los bienes eran transferidos al marido; la prohibición de dedicarse al comercio, tener negocios propios o abrir cuentas corrientes. Las mujeres se convertían en sujeto de la acción política.

A partir de esa fecha, las mujeres estadounidenses empezaron a luchar de forma organizada a favor de sus derechos, tratando de conseguir una enmienda a la Constitución que les diera acceso al voto. En 1869, Wyoming se convertía en el primer estado que reconocía el derecho del voto a las mujeres. ¡Veintiún años después de la *Declaración de Seneca Falls*! Aún hubo mucho trabajo hasta que el presidente Woodrow Wilson anunció

su apoyo al sufragismo y, un día después, la Cámara de Representantes aprobó la decimonovena enmienda. Aún tardó en entrar en vigor. Por fin, en agosto de 1920, el voto femenino fue posible en Estados Unidos.

El sufragismo fue un movimiento épico donde las mujeres demostraron su capacidad y su paciencia. De todas las mujeres que se reunieron en Seneca Falls, solo Charlotte Woodward, entonces una jovencísima modista de diecinueve años, vivió lo suficiente como para poder votar en las elecciones presidenciales de 1920.

Elizabeth Cady Stanton, la sufragista que leyó la «Declaración de Sentimientos» en 1848, pronunció, con casi ochenta años, tras toda una vida de trabajo público en defensa de los derechos de las mujeres, el discurso «La soledad del ser» en 1892, cuando renunció a la presidencia de la Asociación Nacional Americana de Mujeres Sufragistas:

> La razón más poderosa para dar a la mujer todas las oportunidades de educación superior, para el desarrollo pleno de sus facultades, capacidades de mente y cuerpo, para darle el máximo nivel de libertad de pensamiento y acción, libertad completa de todo tipo de ataduras, sean las de las costumbres, dependencias o supersticiones, de todo tipo de influencias y temores lastrantes, es la soledad y la responsabilidad individual y personal de su propia vida. Si pedimos que se oiga la voz de la mujer en el gobierno bajo el que viven, es por su derecho de nacimiento a la soberanía propia: porque, como individuo, solo puede depender de ella misma. Por mucho que las mujeres prefieran apoyarse en ellos, que las protejan y sustenten, por mucho que los hombres así las quieren, tienen que recorrer solas el camino de la vida y su seguridad depende de que conozcan las leyes de este viaje. Para conducirnos hemos de ser capitanes, ingenieros, timoneles, con mapa y brújula para conocer el rumbo; conocer los vientos y mareas, y saber cuándo zarpar, y leer los astros del firmamento. No importa si quien viaja es hombre o mujer. La naturaleza los ha dotado de igual manera y, en el momento del peligro, los deja a merced de su propia habilidad y criterio, para que

> muestren su valía o perezcan. [...] Para valorar la importancia de capacitar a cada persona para la acción independiente pensemos por un momento en la inmensurable soledad del ser [...] ¿No es presuntuoso por parte del hombre atreverse a representarla en las urnas o ante Dios, votar por ella, rezar en su lugar y ocupar la posición de sumo sacerdote en el altar de la familia? [...] Es mofa cuando se habla de proteger a la mujer de la tempestad de la vida, porque la padece igual que el hombre; y con resultados más letales, ya que a él se le enseñó a protegerse, a resistir, a conquistar [...] Yo os pregunto, ¿quién puede?, ¿quién se atreve a asumir los derechos, los deberes y las responsabilidades de otro ser humano?[11]

Ochenta años para conseguir el voto y ciento doce para llegar a la presidencia de un país. Sirima Bandaranaike llegó al puesto de primera ministra siguiendo la estela de su esposo, que había ocupado el cargo hasta su asesinato, tres años antes. Ella continuó el trabajo de su marido y fue jefa de gobierno hasta 1965. Después de Bandaranaike, en 1966, Indira Gandhi se convirtió en primera ministra de la India. La hija de la figura esencial de la independencia del país, Jawaharlal Nehru, ocupará el cargo hasta 1977, y posteriormente, desde 1980 hasta su asesinato, cuatro años más tarde.

Y fue precisamente en ese año, en 1980, cuando Islandia se convirtió en el primer país del mundo en elegir en unas elecciones a una mujer como presidenta, a Vigdís Finnbogadóttir. Así que, en realidad, siendo precisas, tardamos 132 años. La presidenta islandesa fue reelegida tres veces, hasta 1996. Seis años antes, Isabel Perón había sido designada presidenta de Argentina al fallecer su esposo, Juan Domingo Perón, pero, igual que en los casos anteriores hasta la elección de Finnbogadóttir, había accedido al cargo sin pasar por unas elecciones, son las presidentas «familiares», las mujeres que acceden a altos cargos políticos por formar parte de una familia gobernante a la que el sexo del candidato en cada momento no les resulta relevante. En estos casos son las familias las que

ocupan el poder, no los individuos.

Esa excepcionalidad de las mujeres en el poder, ese goteo individual, comienza a desaparecer en favor de dinámicas de mayor habitualidad hasta llegar a la paridad —porcentajes de mujeres y hombres en los que ningún sexo está por debajo del 40 por ciento de representación—, que Suecia consigue, por primera vez en el mundo, en 1994. Veinte años después, el país escandinavo rompe una nueva barrera al ser el primer país del mundo cuyo Gobierno se proclama feminista y pone la igualdad de género en el centro de sus prioridades, aunque fue Ruanda el país que consiguió el primer Parlamento con mayoría de mujeres. Ocurrió en 2008, tras el genocidio de los tutsi en 1994, cuando las supervivientes, en su mayoría, fueron mujeres. Ruanda dio un paso más allá de la paridad y se convirtió en el primer país en el mundo en tener en el Parlamento una mayoría femenina. En junio de 2020, de los 80 diputados de la cámara, 49 eran mujeres.

En 2015, Arabia Saudí, y solo en las elecciones locales, es el último país en reconocer derecho de voto a sus ciudadanas, 122 años después del primer país en hacerlo, Nueva Zelanda, en 1893. La islandesa Vigdís Finnbogadóttir aún continúa siendo la jefa de Estado más longeva del mundo excluyendo a la realeza, tras dieciséis años en el poder, lo cual es un doble récord, no solo por haber sido la primera, sino por haber conseguido una permanencia extraordinaria para las mujeres.

Una igualdad vacua, sin contenido

Apenas hay una veintena de mujeres líderes de estados en el mundo fruto de un viaje exageradamente largo y difícil desde la pequeña capilla metodista de Seneca Falls y su «Declaración de Sentimientos». Y, sin embargo, como hemos señalado, las mujeres están abandonando el poder con gran facilidad, sin

grandes crisis, sin grandes errores, sin desastres en su gestión que lo expliquen. Parece que la igualdad, lejos de ser un principio que atraviesa la política y las sociedades del siglo XXI, lejos de ser el nervio central de la democracia, se ha convertido en una palabra vacía de significado, en una retórica, en su acepción de vacua, falta de contenido.

Las mujeres han entrado en un ámbito hostil que no fue hecho por ellas ni para ellas. Más bien parecen okupas a las que en cualquier momento se las puede desalojar con cualquier cantidad de violencia. Como decía Simone de Beauvoir, este mundo que siempre ha pertenecido a los hombres conserva todavía la fisonomía que le han dado ellos.

Estas condiciones paradójicas invitan a reflexionar sobre el liderazgo político de las mujeres, incluso sobre la participación política real de estas y los elementos que la permiten, condicionan o restringen. También nos lleva a examinar la sostenibilidad y la dimensión real de la transformación de las democracias desde que se inició la lucha por el sufragio universal y la participación política. Incluso se puede afirmar que este núcleo profundo de normalización de la desigualdad en los sistemas democráticos ha facilitado el resurgir del antifeminismo y de la ultraderecha.

Nos encontramos en la situación paradójica de ver cómo el feminismo se ha convertido en algo popular, pero al mismo tiempo vacío de contenido. Una palabra que medio mundo manosea, una bandera que medio mundo enarbola y en la que se afirma sin rubor que cabe todo; por tanto, se ha despolitizado. El feminismo se ha convertido simultáneamente en enemigo a erradicar (derecha, ultraderecha y neofascismo), objeto de deseo (izquierda en general e izquierda posmoderna en particular) y potencia política de la que apropiarse (movimiento *queer* y parte del movimiento LGTBI).

En el tacticismo y las estrategias de apropiación y tergiversación, hay toda una ofensiva antifeminista y esta se

nutre del resentimiento patriarcal tradicional, en la población de más edad, y de un resentimiento nuevo que se siembra y agita contra el feminismo, entre las generaciones más jóvenes. El problema es que, desde la izquierda, se articula la ofensiva antifeminista básicamente con las mismas estrategias: *entrismo* (más allá de la apropiación) y descalificación y desprestigio, hasta el punto de que, actualmente, la mayor parte de los conceptos de la teoría feminista están vacíos de significado y las políticas de igualdad han desaparecido, la derecha las ha convertido en políticas de familia y la izquierda, en diversidad y políticas sociales.

Hay quienes desprecian la presencia de las mujeres en los puestos de toma de decisiones, incluso desde un autodenominado feminismo, lo llegan a calificar como el único interés de las mujeres «privilegiadas». Parece oportuno aclarar que las demandas por los derechos de las mujeres no solo son inexcusables, sino que su participación en la toma de decisiones en condiciones de igualdad es condición necesaria, aunque sin duda no suficiente —puesto que el reconocimiento y la representación no impiden la dominación—, para que una democracia lo sea. Sin mujeres no hay democracia y sin feministas no hay feminismo. No puede haber acción política sin discurso y no hay discurso sin pensamiento y teoría política. Así pues, la situación paradójica se convierte en imposible: políticas de igualdad sin feminismo.

Del dios Poseidón al presidente Trump

Mujeres y poder es un libro que recoge dos conferencias que Mary Beard, catedrática de la Universidad de Cambridge especializada en estudios clásicos, pronunció sobre el tema y en las que explica «cuán profundamente intrincados están en la

cultura occidental los mecanismos que silencian a las mujeres, que se niegan a tomarlas en serio y que las aíslan (a veces literalmente) de los centros de poder». Beard argumenta que las mujeres que han desafiado el modelo patriarcal y androcéntrico de poder han sido objeto de críticas, burlas, amenazas y violencia, y que se les ha negado la autoridad y la legitimidad para expresarse y actuar en el ámbito público desde la Antigüedad hasta la actualidad.

Para Beard el argumento es simple pero importante: por más que retrocedamos en la historia occidental, veremos siempre una separación radical entre las mujeres y el poder. Uno de los ejemplos que plantea es el de Medusa, que representa uno de los símbolos más potentes de la Antigüedad de dominio masculino sobre los peligros destructivos que implicaba la mera posibilidad del poder femenino. La conocida historia de Medusa es la de una mujer hermosa a quien Poseidón viola y posteriormente convierte en una criatura monstruosa que transformaba en piedra a cualquiera que la mirase. Perseo fue el que se encargó de matarla y cortarle la cabeza. Lo que resulta chocante, señala Beard, es que hoy en día esta decapitación siga siendo un símbolo cultural de oposición al poder de las mujeres. La cara de Angela Merkel[12] se ha superpuesto mil veces a la cabeza de la Medusa. También recuerda Beard cómo un columnista llamaba a Theresa May, durante la época que fue ministra de Interior,[13] la «Medusa de Maidenhead». A este apelativo, el periódico *Daily Express* respondió: «La comparación con la Medusa puede que sea un poco fuerte. Todos sabemos que la señora May lleva un peinado muy bonito».

Aunque la peor parte, según recoge Beard, se la llevó Hillary Clinton, de quien los partidarios de Donald Trump confeccionaron un gran número de imágenes en las que sus rizos se habían convertido en serpientes. Estos montajes no fueron algo anecdótico en la parte más escondida de internet, sino que

se convirtieron en una imagen reconocida al estamparse en camisetas, chalecos, tazas de café, bolsas para la compra, fundas para portátiles... Una vez más, la banalización de la violencia de género, parafraseando a Hannah Arendt. Para acabar de explicar las evidentes diferencias, Beard relata que también en una escena satírica de la televisión estadounidense se presentó una falsa cabeza cortada del propio Trump, pero en ese caso, la humorista que lo había hecho fue despedida de su trabajo.

A este ritmo...

Como diría Celia Amorós, quizá las posmodernas puedan criticar que caigamos en «metanarrativas», pero no tenemos la culpa de que algunos mecanismos patriarcales sean recurrentes bajo diversas modalidades, en todas las sociedades históricas, y perseveren con éxito aún en la actualidad.

1

El síndrome Borgen

> Todo periodo de conmoción política vuelve a cuestionar la relación entre los sexos a través de la reformulación del lazo social en su conjunto.
>
> GENEVIÈVE FRAISSE

Borgen se puede traducir literalmente por «castillo», pero en Dinamarca es el término coloquial con el que se conoce el palacio de Christiansborg, el edificio donde residen los tres poderes: el Parlamento (el Folketing), la oficina del primer ministro y la Corte Suprema. Por otro lado, un ala del palacio también es utilizada por la familia real. Así que el Christiansborg es la sede de los tres poderes supremos de Dinamarca: el poder ejecutivo, el poder legislativo y el poder judicial, lo que constituye un caso único en el mundo. Pero *Borgen* también es la serie de televisión danesa que se emitió en tres temporadas entre 2010 y 2013 —con una cuarta que se estrenó en 2022—, y que se convirtió en un éxito inesperado.

La serie relata el ascenso de Birgitte Nyborg a primera ministra, la primera mujer danesa en ocupar ese puesto. Cuando Birgitte consigue dirigir el país, su marido se encarga de hacer

las tareas domésticas y de cuidados de su hijo y su hija. Ambos habían pactado una alternancia de cinco años cada uno. A él le parece mal, reconoce en un diálogo la protagonista, porque piensa que no se puede interrumpir las carreras cada cinco años. Solo aguanta la primera temporada. Antes de terminar, Birgitte ya está divorciada.

Aunque Borgen comienza con una cita de *El príncipe* de Maquiavelo, lo cierto es que en el primer capítulo de la primera temporada se enseña la cara B de la política, no la de la maldad y las mentiras frecuente en las series, sino esa que habitualmente no se muestra bien porque se esconde, bien porque los hombres en el poder no la tienen: la de los cuidados, la familia, los cambios físicos y psicológicos del ciclo vital, la vida cotidiana...

—Recojo a mi hijo de un cumpleaños —dice Birgitte Nyborg.

—¿Te lo estás tomando en serio? —responde su director de campaña.

—Trabajo dieciséis horas al día. Es sábado, son las cinco de la tarde y voy a hacer lo que les prometí a mis hijos hace tres semanas —aclara ella.

Borgen se adelantó al fenómeno mediático de la incorporación de las mujeres a la primera línea política y mostró los peligros, las dificultades y, en ocasiones, incluso la derrota personal que supone entrar en un poder hecho por y para los hombres. Pero también fue pionera en tratar en una serie la política de un pequeño país europeo con apenas seis millones de habitantes, muchas de cuyas situaciones poco después ocurrirían en la vida real. De hecho, Birgitte Nyborg fue la primera ministra en la ficción en 2010 y, un año más tarde, en octubre de 2011, Helle Thorning-Schmidt asumió ese puesto en la realidad.

Como Birgitte, Helle Thorning-Schmidt apenas estuvo cuatro años en el cargo de primera ministra, hasta las elecciones de 2015 en las que su partido, a pesar de aumentar su apoyo popular en votos, porcentaje y escaños, no consiguió formar

gobierno y Thorning-Schmidt también dimitió de todos sus cargos. Pero *Borgen* no es una serie predictiva, ni tenían una bola de cristal, simplemente supieron leer el momento político y, como sabemos, no hay nada más universal que lo local. Lo local se hizo significativo.

Resulta curioso que cuando los analistas políticos comentan *Borgen*, lo que destacan de la serie es la capacidad de pactar que tenía la primera ministra y el papel del «centro» en un Gobierno de coalición inesperado con una primera ministra inesperada. Sin embargo, en realidad, la serie mostró el poder político como una creación masculina que utiliza, exprime y expulsa continuamente a las mujeres en un ciclo al que muy pocas sobreviven, a pesar de sus talentos, su capacidad de trabajo, sus ideas o su inteligencia.

La Real Academia define «síndrome» como el conjunto de signos o fenómenos reveladores de una situación, generalmente negativa. En la serie *Borgen*, prácticamente aparecen todos los que se repiten cuando las mujeres llegan al poder y se desarrollan hasta que este consigue expulsarlas. En el puesto número uno, sin duda, continúa la presión sobre el cuerpo, el aspecto y los ciclos vitales de las mujeres. La apariencia es una constante incluso en la protagonista de Borgen, esta mujer «normal», que va a trabajar en bicicleta. Mucho más importante que su discurso es ponerse un buen traje, si es posible, negro.

La importancia del traje negro

Birgitte, en la primera temporada, tiene algo de sobrepeso y en el último debate de la campaña electoral confiesa públicamente que lleva «un vestido completamente equivocado para esta

ocasión. Pero la cuestión es que engordé demasiado para el traje de negocios que debería haber estado usando». La noche electoral, su marido le regala un traje negro nuevo. Se lleva a los niños a casa y le dice: «Pareces una mujer de Estado, una estadista».

Pareces... Supongo que sería gracias a su traje negro... Sin embargo, nadie la ve como una estadista; es, por encima de todo, en cualquier circunstancia y sea quien sea su interlocutor, una mujer. Segundo síntoma del síndrome: mujer por encima de todo. Los periodistas hablan de «follarse» a la primera ministra; la prensa la llama incompetente, le traicionan varios diputados; sus hijos están permanentemente demandando su presencia y su marido utiliza de manera recurrente la broma de «¿podría la primera ministra envolver regalos, barrer, recoger la mesa...?». Asimismo, la primera mentira en la prensa no tiene nada que ver con su gestión: intentan desacreditarla con su vida privada, y Birgitte se ve en la portada de un diario con la noticia falsa de que tiene una relación sentimental con su asesor de comunicación.

En el capítulo 5 de la primera temporada, ya ha dimitido una ministra por aparecer en la primera página de los periódicos unas fotos antiguas en las que está posando en ropa interior, de la época en la que era modelo. Nada que ver con su trabajo. Sin duda recuerda a la crisis de la primera ministra de Finlandia Sanna Marin, solo que *Borgen* se adelantó. Es la doble mirada, el doble rasero con el que se mide la labor de las mujeres. Casi nunca se valora su trabajo, lo que se cuestiona es su vida. Casi nunca son juzgadas o expulsadas de la política por su gestión, casi invariablemente el motivo está en su vida privada, permanentemente escrutada, desde el primer día de colegio.

Marin asumió su cargo como primera ministra en diciembre de 2019, a la edad de treinta y cuatro años, convirtiéndose así en la primera ministra más joven del mundo. Los medios

destacaron entonces el ascenso de Marin por su juventud y la identificaron con la feminización de la política y la visibilidad de la diversidad, porque es hija de una pareja homoparental formada por dos mujeres. Además, en su Gobierno, de diecinueve ministerios, doce estaban dirigidos por mujeres y de esas doce ministras —algo aún más excepcional— cinco eran las líderes de los cinco partidos que formaban la coalición.

La primera ministra se encuadraba en el ala ecosocialista del Partido Socialdemócrata de Finlandia (SDP). En sus tres años en el cargo, Marin destacó, entre otras gestiones, por su éxito en una impecable gestión de la crisis de la COVID-19, con las cifras más bajas de personas fallecidas e infectadas respecto a sus vecinos europeos, logrado además sin confinamiento ni saturación hospitalaria y, sin duda, ha sido la política más mediática de la historia de Finlandia. En apenas tres años al frente del Gobierno, despertó un gran interés y tuvo una tremenda popularidad.

Pero también desató grandes críticas por la parte de la sociedad que interpretó su juventud como inexperiencia, su confianza en sí misma como arrogancia y su naturalidad como exhibicionismo. Y este es otro síntoma del síndrome: todo el mundo alaba el liderazgo femenino siempre que sea un modelo que desarrollan los hombres.[14]

La filtración de unos vídeos privados en agosto de 2022 creó una enorme polémica internacional. En ellos, la primera ministra bailaba con un grupo de amigos. Marin pidió disculpas por las imágenes, incluso se hizo una analítica para demostrar que no había consumido drogas. A pesar de que los análisis confirmaron que no había tomado ninguna sustancia, como ella había repetido, y que meses más tarde una comisión parlamentaria reconoció que, al participar en las fiestas de los vídeos, no incumplió sus responsabilidades como primera ministra, Sanna Marin perdió las elecciones y el Gobierno, y su partido fue relegado a la tercera posición por apenas un punto de diferencia.

La polémica también encendió el debate sobre las responsabilidades que se exigen a las mujeres, sobre todo a las mujeres jóvenes, en el ejercicio de la política, hasta el punto de que se desencadenó una campaña de apoyo en redes sociales con el hashtag #SolidaritywithSanna, con el que miles de mujeres colgaron vídeos bailando igual que lo hacía la primera ministra. Pero antes incluso de que se viese envuelta en la polémica de los vídeos, tanto las redes sociales como los medios tradicionales la atacaron con una campaña de acoso y un discurso del odio inéditos hasta entonces en Finlandia. El Centro de Comunicaciones Estratégicas de la OTAN publicó un informe en 2021 que denunciaba el abrumador acoso misógino al que estaba siendo sometido en internet el Gobierno de Sanna Marin poniendo el foco en que, como hemos dicho, estaba liderado por cinco mujeres de cinco partidos. Marin llegó a contestar con un tuit rotundo: «Incompetente, sin experiencia, cajera de supermercado, niña, Gobierno de niñas, Gobierno de pintalabios, Gobierno de pantis, amenazas, discurso del odio, acoso. Sí, las mujeres dirigen el Gobierno. Aceptadlo».

En el capítulo 7 de *Borgen*, otra ministra fuera. Pero los siguientes episodios son muy interesantes en lo que muestran de la relación de pareja y cómo el marido de Birgitte Nyborg no consigue digerir el poder de su esposa. Llega a violarla en la cocina en una gran metáfora de «podrás ser primera ministra, pero te voy a decir quién manda aquí». ¿Cómo se puede dirigir un país después de una violación por tu propio marido? Él acaba dejando la relación por teléfono y cuando ella le dice «tenemos que hablar, tenemos que encontrar una solución», él le contesta: «¿Dirigirás tú las negociaciones?».

¿Cómo construirse como madre partiendo de una casa en ruinas?, se pregunta Alejandra Parejo en la novela *Una madre*, porque a Bruna, la protagonista, la maternidad la ha situado frente a los fantasmas de su propia infancia: el trauma

emocional que le provocó el abandono de una madre a los siete años.

Si pensamos en las mujeres en tanto que categoría social, como diría Maria Márkus, ¿cómo reconstruirnos y sentirnos legitimadas? Maria Stewart fue la primera mujer estadounidense en dar conferencias ante una audiencia mixta y una de las primeras en hablar en público sobre el papel de las mujeres en la sociedad. Stewart, huérfana desde niña, sirvienta desde los cinco años, apenas recibió educación formal, pero creía firmemente en los derechos civiles y en la reforma social. En 1831, ya viuda, aunque era muy joven, contactó con el abolicionista William Lloyd Garrison, quien le publicó en el periódico que dirigía un ensayo sobre raza y religión. La popularidad de Stewart se disparó y pronunció cuatro conferencias abolicionistas de gran impacto en Boston. Ahí acabó su recién estrenada carrera como política y oradora. Las tremendas críticas que recibía la obligaron a renunciar a hablar en público apenas dos años después y en 1833 se retiró para trabajar como educadora.

Lady Iceberg

La segunda temporada de *Borgen* se inicia con la primera ministra vestida de camuflaje en Afganistán. Es toda una declaración de intenciones. Los capítulos muestran, uno tras otro, una Birgitte peleando por obtener respeto y reconocimiento. Este quizá es el síntoma más destacado del síndrome, la falta de autoridad y respeto hacia las mujeres, tengan el cargo o la responsabilidad que tengan. Tal vez el caso paradigmático en este aspecto, más aún que una primera ministra se someta a un test de drogas por filtrarse un vídeo de una fiesta en la que estaba bailando, es el de Liz Truss y la lechuga.

Liz Truss ganó las primarias del Partido Conservador del Reino Unido, convirtiéndose así en primera ministra en septiembre de 2022, tras la renuncia de Boris Johnson y en medio de una tremenda crisis gubernamental provocada por los escándalos del peculiar, por ser elegantes, primer ministro inglés. Fue la tercera mujer en ocupar el cargo tras Margaret Thatcher y Theresa May —curiosamente, ambas también dimitieron en su momento—. Truss renunció al cargo el 20 de octubre de 2022, por lo que se convirtió en la primera ministra del Reino Unido con el mandato más corto en la historia del país.

El 11 de octubre, el semanario *The Economist* publicaba un artículo que titulaba «The Iceberg Lady» y en el que decía que, aunque habían pasado cuarenta y cuatro días desde que la política *tory* sustituyera a Boris Johnson al frente del Reino Unido, ellos —un medio de comunicación serio y respetado—, calculaban que Truss solo había estado realmente en el cargo siete días, descontando los festivos por el fallecimiento de Isabel II. En ese tiempo, Truss había puesto la economía al borde de la quiebra con su plan presupuestario, se había producido una depreciación histórica de la libra y se había visto obligada a destituir a su ministro de Economía. El artículo concluía: «Ella ha tenido el control siete días. Siete días también es el tiempo que tarda, más o menos, una lechuga en pudrirse». Seguro que hay consenso en la mala gestión de la primera ministra Truss, pero ¿lady lechuga? ¿A qué obedece esa falta de respeto en un medio de comunicación como *The Economist*?

La humillación no quedó ahí. El tabloide *Daily Star* cogió el guante y lanzó el 14 de octubre una emisión en directo con este título: «¿Puede sobrevivir Liz Truss a esta lechuga?». En el vídeo, un plano fijo enfocaba a un retrato de la primera ministra al lado de una lechuga iceberg. A la lechuga le fueron poniendo peluca, ojos, gafas, una taza de café... Al sexto día de lanzar el vídeo, la presión sobre Truss era insoportable. Si el miércoles

decía «soy una luchadora, no una persona que se rinda»; el jueves dimitió de su cargo; en el momento de su renuncia había más de veinte mil personas conectadas al canal. El *Daily Star* aún fue más allá. Conocida la dimisión, publicó: «Esta lechuga ha perdurado más que Liz Truss [...]. Es una gran victoria para la lechuga. Todos los que la han apoyado cenarán bien esta noche [...]. La lechuga se niega a confirmar si se presentará al puesto de primera ministra del Reino Unido».

En la segunda temporada de *Borgen* también se trata algo que parece habitual en los últimos años: la presión a la familia. En este caso, la serie muestra el daño que el acoso provoca a los hijos de la primera ministra, así como el abuso que los medios de comunicación perpetran utilizando la enfermedad de su hija. «Todo me da miedo, la gente... No puedo respirar... No podía localizarte», le dice a su madre la adolescente. Y otro síntoma habitual: si la mujer que está en un puesto de gran responsabilidad se endurece y comienza a jugar con las reglas del poder, tal como hacen sus compañeros, recibirá críticas y buena parte de la gente que la apoyaba dejará de hacerlo trasladándole la frustración de que ha cambiado: «Al principio me preguntaba si no eras demasiado sensible para este trabajo, pero no lo eres. Ya no eres lo que eras. Ya no te reconozco», le dice a Birgitte Nyborg su mentor. Pero cuando se derrumba porque tiene que medicar con ansiolíticos a su hija y decide cogerse una excedencia, algo inédito en la presidencia de un país, el mismo mentor le reprocha: «Eres jefa de Gobierno. Perteneces a un club con 193 miembros en todo el planeta. Si llamas por teléfono, te lo cogen». Ambas opciones son malas en una mujer. Dedicarse a dirigir el país: «Es una mala madre, ¿ha cuidado a su hija en los últimos tres años?». Coger una excedencia y estar un mes fuera de su puesto: «¿Queremos realmente una primera ministra con tanta sensibilidad? ¿Queremos una buena madre o una primera ministra?». No hay

salida.

Como en la vida real, Birgitte Nyborg termina convocando elecciones, pero, cuando comienza la tercera temporada y disfruta de una vida estupenda alejada de la política, no puede soportar el gusanillo y decide volver. No será posible. La puerta de su partido está cerrada. Como tantas mujeres expulsadas del mercado laboral que se hacen autónomas, no por carácter emprendedor, sino porque el mercado no las acepta, Nyborg tiene que crear un partido nuevo, el suyo propio, para regresar a la política. En esta tercera temporada se muestran otros dos síntomas del síndrome: la enfermedad —es una constante la factura física que pasa a los cuerpos de las mujeres— y lo que es aún peor, cómo en el momento de mayor debilidad, cuando está enferma y recibiendo un tratamiento que la agota y debilita, arrecian todas las guerras para echarla.

La primera ministra decide afrontar sola la enfermedad, no quiere que sus hijos vivan con miedo a perderla ni que su historial médico aparezca en las portadas de los periódicos; lo que es un bien que proteger para cualquier persona, en su caso, nadie lo respetaría. En ese momento en el que el miedo por su vida, la preocupación por sus hijos, el profundo agotamiento, la merma de sus capacidades intelectuales y la enfermedad hacen de ella una mujer en la que casi no se reconoce, todo el respeto que se había ganado desaparece. Sus enemigos atacan como nunca —eso sí, bajo un discurso paternalista— y, lo que es peor, la traicionan aquellos que hasta entonces eran aliados, pero dejan de serlo en cuanto perciben signos de debilidad.

El poder de la imagen, la imagen del poder

Alicia Puleo sostiene que el poder de la imagen es también la imagen del poder, y en el prólogo del libro de Asunción

Bernárdez, *Soft Power: Heroínas y muñecas en la cultura mediática*, recuerda cuando hace años diferenció dos tipos de patriarcado a los que llamó «patriarcado de coerción» y «patriarcado de consentimiento». Según Puleo, vivimos en el segundo, en un sistema de sexogénero que reproduce la desigualdad especialmente mediante las formas amables y sutiles del mundo de lo simbólico, que tienen un enorme peso en la perpetuación de la desigualdad. «Los mismos sujetos encuentran seductor y deseable aquello que les oprime y lo buscan sin necesidad de que se les obligue por medio del empleo de la fuerza. [...] Por ello es imprescindible contar con análisis de la cultura *mainstream*. Abordar esta temática implica hablar del poder, un poder que construye identidades y permea todas las capas del tejido social con tanta más fuerza cuanto que "enseña deleitando", sin que percibamos siquiera que estamos internalizando modelos y normas opresoras».

De hecho, en la tradición feminista es habitual estudiar los relatos —en cualquier formato—, tanto de la alta cultura como de la cultura popular, para hacer lecturas ajustadas socialmente, en especial, en los momentos de crisis. Por ejemplo, Celia Amorós señala cómo Kate Millett se centra en el análisis de fragmentos literarios contemporáneos que son verdaderas «perlas polinésicas de la misoginia», dice la filósofa, seleccionados de las obras de Henry Miller, Norman Mailer y Jean Genet. Parece como si el lugar de los intelectuales orgánicos del patriarcado, que antaño correspondió a los filósofos, se hubiera desplazado a los literatos: el código estético, se pretende, tiene sus propios fueros que lo protegen de una censura feminista que no sería en última instancia sino gazmoñería y represión. De hecho, recuerda Amorós, en la Revolución francesa, mientras grupos significativos de mujeres pedían la ciudadanía, el marqués de Sade escribía *Justine o los infortunios de la virtud* y *La filosofía en el tocador*.

También Betty Friedan, para escribir *La mística de la feminidad*, estudió las revistas femeninas del momento, las heroínas de Hollywood y series como *Embrujada*, tremendamente popular en su época y en la que una chica con cualidades y atributos para comerse el mundo solo deseaba ser un ama de casa moderna. Años después, Susan Faludi escrutó con detenimiento cómo los logros conseguidos tras los trabajos de Friedan y Millett, entre otras, los éxitos de la tercera ola y, especialmente, el desarrollo del feminismo radical, se vieron contrarrestados con una potente «reacción, con una guerra no declarada contra la mujer moderna», como tituló su libro, que publicó en 1991.[15] No solo estudió la cultura popular, sino que esta tenía un sitio preferente en sus conclusiones. En esta contrarrevolución, advertía la autora, está siendo determinante la sutil pero potentísima campaña reaccionaria que, desde comienzos de los años ochenta, vienen lanzando los medios de comunicación. Los mensajes coercitivos y culpabilizadores, exponía Faludi, se impusieron en la industria cinematográfica y televisiva que, con su enorme influencia ideológica, mostraba el fracaso de la mujer «liberada».

Como diría Laura Llevadot, no hace falta recurrir a la Escuela de Frankfurt para comprender que la industria cultural es el instrumento a través del cual acabamos por creer lo que no es, y como explica Asunción Bernárdez, además, los medios de comunicación son un espacio privilegiado de legitimación social y simbólica. Su poder es simbólico, ya que transmite pensamiento, valores y pautas de conducta. A veces son uniformadores de opinión y otras veces favorecen disidencias ideológicas dentro del pensamiento dominante. En cualquier caso, subraya la catedrática, no son neutros, influyen en la interpretación que hacemos de la realidad y en cómo actuamos sobre ella. En palabras de Puleo, la cultura mediática es política.

En este momento, las series se han convertido en el gran éxito

de la ficción televisiva, pero, igual que en otros ámbitos mediáticos, se han borrado casi totalmente las fronteras entre lo que es información y opinión. Así, en las series comienzan a entremezclarse la realidad y la ficción, por lo que tienen una gran fortaleza en la construcción de esos imaginarios a los que nos referíamos anteriormente. Las series están teniendo, además, tremenda agilidad para incorporar temas de actualidad y que preocupan colectivamente. Cuando vemos una serie, explica Asunción Bernárdez, igual que cuando vemos una película, realizamos una «suspensión de credibilidad» respecto a las coordenadas espacio-temporales que gobiernan el mundo, sabemos que lo que vemos es ficción, pero esto no le resta poder; de hecho, el cine ha reproducido y ha influenciado más que ningún otro espectáculo nuestra capacidad mental para imaginar. Toda narración audiovisual nos propone modelos de lo que son las mujeres y los hombres, y siempre lo hacen desde una ideología.

Embrujada, *Sexo en Nueva York*, *Borgen*, *El cuento de la criada, Total control*... Cada una es hija de su tiempo, de lo que el poder quiere transmitir y de lo que cada generación acepta o combate.

«Lo normal es aquello a lo que estás acostumbrada» (Tía Lydia)

En 1985, Margaret Atwood publicó su novela más conocida, *El cuento de la criada*, una distopía en la que Estados Unidos se ha convertido en una teocracia laica fundamentalista o, mejor, en un Gobierno ultramisógino que ritualiza y sacraliza el poder y en el que las escasas mujeres cuya fertilidad no se ha visto afectada por la contaminación son forzadas a concebir los hijos de los hombres más poderosos mediante la violación. El libro se adaptó

en una serie que comenzó a emitirse en 2017, el mismo año en el que Donald Trump era nombrado presidente de Estados Unidos. *El cuento de la criada* había sido un libro muy leído desde que se publicó, pero durante la campaña en la que Trump mostró tanto desprecio hacia las mujeres, la novela reapareció en las listas de las más vendidas.

La historia no solo tuvo una segunda vida más de treinta años después de haber sido escrita, sino que el planteamiento aterró en el siglo XXI como no lo había hecho en el XX cuando aún no convivíamos con los vientres de alquiler, ni con la ultraderecha, ni con el neofascismo en el poder, ni con la violencia en las redes sociales, ni la persistencia de las noticias falsas. *El cuento de la criada* llegó a ser inspiración en manifestaciones y protestas en las que comenzó a verse esas figuras con capa roja y cofia blanca que tanto decían en su obligación de estar calladas. Relata Rebecca Mead, escritora y periodista del *New Yorker*, que el día después de la toma de posesión de Trump, en una fotografía sacada durante la Marcha de las Mujeres en Washington, se veía a una manifestante con una pancarta que decía: QUE MARGARET ATWOOD VUELVA A SER FICCIÓN.[16]

Durante la escritura de *El cuento de la criada*, Atwood tuvo mucho cuidado de no incluir nada que no tuviera un antecedente histórico o un referente moderno con el que compararse. Ella prefiere, para sus libros sobre futuro, distópico o no, el nombre de «ficción especulativa», en lugar de «ciencia ficción». De hecho, Rebecca Mead, en el mismo texto que recuerda la foto de la manifestación, narra la mañana que la acompañó a la biblioteca Thomas Fisher de libros raros y manuscritos, en la Universidad de Toronto, a la que Atwood ha donado su archivo: más de cuatrocientas setenta y cuatro cajas llenas de papeles. Había pedido cita para consultar los materiales relacionados con *El cuento de la criada* y la biblioteca les había reservado una pequeña sala de estudio. En

una de las cajas amontonadas sobre el carro se encontraba el primer borrador. En la etiqueta de otra caja podía leerse: cuento de la criada: precedentes. Describe Rebecca que cuando Atwood consiguió abrirla, aparecieron montones de recortes de periódicos de mediados de los ochenta.

Había reportajes sobre la prohibición del aborto y los anticonceptivos en Rumanía, declaraciones del Gobierno canadiense preocupado por el descenso de la tasa de natalidad, artículos de la prensa estadounidense sobre cómo los republicanos intentaban retirar los fondos federales a las clínicas que practicasen abortos. Había artículos sobre la amenaza a la privacidad que suponían las tarjetas de débito que aparecieron por entonces y notas de prensa acerca de las comisiones del Congreso de Estados Unidos que trataban de regular los residuos industriales tóxicos a raíz de la catastrófica fuga de gas que se produjo en Bhopal, la India. En un artículo de la agencia de noticias Associated Press, se mencionaba que una comunidad católica de Nueva Jersey había caído en manos de una secta fundamentalista que denominaba a las esposas «criadas», término que Atwood había subrayado.

No estaba en la caja, pero en los precedentes de *El cuento de la criada*, concretamente en la procreación ritualizada que se practica —y que viene a ser una violación promovida por el Estado y sacralizada—, está un pasaje de la Biblia que dice: «Ahí tienes a mi esclava Bihlá, llégate a ella. Ella dará a luz sobre mis rodillas y así yo también tendré hijos por medio de ella». Relata Rebecca Mead que Atwood le explicó que el libro fue prohibido en los institutos de San Antonio, Texas, a comienzos del siglo XXI, bajo la premisa de que era anticristiano y sexualmente explícito. Así que, en una carta abierta al distrito escolar, Atwood señaló que difícilmente podría su libro competir con la Biblia en lo que al sexo se refiere y defendió la verdad esencial de su ficción, especulativa o no: «Si ves a una persona caminar hacia un

enorme agujero en el suelo, ¿acaso no es lo correcto prevenirle?», escribió.

Tener control sobre una misma

En 2022, *Borgen* volvió a las pantallas con una nueva temporada, pero como decía el periodista Daniel Mantilla, el mundo era un lugar mucho más hostil que el que dejó cuando finalizó la tercera temporada en el año 2013. Cuando llegamos a la cuarta y última temporada, Birgitte Nyborg solo viste prácticamente de negro, el importante traje negro. Tras desestabilizarse emocionalmente en las temporadas anteriores cuando sus hijos o su cuerpo le pasan factura, ahora verbaliza*:* «Estoy tan feliz de no tener que disculparme por trabajar tanto». Su hijo le cuestiona, «¿Este trabajo es tan importante?»; su presidenta la amenaza, «Estás parada en el hielo sola. Esperemos que no se derrita», y, sin embargo, Nyborg continúa después de dejar sus ideales y convertirse en una política cínica y dura, como si el negro que usa mostrase el luto por la muerte de su idealismo, de su vida familiar y de su mundo afectivo para entregarse en cuerpo y alma a la política.

Hija de esa nueva época es *Total control*, la serie australiana que se estrenó en 2019, dos años después de *El cuento de la criada*. La trama sigue a Alex Irving, una mujer indígena que se enfrenta a un hombre armado; la agresión es grabada y su historia se convierte en viral. El vídeo llama la atención de la primera ministra en horas bajas, con tremendos problemas con la oposición pero también con su propio partido, y ese conjunto de circunstancias convierten a Irving en una insólita e inesperada senadora. *Tener control sobre una misma* es el empeño de su protagonista y el subtítulo de la serie que va señalando otras cuestiones que amplían y actualizan el que

hemos denominado «síndrome Borgen».

Cuando el asesor de la primera ministra va a fichar a la protagonista y ella no se cree nada de lo que le dice, él le confiesa la verdad: es una mujer que se enfrentó a un hombre armado con una pistola, la historia se hizo viral y hay elecciones en seis meses. Además, siendo el partido conservador, tienen problemas con el voto de las mujeres.

—No, el problema es que no tenéis mujeres —le responde la protagonista.

—La primera ministra es mujer —zanja el asesor.

Una reflexión habitual. Con una mujer al frente, vale.

La desigualdad en *Total control* se va mostrando de manera muy evidente con los diálogos entre la protagonista —mujer involucrada en el desarrollo de su comunidad, asistente social— y su hermano —politólogo acostumbrado a no involucrarse demasiado—. Así, cuando le ofrecen ser senadora, la primera reacción de su hermano es ningunearla: «Algunos damos el callo durante años y luego esos gilipollas de derechas a los que votas buscan a una mujer negra famosa en Twitter y le ofrecen un escaño. Lo que quiere la primera ministra es una mascota aborigen».

Cuando la primera ministra acude a buscarla, con su jefe de gabinete, este le dice que es un fichaje arriesgado, el partido no puede controlarla y eso les pone nerviosos. «No necesito una mascota, sino una aliada —le dice la primera ministra—. Tengo elecciones en seis meses y todo el mundo está esperando a cortarme la cabeza».

Desde el inicio, los diálogos en *Total Control* son explícitos. En el primer momento, justo cuando está repasando su primer discurso en el Senado, el hermano de Alex le dice:

—Recuerda que, para ti, las reglas son distintas.

—¿Porque soy negra?

—Porque eres mujer.

La primera ministra le advierte de manera aún más clara: «Dile a tu asesor que te dé consejos sobre tu ropa porque, si no, la prensa comenzará a hablar de tu culo y no de violencia de género».

Y aún más rotunda es la respuesta que la nueva senadora da en su primera entrevista en televisión, cuando le preguntan por qué ha aceptado el puesto: «Todos los días de mi vida me siento amenazada, por eso estoy aquí, porque estoy harta y cansada de hacer como que todo va bien».

Ambos tenían razón. En *Total control* se muestran los síntomas actuales del síndrome. En primer lugar, el hostigamiento en las redes sociales. Es una constante. Lo menos malo que le dicen es «puta negra». Cuando traicionan a la primera ministra, algo que sin duda no tiene una marca de género, sus reflexiones, sin embargo, sí marcan las diferencias respecto a lo que opinan en su propio partido: «No les da miedo que pierda las elecciones, les da miedo que las gane». Alex, la inexperta política protagonista se convierte en culpable de todo, no es una valiente y sólida candidata, es una obstinada senadora. En realidad, es, como decíamos en la introducción parafraseando a Hannah Arendt, la banalidad del sexismo, gente común inserta en un contexto de sexismo institucionalizado que hace que cometerlo resulte muy sencillo.

En el último episodio de la primera temporada, Alex abandona el partido de derechas que la fichó y se va a la oposición de izquierdas, donde dura aún menos y la tratan aún peor porque no cuenta ni siquiera con el respeto que, al menos en las formas, le tenía la primera ministra. Se lo dicen claro en el primer episodio de la segunda temporada: la envían a pelear por un escaño a una zona sin muchas posibilidades y la explicación es «porque es lo que nosotros hemos decidido». Aparece el estrés postraumático, la ansiedad, el insomnio, la medicación, los ansiolíticos... Los síntomas y las consecuencias de la violencia política.

En el caso de Alex, la violencia se hace explícita cuando le trolean[17] la campaña electoral y sufre otro de los síntomas del síndrome, las denuncias anónimas, habitualmente de otras mujeres, con la pretensión de desprestigiar y extorsionar en el aspecto que más daño pueda hacer. En la ficción, la nueva senadora llega a perder la custodia de su hijo por una denuncia anónima al departamento de Asuntos Sociales.

Parece que la palabra «prestigio» está reñida con las mujeres. Claudine Gay, rectora de la Universidad de Harvard, la primera mujer negra que desempeñó este cargo en los 368 años de historia de la universidad, dimitió del mismo en enero de 2024 tras ser acusada de plagio y antisemitismo. Claudine Gay se vio envuelta en una polémica tras comparecer en diciembre ante el Congreso de Estados Unidos, por la guerra en Gaza. En la sesión le preguntaron sobre si llamar a la violencia contra los judíos violaba las normas de la universidad. Ella respondió que «dependía del contexto». Gay, politóloga, cierra así el mandato más corto en la historia de la universidad tras ser nombrada rectora en julio. La rectora de la Universidad de Pensilvania, Liz Magill, presente en la misma sesión y que respondió en sentido parecido, también renunció a su puesto cuatro días después.

En su carta de dimisión, Claudine Gay se declaró asustada por los ataques personales que había recibido. Explicó que para ella había sido angustioso que pusieran en duda precisamente sus compromisos para enfrentar el odio y defender el rigor académico, es decir, precisamente sus dos valores fundamentales como persona y como profesional. El órgano de gobierno de Harvard aseguró que aceptaban la dimisión con dolor tras ver cómo la rectora había sufrido ataques sostenidos profundamente personales y condenó los «insultos repugnantes y a veces racista que ha recibido». La universidad no ha confirmado ningún plagio y las acusaciones se han quedado en material no citado

adecuadamente; en ninguno de los casos se ha considerado que la rectora hubiese incurrido en mala conducta investigadora.

El poder se viste de rosa como el diablo de Prada

Expone Laura Llevadot en su libro *Mi herida existía antes que yo* que, aunque la igualdad es una exigencia inaplazable y simple, no se pueden menospreciar todas las luchas «a veces sangrientas que esta simpleza intelectual, tan sencilla de comprender, desencadenó, desde las sufragistas al Me Too». Esa «simpleza intelectual» la resume en que «la igualdad es algo muy sencillo de comprender, solo dice: no me trates como a una esclava, como a un objeto erótico o sexual, como a alguien con una falta constitutiva a la que habría que proteger, seducir, explotar, vender o admirar. Soy como tú y no me falta nada, o al menos, nada que no te falta a ti también. Esto tan simple, a algunos hombres los pone nerviosos».

Sin embargo, añade la filósofa, bien sabemos que lo político no se reduce a la ley y al derecho, que más allá de ello, por debajo, funciona la norma. Que lo personal es político quiere decir justamente que más allá de la ley, incluso antes, en esos ámbitos que reservamos a lo privado, como el amor, la familia, el sexo... el patriarcado sigue imperando a sus anchas.

Así, Llevadot se muestra escéptica sobre los cambios estructurales:

> Diréis que las cosas han cambiado. En absoluto. No hay nada que añorar porque todo sigue aquí. La norma no sustituye a la ley. Los dispositivos, hay que volver a leer a Foucault, coexisten sin contradicción. Que una serie de Netflix sea protagonizada por familias gays, parejas poliamorosas o por espléndidas transgénero, que en Estados Unidos la vicepresidenta sea negra y la subsecretaria de salud una mujer trans, solo da cuenta de un sistema que ya no

> necesita la anquilosada moralina cristiana para sostener sus relaciones de dominación. El poder se viste de rosa como el diablo de Prada. Por debajo de toda su performance sigue asegurando las formas de dominación.

Llevadot asegura que es ilusorio pensar que el neoliberalismo acabará de una vez con el patriarcado. Todo lo contrario, al neoliberalismo le pertenece la perpetuación de la estructura patriarcal, incluso si esta debe modificarse en algunos detalles menores, pero suficientemente publicitados para hacernos pensar que las cosas han cambiado y van bien. «No, no hay cambios estructurales, todo lo contrario», asegura. Como señala la célebre expresión de Fox Keller, todo acabó reduciéndose a «añadir mujeres y batir». Integrarse en las estructuras sin modificar las estructuras supone la masculinización generalizada de la sociedad.[18]

2

Cómo acabar con las mujeres en política

> Imitar a los hombres sin estar en su situación resultó ser para ellas un negocio ruinoso.
>
> SHULAMITH FIRESTONE

Un clásico del feminismo es el libro de Joanna Russ *Cómo acabar con la escritura de las mujeres*, publicado en 1983. En él, la autora hace todo un listado de estrategias que socialmente se utilizan para ignorar, condenar o menospreciar a las mujeres que escriben. Lo digo en presente porque, como señala en el prólogo a la edición española Jessa Crispin, a pesar del tiempo pasado desde su publicación, «no describe un mundo muy diferente al que habitamos en la actualidad».

Russ considera que, para una sociedad que se define como igualitaria, la situación ideal (socialmente hablando) es aquella en la que las personas que forman parte de los grupos «inadecuados» tengan la libertad de dedicarse a la literatura y aun así no lo hagan, demostrando que son incapaces de ello. Pero como se ha comprobado que hay quienes aprovecharán cualquier rendija de libertad para hacerlo, el truco para echarlas consiste en hacer que la libertad sea tan solo nominal y después —para quienes aún superen este obstáculo— se desarrollarán

diferentes estrategias para ignorar, condenar o minusvalorar las obras artísticas resultantes. Se trata de que, si la estrategia se hace bien, dará como resultado una situación social en la que la gente «inadecuada» —pongamos las mujeres— tienen (supuestamente) la libertad de dedicarse a la literatura, al arte o a lo que sea (pongamos política), pero muy pocas se decidirán a hacerlo, y aquellas que se atrevan lo harán (aparentemente) mal. Así podemos dejar el tema de una vez por todas.

Podemos trasladar, tanto el planteamiento como la lista de técnicas —herramienta analítica, como la denomina la autora en el sentido de patrones que se repiten— que Joanna Russ va desgranando en el ámbito de la literatura para analizar el ámbito político. Como diría Caroline Criado, «lo importante es el patrón».

En las técnicas que Russ analiza, destacan las prohibiciones informales, que incluyen la disuasión y la falta de acceso a los materiales, a la formación y a la información. En muchos casos, las instituciones financieras no dan los mismos créditos a las mujeres que a los hombres, tampoco los medios de comunicación conceden los mismos espacios, ni de la misma calidad ni en las mismas secciones. Las valoraciones tampoco son equivalentes. En otros, las mujeres están incorporadas en unas listas porque las leyes obligan, pero no tienen el soporte —técnico, económico y personal— para que salgan electas.

También es habitual utilizar como estrategia la negación de la autoría de la obra en cuestión, en el caso de la política, de las ideas, las leyes, las estrategias... «Este método abarca desde un simple error de atribución a sutilezas psicológicas que hacen que la cabeza te dé vueltas», escribe Russ. Lo explica aún con mayor claridad Michelle Bachelet en una entrevista que le realizó Catalina Oquendo: «Recuerdo un artículo que sacaron en el que faltaba poco para que el presidente de mi partido hubiera estado en mi parto, él me había hecho a mí, yo no tenía méritos propios».[19]

Bachelet, que ha sido mujer de primeras veces, como la describe Oquendo —primera presidenta de Chile en 2006, y 2014, primera directora ejecutiva de ONU Mujeres, alta comisionada para los Derechos Humanos de Naciones Unidas... —, tiene una experiencia política que le permite poner ejemplos claros al «juego de herramientas» de Russ. Así, explica la expresidenta chilena que «a las mujeres tienden a cuestionarnos por cosas que no son sustantivas y a descalificarnos muchas veces. Cualquier error que en un hombre es considerado bueno, porque errar es humano, en una mujer se considera una tragedia. Nos miden con una vara distinta. Si mi antecesor en el primer mandato mostraba alguna emoción por algo, era un hombre sensible. Si yo mostraba emoción, era una histérica, una neurótica. Si había una temática compleja y yo consideraba que debía tomar espacio para tomar una decisión, era una indecisa; pero si tomaba una decisión rápida frente a un tema que creía claro, estaba improvisando o no había pensado suficientemente bien. Al final daba lo mismo, iban a tratar de mostrar que fue incorrecto. Es esta cosa brutal del patriarcado donde a las mujeres se nos trata como de segunda categoría».

El golpe posmoderno

Otras estrategias de la lista de Russ son: el ninguneo de la obra en sí misma; aislar la obra de la tradición a la que pertenece y su consiguiente presentación como anómala; afirmaciones de que la obra indica el mal carácter de la autora y, por tanto, su interés se debe meramente al escándalo que provoca, y no debiera haberse escrito y simplemente habría que ignorar las obras, a sus autoras y toda su tradición, siendo esta última la técnica más comúnmente empleada y la más difícil de combatir. Sobre esta estrategia profundizaremos en el próximo capítulo siguiendo las

reflexiones de Angela MacRobbie sobre el desmantelamiento del feminismo, pero merece la pena subrayar brevemente lo ocurrido respecto a la expulsión del feminismo del discurso político en los últimos años.

El escritor y columnista Daniel Gascón publicó en 2018 un libro que llevaba por título *El golpe posmoderno* y en el que sostenía que, en los cinco años previos a la publicación del libro, España había vivido un golpe de estado posmoderno, cuyos protagonistas todavía no saben si iba en serio o no.[20] *El golpe posmoderno* es un libro en el que analiza el fenómeno del independentismo catalán y sus implicaciones para la democracia española y europea, pero no me resisto a parafrasearlo para el feminismo y los acontecimientos ocurridos en los últimos años tras la aparición de lo que de manera genérica podemos llamar «posfeminismo», no solo en España, pero también en España.

Emulando a Gascón, el feminismo ha sufrido *un golpe posmoderno*, en el sentido de ser atacado por el posfeminismo, una política que aspiraba a obtener una hegemonía sobre el discurso y que comparte algunas de las características que el autor enumera en el libro: la manipulación de la información, la sentimentalización de la política, la política de la identidad y el victimismo. Habría también un componente de rechazo al grupo de poder, pero «eso no debería sorprender a nadie: el populismo es un elitismo».

Ese posfeminismo tiene gran control de algunos elementos del relato desde el principio. Y otros factores que Gascón considera imprescindibles: ha sido un movimiento enfáticamente emocional, hiperbólico, en una época en la que las tecnologías de la comunicación facilitan la expansión de un lenguaje polarizado y la sentimentalización de la política.[21] Ha contado con el uso desleal de instituciones del Estado. Ha mostrado una formidable capacidad de reciclar conceptos y de imponerlos incluso a las personas críticas. Los medios de

comunicación han extendido sus mensajes y ha intensificado su hegemonía discursiva como una forma de entender la identidad. Se considera moralmente superior. Se desarrolló con unos conceptos sencillos de entender, instantáneos; para construir una nueva realidad hay que construir un nuevo lenguaje.

Pero, y también en el contexto catalán, Gascón nos recuerda: obtener la hegemonía no significa que tengas la mayoría. Sus mensajes gozaban —y aún gozan—, en el caso del posfeminismo, de una gran visibilidad, pero no eran —ni son— claramente mayoritarios o, al menos, resulta imposible saberlo puesto que no ha habido debate. Sin embargo, han sido lo suficientemente poderosos para sumir al feminismo en una crisis desconocida hasta ahora y, en relación con las estrategias que veníamos revisando para acabar con las mujeres en política, han utilizado la política de la cancelación tanto con las feministas críticas como con las obras de referentes anteriores ensayando la imposición de una nueva genealogía feminista, así como un nuevo paradigma. Como decía Russ, *simplemente* ignorar las obras, a sus autoras y toda su tradición.

Adrienne Rich reflexionaba sobre esta cuestión escribiendo respecto a la facilidad con la que se borran datos y nombres de las genealogías feministas en el prólogo de *Sobre mentiras, secretos y silencios*:

> Toda la historia de la lucha de las mujeres por su autodeterminación ha quedado sepultada bajo el silencio una y otra vez. Un grave obstáculo cultural con el que se topa cualquier autora feminista es la tendencia a recibir cada obra feminista como si surgiera de la nada; como si cada una de nosotras hubiera vivido, pensado y trabajado sin un pasado histórico y sin el contexto de un presente. Este es uno de los procedimientos por los que las obras y el pensamiento de las mujeres se han presentado como algo esporádico, accidental, huérfano de tradición propia.

Las togas eran prestadas

Indagar en la relación de las mujeres con la política nos obliga a pensar sobre el poder, un término escurridizo y ambiguo. Incluso Hannah Arendt reconoció que la ciencia política encontraba dificultades para diferenciar los términos de «poder» (la aptitud de una persona para lograr una actuación concertada), «autoridad» (atributo personal o institucional del poder, reconocido por los otros), «potencia» (propiedad natural de un objeto o de una persona) y «violencia», que, en política, según Arendt, debe ser contrastada con el poder antes que con la fuerza. Así pues, no es extraño que sea sencillo deshacerse de la autoría de las mujeres, ya que «autoría» viene de «autorizar». Son dos términos profundamente emparentados. Y autoridad es lo más deficitario en las mujeres como grupo social, puesto que exige reconocimiento, justo lo que niega el patriarcado, que se basa en lo contrario, en el desprecio, el no reconocimiento a las mujeres.

En el caso en el que todas las dificultades enumeradas se puedan superar, Russ asegura que existe, además, algo poderoso e intangible conocido como «clima de expectativas». Ya lo dijo en 1661 Anne Finch, condesa de Winchilsea, bendecida con tiempo libre, riqueza y (según Virginia Woolf) un marido comprensivo: «Una mujer que se arriesga a blandir la pluma es considerada una criatura tan presuntuosa que ninguna virtud redimirá tal osadía». Por si alguna lo había olvidado, aquí están las redes sociales para recordárnoslo.

Sobre el *mal carácter* de las políticas, especialmente de las feministas, baste como ejemplo conocido lo que el presidente Manuel Azaña escribió en sus diarios con fecha de 5 de enero de 1932. En las elecciones españolas de junio de 1931, de los 470 escaños, solo tres mujeres obtuvieron acta de diputada: Clara Campoamor, por el Partido Republicano Radical, y Victoria

Kent, por el Partido Republicano Radical Socialista. La tercera, Margarita Nelken, que se presentó con el PSOE, tuvo que esperar a tener la nacionalidad española —aunque había nacido en Madrid, era hija de alemanes emigrados a España—, para poder incorporarse. Lo hizo meses después. Tres entre 470, pero, aun así, molestaban al mismísimo presidente de la República:

> Esto de que la Nelken opine en cosas de política me saca de quicio. Es la indiscreción en persona. Se ha pasado la vida escribiendo sobre pintura y nunca me pude imaginar que tuviese ambiciones políticas. Mi sorpresa fue grande cuando la vi candidata por Badajoz. Ha salido con los votos socialistas derrotando a Pedregal; pero el Partido Socialista ha tardado en admitirla como diputado. Se necesita vanidad y ambición para pasar por todo lo que ha pasado la Nelken hasta conseguir sentarse en el Congreso. [...] La Campoamor es más lista y más elocuente que la Kent, pero también más antipática.[22]

No es cosa del siglo pasado. En diciembre de 2023, el periodista Eduardo García Serrano se refería así a la presidenta de la Comunidad de Madrid:

> A Isabel Díaz Ayuso, yo la tuve durante un año y medio en la radio, era una falangista de rompe y rasga. Una falangista furibunda, me perseguía por los pasillos como un caniche para que yo le hablase de José Antonio... llegaba a ser pelín agobiante, pero uno siempre ha mantenido concepción didáctica con sus flechillas...

Días antes, el senador del Partido Popular Vicente Azpitarte le dijo, en plena sesión de la Cámara Alta, a la vicepresidenta María Jesús Montero «usted y el conjunto de vicepresidentas de este Gobierno son unas meras grupis del peor presidente de la democracia». Este ninguneo y desvaloración continuos forma parte de una actitud disuasoria generalizada; como decía Susanne Langer, «las togas eran un préstamo».

Siguiendo con la lista, respecto a las dificultades para

establecer la agenda propia, podemos traducirlo por esa sensación de que siempre estamos empezando y prácticamente no hay ningún tema de la agenda feminista que podamos dar por consolidado. Recordaba Margaret Atwood que su pancarta favorita en la manifestación de la Marcha de las Mujeres de Toronto fue la que llevaba una mujer que tendría su misma edad y que decía: no puedo creer que aún tenga que llevar esta maldita pancarta. Parece que no hay ningún tema que no esté en peligro de recesión. En este ámbito, sin duda, el ejemplo paradigmático es el aborto. Existe una presión constante de organizaciones antiderechos que actúan como una red organizada alrededor del mundo, asociada y articulada a la presión de la agenda de los grupos de la extrema derecha que actúan no solo a través de partidos como Vox en España, sino también a través de organizaciones donantes, ONG y las iglesias y jerarquías religiosas. No es raro que el derecho al aborto sea utilizado como moneda de cambio electoral, prometido en la campaña de los más liberales, y estigmatizado y con promesas de hacerlo retroceder en las campañas de la derecha. La realidad que observamos en la mayoría de los países donde sí existe el derecho al aborto total o parcial es susceptible de retroceder como ocurrió, por ejemplo, el 24 de junio de 2022 cuando la Corte Suprema de Estados Unidos falló a favor de terminar con la protección del derecho al aborto que había quedado establecida en 1973.

Acantilados de cristal

Agotada la lista de Joanna Russ, aún quedan otras estrategias propias de la política contra las mujeres. Algunas han sido conceptualizadas por el feminismo como los acantilados y techos de cristal, los suelos pegajosos o las escaleras rotas. El acantilado o precipicio de cristal es un fenómeno que explica cómo las

mujeres tienen más posibilidades de llegar a puestos de poder cuando existe una situación política o económica desfavorable o, generalmente, cuando se sufre una crisis. Puesto que las circunstancias por las que han llegado al poder son como mínimo muy difíciles, se exponen a un mayor riesgo al fracaso o, metafóricamente, a caer por el precipicio.

Fueron Michelle K. Ryan y Alexander Haslam, investigadores en psicología organizacional de la Universidad de Exeter, en el Reino Unido, quienes plantearon el término original *glass cliff* en 2004. Como ocurre tantas veces en feminismo,[23] el estudio surgió al leer en el periódico *The Times* un artículo en el que se aseguraba que las empresas con mujeres en su dirección obtenían peores resultados en la bolsa británica y sus acciones caían. Puesto que el hecho descrito resultaba cuanto menos extraño, se preguntaron cuál podría ser el motivo de esa afirmación y decidieron estudiar mil empresas británicas para llegar a la conclusión de que estas, cuando preveían grandes crisis o pobres resultados, tendían a colocar a mujeres en los cargos directivos y, además, por periodos bastante reducidos, alrededor de cinco meses.

Tras ese primer ensayo, al menos tres teorías han intentado explicar los acantilados de cristal. La primera señala a los estereotipos de género por los que se considera que las mujeres tienen rasgos de liderazgo considerados con lo social, el cuidado, la empatía, la intuición y una menor tendencia a la corrupción, lo que son atributos clave en un líder para un momento de crisis. La segunda apunta directamente al sexismo. Ante la propuesta de un puesto de decisión, teniendo en cuenta las escasas probabilidades de que este llegue para una mujer, es más probable que acepte, aunque suponga un gran riesgo, ya que la oportunidad podría no repetirse. Los hombres pueden permitirse el lujo de esperar a que las condiciones sean más asumibles. La tercera teoría, también unida al sexismo anterior, defiende que,

ante un fracaso anunciado, las organizaciones (las empresas, pero también los partidos y los sindicatos) tienen tendencia a exponer a las mujeres y proteger a los hombres.

Los tres bancos principales de Islandia quebraron en octubre de 2008 y dejaron deudas que ascendían a más de diez veces el PIB del país. Islandia, que hasta entonces ocupaba el primer puesto en el Índice de Desarrollo Humano de Naciones Unidas, se encontró mucho más allá de la bancarrota. Se convirtió en un país arruinado, el primero en sucumbir a la crisis de 2008 y el que sufrió la caída más dura. Después de dieciséis semanas de protestas contra la gestión del Gobierno frente a este colapso, el 26 de enero de 2009 el primer ministro Geir Haarde dimitía junto a todo su gabinete y disolvía la coalición de gobierno. Jóhanna Sigurðardóttir fue propuesta como primera ministra y el 1 de febrero se convirtió en la primera mujer al frente del Gobierno islandés.

Un par de años después, Sigurðardóttir explicaba en una entrevista de María Pazos para *El País* su explicación de la crisis: En los años que precedieron al *crash*, el sector financiero había sobrepasado todos los límites, corriendo inmensos riesgos, acumulando deuda... Era una cultura de jóvenes varones que giraba en torno a la exaltación de las nociones más estereotipadas de masculinidad. Sí, podemos hablar de un *crash* de los valores masculinos.[24]

Otro ejemplo más reciente es el caso de Theresa May. Tras el referéndum del *brexit* en 2016, el líder conservador David Cameron renunció y dejó a la entonces ministra de Interior como primera ministra británica. May estuvo en el cargo durante tres años, liderando la salida del Reino Unido de la Unión Europea, pero perdió el apoyo de los votantes y de su partido hasta que dimitió en 2019.

El origen de la expresión «techo de cristal» se remonta a 1978, cuando la consultora laboral estadounidense, Marilyn Loden,

argumentó en una mesa redonda que las mujeres no ascendían en el mundo laboral debido a una cultura que obstruye sus aspiraciones y no fomenta una equidad de oportunidades. Años después, en 1986, se publicó un informe sobre mujeres ejecutivas en el *Wall Street Journal*, en el que se definía como *glass ceiling barriers* (barreras de techo de cristal) los impedimentos que encuentran las mujeres para ascender.[25] El artículo describe las barreras invisibles que representan los límites a los que se enfrentan las mujeres en su carrera profesional, no por una carencia de preparación y capacidades, sino por la misma estructura institucional. Barreras que no se ven, por naturalizadas y normalizadas, pero impiden a las mujeres llegar a los niveles más altos de toma de decisión independientemente de su cualificación, méritos o capacidad.

El techo de cristal se da en todos los ámbitos de poder. Entró en el mundo académico con el estudio de Morrison *et al.* (1987), *Breaking the glass ceiling.*[26] En él se define el fenómeno como una barrera tan sutil que se torna transparente, pero que resulta un fuerte impedimento para que las mujeres puedan moverse dentro de las jerarquías corporativas. Se considera que los puestos más relevantes de las organizaciones deberían estar a su alcance en función de sus conocimientos, su esfuerzo y sus capacidades y habilidades, pero en la realidad se mantenían muy lejos, claramente inalcanzables para la gran mayoría de las mujeres. En los últimos tiempos, el techo de cristal ha adquirido mala fama entre colectivos que consideran que eso son problemas de mujeres «privilegiadas», sin considerar que el feminismo es un proyecto colectivo y emancipador y por lo tanto, no hay emancipación a medias.

Existe el techo de cristal, pero también existen los suelos pegajosos, ese chicle que atrapa a las mujeres en las categorías y niveles inferiores incluso a sus capacidades y formación. En el ámbito de los estudios feministas, se denomina «suelo pegajoso»

a la realidad por la cual las mujeres tienen numerosas dificultades para poder abandonar la esfera de lo privado hacia el espacio público. Es decir, se refiere a la realidad a través de la cual las mujeres sufren una serie de impedimentos que les impiden que se desarrollen en el mundo laboral o político. Habitualmente se utiliza en el ámbito laboral, pero en el contexto político también es muy determinante en cuanto que encontrar tiempo para el desarrollo profesional, los cuidados y la militancia, para muchas mujeres, sobre todo en los años de la crianza, es imposible: los horarios de las reuniones, las actividades, los fines de semana... además de la sobrecarga de trabajo. En estos casos se habla de las triples jornadas, cuando al trabajo remunerado y los cuidados se añade otro tipo de actividad. Este concepto fue acuñado por Catherine White Berheide, doctora en Sociología, en un informe para el Centre for Women in Government elaborado en 1992, para explicar el fenómeno que afecta a las mujeres, paralelo y complementario, al techo de cristal.

«Escaleras rotas» o «escalón roto» es un concepto que se refiere a las interrupciones en las trayectorias de la vida laboral de las mujeres y que, como en los casos anteriores, puede aplicarse al imposible ascenso en cualquier escala de poder. En el informe de McKinsey *Women in the Workplace* de 2020 se expone este problema que suelen encontrar las mujeres y que, lejos de analizarse como un hecho aislado, se identifica como un patrón habitual. Así, McKinsey advierte que la llegada al primer ascenso laboral tiene un escalón roto para las mujeres, lo que no les permite seguir promocionando a cargos con mayor responsabilidad; ahí se acaba todo.

La mayoría de las mujeres, sin embargo, permanecen en los sótanos. Las mujeres del sótano son invisibles, no han podido acceder ni siquiera a ese primer peldaño roto, se mantienen en la economía informal, cargan con la mayor parte de las tareas de

cuidados y difícilmente pueden dedicar ni tiempo ni energía a una tercera jornada. Ya sea como vendedoras ambulantes, empleadas domésticas, trabajadoras de la agricultura de subsistencia o temporeras, por ejemplo, las mujeres tienen una representación desproporcionada en el sector informal y eso significa que, muy a menudo, carecen de la protección que ofrecen las leyes laborales y de prestaciones sociales como las pensiones, las bajas por maternidad, la cobertura sanitaria o los subsidios por enfermedad remunerados. Trabajan a diario por salarios más bajos y en condiciones inseguras, lo que incluye el riesgo de acoso sexual. Una situación que afecta también en la vejez con la extensión de la pobreza entre mujeres en edad de jubilación y la brecha de género en las pensiones incluso en las economías más potentes. En Europa la media está en el 30 por ciento, en España, en el 40 por ciento, entre las pensiones de los hombres y las de las mujeres. Las mujeres víctimas de violencia de género en contextos de pareja también son mujeres del sótano. La invisibilidad no viene de la mano de su actividad laboral, sino de su dificultad para tomar las riendas de su vida, sean periodistas, diputadas o ricas herederas.

Aunque no estén conceptualizados, hay otros procedimientos que también influyen de manera determinante en la (no) permanencia de las mujeres en el poder. Por ejemplo, no es inusual que los partidos políticos busquen mujeres muy profesionales a las que «alquilan» durante una legislatura y luego les dicen adiós. También es significativo el número de mujeres independientes en los gobiernos y el de aquellas que no tienen el respaldo de una estructura de partido detrás. Son mujeres cooptadas por las estructuras de poder, pero sin un suelo orgánico que les permita desarrollar raíces, hacer equipos y generar redes. Otras prácticas concretas son la discriminación en la confección de listas, las candidaturas de mujeres en lugares perdedores, la desigualdad en el reparto de tiempos en los medios de comunicación y, especialmente, la consideración de

que los temas de la agenda feminista son sectoriales, por lo que las mujeres hablan de «temas de mujeres» y los hombres tienen propuestas y discurso en universal, para toda la ciudadanía, costumbre que, como Mary Beard nos explica, viene de antiguo.

La dificultad en la permanencia también parece estar ligada a la edad de las mujeres, cada vez más jóvenes, en puestos de decisión. Una juventud que por muy acompañada de brillantez e inteligencia que esté, no puede evitar la inexperiencia, la falta de redes de apoyo que se van construyendo con el paso del tiempo ni el conocimiento a fondo de las materias. A lo largo de las páginas de este libro, se puede comprobar cómo habitualmente las mujeres son las que rompen los récords de juventud en los cargos mientras que una larga lista de señores de edad avanzada está al frente de buena parte de los países, como Joe Biden (Estados Unidos, 1942), Luiz Inácio Lula da Silva (Brasil, 1945), Vladimir Putin (Rusia, 1952) o Andrés Manuel López Obrador (México, 1953).

Violencia política

En realidad, la mayor parte de los métodos, procedimientos y patrones de expulsión de las mujeres del ámbito político que hemos desarrollado en este capítulo, así como los diálogos y situaciones retratados en *Borgen* o *Total control*, forman parte de lo que se ha conceptualizado como violencia política. Una expresión muy trabajada en América Latina pero aún titubeante o incluso sin desarrollar en el resto del mundo. Naciones Unidas la define como una violencia específica dirigida contra las mujeres que tiene por objetivo disuadirlas de participar activamente en la política y ejercer sus derechos humanos y afectar, restringir o impedir la participación política de las mujeres de forma individual y como grupo.[27]

Fue Bolivia el país que aprobó la primera ley específica para prevenir la violencia política. Ocurrió tras el asesinato de Juana Quispe en 2012. Quispe tenía cuarenta y dos años y era concejala del municipio del altiplano de Ancoraimes, en La Paz, cuando su cuerpo fue encontrado en un barranco cerca del río con marcas que hacían sospechar que había sido estrangulada.

La concejala había denunciado que estaba siendo presionada para dejar su cargo, bajo una práctica ilícita que en Bolivia se conoce como «compromiso forzoso de la gestión compartida». Seis meses antes de ser asesinada, Quispe denunció que había recibido incluso amenazas de muerte, pero no se amedrentó, todo lo contrario. «No me he rendido, tomé fuerzas y dije: no voy a hacerlo, si es posible mátenme, estoy dispuesta a morir», llegó a declarar.[28] Tras sus denuncias, Quispe ganó una acción judicial que obligaba a las autoridades a mantenerla en su puesto y ante el incumplimiento de la medida, los demandó. Dos días antes de la audiencia del proceso penal, fue invitada por el alcalde a almorzar en La Paz y ya no se supo nada más de ella hasta que apareció el 12 de marzo de 2012 asesinada en el barranco.

La periodista Flor Di Niro recogía en noviembre de 2023 las explicaciones de la presidenta de la Asociación de Alcaldesas y Concejalas de Bolivia (ACOBOL), Josefina Velázquez Correa: «Juana Quispe vivió el acoso y la violencia física y lo denunció. Al hacerlo, nuestra hermana sufrió el acoso de parte de su alcalde y colegas concejales. La retiraron del cargo de manera ilegal y presentó un amparo constitucional por haber sido alejada de su cargo. Lo ganó y le dijeron que iba a pagar con su vida; y se cumplió».

Su asesinato fue el detonante para la aprobación ese mismo año de la Ley 243 de Protección contra el Acoso y la Violencia Política hacia las Mujeres que ACOBOL llevaba intentando aprobar desde el año 2000 con acciones dirigidas al Congreso de la República, donde denunciaban el acoso y la violencia política

que se ejercía contra ellas en todo el país. La norma boliviana establece mecanismos de prevención, atención y sanación contra actos tanto individuales como colectivos de acoso y/o violencia política hacia las mujeres para garantizar el ejercicio pleno de sus derechos políticos.

Tras Bolivia, otros países han seguido este camino legislativo. Panamá y Perú cuentan con leyes específicas contra la violencia política contra las mujeres; Colombia también aprobó en 2023 la conocida como ley para prevenir y sancionar la violencia política contra la mujer. Ecuador, Argentina, Paraguay o Uruguay han incorporado la violencia contra las mujeres en política en leyes integrales sobre violencia de género; México llevó a cabo una reforma integral de un compendio de leyes que incluyen la violencia política contra las mujeres por razón de género en todas ellas, y Argentina, Chile y El Salvador han aprobado protocolos con perspectiva de género para atender situaciones de acoso y violencia en el ámbito de la Asamblea Nacional.

Según la Organización de Estados Americanos (OEA), la violencia política contra las mujeres impide «que se les reconozca como sujetos políticos y por tanto desalienta el ejercicio y continuación de las carreras políticas de muchas mujeres».[29] Un año después de esta declaración, en 2016, nacía la Ley Modelo Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra las Mujeres en la Vida Política, elaborada por los mecanismos de seguimiento de la convención. «La violencia contra las mujeres en la vida política puede incluir, entre otras, violencia física, sexual, psicológica, moral, económica o simbólica», introduce el texto.

Dos años más tarde de la ley interamericana, la violencia política llegaba a la Asamblea General de Naciones Unidas de la mano de Dubravka Šimonović, relatora especial sobre la violencia contra la mujer, sus causas y consecuencias, que

presentaba el informe específico *La violencia contra la mujer en la política*. La relatora partía en su estudio subrayando los déficits:

> La representación insuficiente de la mujer en la vida política y pública, en particular en las instituciones de todos los Estados y en cargos representativos a nivel internacional (como embajadores y delegados de las misiones permanentes) es ocasionada y exacerbada por la discriminación, los estereotipos perjudiciales y la violencia por razón de género. Hasta hace poco, la violencia contra la mujer en la política ha recibido poca atención. Los datos sobre el tema son escasos y su recopilación constituye un desafío. No obstante, algunos estudios revelan que esa violencia es generalizada y sistemática. Otros muestran que la violencia contra las mujeres que ocupan cargos públicos y puestos políticos decisorios tiene un efecto estremecedor sobre la ambición política de las mujeres jóvenes, con consecuencias intergeneracionales para el pleno ejercicio de sus derechos políticos.

Entre las cuestiones que plantea Šimonović en su informe, es relevante que señale como mujeres que pueden estar más expuestas al riesgo de sufrir violencia política por razón de género, entre otras, a aquellas que expresan opiniones minoritarias, disidentes o «controvertidas» (las comillas son de la relatora). Traducido del lenguaje diplomático, damos por hecho que se refiere a todas las feministas «controvertidas» en su discurso crítico con el poder. Idea que refuerza con rotundidad cuando afirma que «el objetivo de la violencia contra la mujer en la política es preservar los roles y estereotipos de género tradicionales y mantener las desigualdades estructurales y de género». También señala Šimonović que esta violencia puede adoptar múltiples formas, desde los ataques verbales misóginos y sexistas a los más frecuentes actos de acoso y hostigamiento sexual, cada vez más perpetrados en línea, o incluso el feminicidio.

Entre otros casos, el informe señala como paradigmáticos los

asesinatos de Jo Cox y Berta Cáceres, ambos en 2016. El 3 de marzo de 2016, unos atacantes no identificados irrumpieron en la casa de la activista indígena Berta Cáceres en La Esperanza, Honduras, y la asesinaron a balazos. Dos años y medio después, en noviembre de 2018, el Tribunal Penal Nacional de Honduras condenaba a siete hombres por su asesinato: se determinó que habían sido contratados por ejecutivos de Desa, empresa que construía por entonces una central hidroeléctrica en el territorio indígena lenca. La periodista Nina Lakhani, autora del libro *Who Killed Berta Cáceres*, subraya un elemento que quedó subsumido en el proceso judicial y en la mayoría de las noticias que cubrieron su asesinato y posterior juicio: «El hecho de que una mujer, además indígena, pudiera enfrentarse a ellas y bloquear sus planes y negocios fue intolerable. Entonces, fue asesinada en su cuarto, en su casa, en pijama. Sin embargo, el machismo y el racismo nunca fueron tomados en cuenta como elementos importantes en el caso llevado por el Estado».

También en ese mismo año, el 16 de junio, y en medio de la campaña del referéndum sobre la permanencia del Reino Unido en la Unión Europea, la diputada laborista Joe Cox fue asesinada al recibir varios disparos y puñaladas cuando salía de un encuentro público en la biblioteca de Bristall, una localidad cercana a Leeds. Cox llevaba meses recibiendo amenazas y mensajes de odio, muchos de naturaleza misógina y sexual. No era la única: varias diputadas británicas reportaban en ese momento de intensa polarización política un alto grado de amenazas, especialmente a través de internet, como Jess Philips, que recibió seiscientas amenazas de violación en una sola noche. Sin embargo, las primeras investigaciones policiales no consideraron que hubiera una vinculación evidente entre la violencia digital recibida y el asesinato de Cox.

Dos años después, el 14 de marzo de 2018, Marielle Franco, concejala y activista por los derechos humanos en Brasil,

atravesaba en coche el centro de Río de Janeiro tras participar en un acto político. Seis días antes, el 8 de marzo, su nombre había sido coreado entre miles de asistentes a las manifestaciones que se llevaron a cabo con motivo del Día de la Mujer en varias ciudades brasileñas. Marielle se había forjado una alta popularidad al liderar la lucha en la defensa de los derechos de las mujeres y la juventud negra, las comunidades de las favelas y la comunidad LGTBI. Esa noche, ella y el chófer del vehículo en el que viajaba fueron asesinados por arma de fuego, una subametralladora HK MP5, de alta precisión y utilizada solo por fuerzas policiales de élite. Aún hoy se desconoce la autoría intelectual del crimen. Marielle, como apuntaron sus propias compañeras de partido, era el testimonio de un feminicidio político. Una encuesta realizada por el Instituto que lleva su nombre a 142 candidatas negras que participaron en las elecciones municipales de 2020 reveló que el 98,5 por ciento de ellas sufrió alguna forma de violencia durante las elecciones. [30]

El 4 de enero de 2024, tras casi doce años desde el asesinato de Juana Quispe, el Tribunal Cuarto de Sentencia en La Paz declaró culpables a cuatro exautoridades y sentenció a treinta años de cárcel al exalcalde, a uno de los concejales y a otras dos concejalas a quince y dos años respectivamente por complicidad y encubrimiento. Este crimen es el quinto caso de violencia política en Bolivia que logra tener una sentencia contra los agresores.

Los documentos de Naciones Unidas explican que la violencia política, en definitiva, trata de crear un estado político de intimidación para todas las mujeres, impedir que se desarrollen como ciudadanas. El ejercicio de la violencia contra líderes políticas se ha visto alimentado por las dinámicas de las redes sociales, y aunque los datos sobre el tema son escasos y su recopilación constituye un desafío, los estudios realizados

revelan que esa violencia es generalizada y sistemática. Tanto los hombres como las mujeres pueden experimentar la violencia en la política, pero Naciones Unidas subraya que esos actos de violencia contra la mujer, sin embargo, se dirigen a ellas debido a su sexo y adoptan formas basadas en el género, como las amenazas sexistas o el acoso y la violencia sexual. Su objetivo es, como se ha dicho, disuadirlas de participar activamente en la política y ejercer sus derechos como ciudadanas. No toda violencia política ejercida contra una mujer puede considerarse una violencia política por razón de género. Sin embargo, un análisis ciego al género de todos los fenómenos y ejemplos mencionados, sin duda silencia esta realidad, sus causas y sus consecuencias.

Morir para contarlo

Bien sabemos que «paridad» no significa «poder», y que el hecho de que haya mujeres en la política no tiene por qué implicar hacer políticas feministas ni llevar la agenda feminista a la acción política. El aumento en número entraría dentro de la «representación descriptiva», pero esto no afecta al liderazgo. Ahora bien, es bastante difícil que sin mujeres se legisle y se lleven a cabo acciones sobre realidades que o bien afectan únicamente a las mujeres o de manera mayoritaria. Como dice Teresa Meana, durante años, a las mujeres no nos veían ni muertas. Así es. En Bolivia, fue el asesinato de Juana Quispe lo que provocó la reacción suficiente para aprobar la primera ley contra la violencia política. En España fue la reacción social frente al asesinato de Ana Orantes lo que cambió la situación sobre las víctimas de violencia de género en contextos de pareja. Parece que también hay un patrón respecto a la ceguera de la política con las mujeres.

Ana Orantes tuvo la valentía de acudir a un programa de la

televisión andaluza, el 4 de diciembre de 1997, para relatar públicamente los cuarenta años de malos tratos que había sufrido. Apenas trece días después, el 17 de diciembre, Ana fue asesinada. El hombre que la había torturado durante cuatro décadas no toleró su rebeldía. La roció con gasolina y la quemó a la puerta de su casa. Y paradójicamente, esa hoguera de odio y de injusticia se transformó en un incendio que recorrió el país. Protestas, movilizaciones y denuncias se fueron sucediendo. Fue un incendio que consiguió incluso sacudir de su letargo a los medios de comunicación, cómplices hasta entonces del silencio y del desdén hacia la violencia contra las mujeres.

Por primera vez toda la sociedad se sintió interpelada por un asesinato tan bárbaro como injusto, tan real como simbólico. Ana Orantes había sido asesinada para acallar su voz, para borrar su recuerdo, para tapar las grietas que había provocado en el pacto de silencio que hace impunes los crímenes y convierte en buenos hombres y buenos padres a los maltratadores. Su asesinato conmocionó a la opinión pública y provocó una revolución legislativa que comenzó con la reforma del Código Penal y culminó con la aprobación por unanimidad, en diciembre de 2004, de la Ley Orgánica de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género. El 15 de abril de 2005, el Consejo de Ministros daba luz verde a la creación de la Delegación Especial del Gobierno contra la Violencia sobre la Mujer. Al poco tiempo, se ponía en marcha el 016, un servicio de información telefónica dirigido a las víctimas de violencia de género, familiares, amistades y a la población en general que funciona las 24 horas del día los 365 días del año, desde cualquier lugar de España y que no deja huella en la factura del teléfono. En marzo de 2006, en el Consejo de Ministros se autorizó la creación del Observatorio Estatal de Violencia sobre la Mujer. Justo un mes antes de aprobarse la ley, José Parejo, el exmarido de Ana Orantes, fallecía de un infarto en la prisión de Albolote donde cumplía diecisiete años de condena por

asesinato.

Antes del homicidio de Ana Orantes, nadie, salvo el feminismo, mostraba interés por las mujeres asesinadas por sus parejas o exparejas. Como se aseguraba en 1998 en un informe del Defensor del Pueblo sobre los malos tratos a las mujeres en el ámbito familiar, «Históricamente, ha carecido de interés social y jurídico...». Las mujeres se quedaban fuera. Fuera del debate social, fuera de la ley, fuera de la política. El desdén hacia las víctimas era absoluto. De hecho, Francisco Álvarez Cascos, vicepresidente del Gobierno español en el momento en que Ana Orantes fue asesinada, declaró sobre los hechos que había sido «un caso aislado obra de un excéntrico».

Como ejemplo, basta recordar algunas de las sentencias que se podían leer aún años después del asesinato:

- No puede considerarse como «particularmente vejatoria o degradante» la conducta de un violador que amordazó a su víctima, la amenazó con un cuchillo y la penetró vaginal y bucalmente, porque posteriormente le ofreció un vaso de agua. Sentencia de la Audiencia de Pontevedra dictada en el mes de junio de 2000.
- El Tribunal Superior de Justicia de Cataluña rebajó de veintidós a quince años de prisión la pena a un hombre que pateó, estranguló y descuartizó a su compañera por entender que no hubo ensañamiento. El alto tribunal también rebajó la pena al acusado porque tampoco apreció la existencia de alevosía ni el agravante de parentesco pues, pese a vivir bajo el mismo techo, ya no había relación afectiva entre la pareja.

En este crimen fue necesario reconstruir por ordenador el rostro de Esperanza Villena, de treinta y ocho años, cuya cabeza fue hallada en un descampado de Sabadell, para poder identificarla. La pareja convivía desde 1996 y Esperanza había denunciado en varias ocasiones a su compañero por las palizas de este y por el incumplimiento de las órdenes del juzgado de no acercarse a su domicilio. La sentencia es de mayo de 2000.

Probablemente, con suficientes mujeres feministas en los gobiernos, no hubiésemos entrado en el siglo XXI con semejantes sentencias, y cuestiones vitales como la violencia de género serían temas importantes en la gestión de lo público en el debate y la acción política, no asuntos que aparecen tras un hecho violento o traumático. De hecho, ya en julio de 1981, mucho antes de que las instituciones y los gobiernos se pusieran a trabajar contra la violencia, las mujeres latinoamericanas denunciaron la violencia de género como una realidad sistemática que abarcaba desde agresiones domésticas a violaciones, desde tortura sexual a violencia de Estado, incluyendo abusos a mujeres prisioneras políticas. Así, en el primer Encuentro Feminista para América Latina y el Caribe, celebrado en Bogotá, Colombia, en julio de 1981, se declaró el 25 de noviembre como Día Internacional contra la Violencia hacia las Mujeres. Y también en recuerdo de las mujeres asesinadas y de casos como el del triple asesinato de las hermanas Mirabal que sublevó a todo un país. Dieciocho años después, en 1999, Naciones Unidas reconocía oficialmente el 25 de noviembre como Día Internacional para la Eliminación de la Violencia contra las Mujeres.

Patria, Minerva, María Teresa y Debé nacieron en Ojo de Agua, en la región de Cibao de la República Dominicana. Eran hijas de Enrique Mirabal y María Mercedes Reyes y se las apodaba «las mariposas». Crearon la Agrupación Política 14 de Junio y se convirtieron en símbolos muy visibles de la resistencia a la dictadura de Rafael Leónidas Trujillo. Fueron encarceladas repetidamente por sus actividades revolucionarias en defensa de la democracia y la justicia. El 25 de noviembre de 1960, Minerva, Patria y María Teresa fueron asesinadas por miembros de la policía secreta de Trujillo. Las tres mujeres se dirigían a Puerto Plata a visitar a sus maridos encarcelados. Sus cuerpos fueron encontrados en el fondo de un precipicio con los huesos rotos y signos de que habían sido estranguladas. La

noticia de estos asesinatos conmovió y escandalizó a la nación. El brutal asesinato de las hermanas Mirabal fue uno de los eventos que impulsó al movimiento anti-Trujillo. El régimen fue derrocado en 1961 con el asesinato del dictador. Las hermanas Mirabal se han convertido en símbolos de la resistencia, tanto popular como feminista.

No es cosa del pasado, aunque nos podríamos remontar a principios del siglo XX para recordar cómo se decidió comenzar a celebrar el Día de la Mujer a raíz de distintos sucesos, el más simbólico, el que se produjo en 1911, cuando unas 149 personas, la mayoría mujeres, murieron en el incendio de la fábrica Triangle Shirtwaist de Nueva York. El suceso reveló las penosas condiciones en las que trabajaban las mujeres, muchas de ellas inmigrantes y muy pobres. No fue la única tragedia —hubo otro incendio en circunstancias similares tres años antes—, pero suscitó grandes movilizaciones y marcó en el calendario un día que aún celebramos. Pero, como digo, no es cosa del pasado. ¿Será que aún no nos ven o que no hay nadie mirando?

En España, la primera ley contra la violencia sexual, la Ley Orgánica de Garantía Integral de la Libertad Sexual, que entró en vigor en octubre de 2022, se gestó tras la indignación social que provocó la sentencia en el caso conocido como el de la Manada, la violación en grupo a una joven en las fiestas de los Sanfermines de Pamplona de 2016. Cinco hombres la acorralaron en un portal, la violaron en grupo, la grabaron con sus móviles, compartieron las imágenes... Y en 2018, cuando se hizo pública la sentencia, los hechos se calificaron de abuso sexual, no violación. La Audiencia Provincial de Navarra no consideró que la «intimidación gravísima» que había soportado la víctima fuese violencia e incluso el juez Ricardo González sostuvo en un voto particular que en los hechos no veía violación sino un «ambiente de jolgorio». El movimiento feminista y buena parte de la sociedad se enfrentó con contundencia a la sentencia dejando claro que aquello no era un

abuso, y aún menos un jolgorio, era una violación y así se tenía que tipificar y como tal condenar a los culpables.

Aún más reciente. El domingo 20 de agosto de 2023, millones de personas en todo el mundo veían la entrega de medallas a la selección española femenina de fútbol que acababa de convertirse en campeona del mundo tras ganar la final. Cuando la futbolista Jenni Hermoso se acercó al presidente de la Federación Española de Fútbol, Luis Rubiales, este le cogió la cara y le plantó un beso en los labios. Antes de salir a la calle, ya en el vestuario, la jugadora dejó grabado en un vídeo que aquello no le había gustado. Conocido es todo lo que vino después. Cómo de nuevo la movilización social ante una agresión retransmitida en directo acabó por generar un enorme movimiento internacional de apoyo a Jenni Hermoso viralizado con el hashtag #SeAcabó y el inicio de los cambios que las jugadoras hacía años que estaban reclamando porque, una vez más, los problemas venían de muy lejos y nadie hizo nada por solucionarlos hasta que una jugadora fue agredida delante del mundo entero.

En 1996, algunas de las jugadoras de la selección escribieron una primera carta denunciando la situación en la que estaban, con un seleccionador que se mantuvo en el cargo veintisiete años sin ganar ni un título y que se permitía ejercer maltrato verbal continuamente e incluso agresiones físicas.[31] Hasta febrero de 2020, las jugadoras de la primera división femenina en España no consiguieron firmar un convenio colectivo que marcaba una retribución base de 16.000 euros al año. La de los jugadores era de 155.000 euros. En septiembre de 2022, ocho meses antes de la final del Mundial, quince internacionales firmaron una carta que dirigieron a la Federación en la que planteaban su malestar físico y emocional por los métodos del nuevo seleccionador, Jorge Vilda, y por su forma de gestionar el equipo. En la misiva explicaban su renuncia a jugar con España por no encontrarse en condiciones de participar y solicitaban no

ser convocadas hasta que cambiasen las cuestiones que señalaban.

Como decíamos, no solo nadie hizo nada, sino que fueron castigadas tanto mediáticamente —se construyó un relato sobre ellas en el que se las trató como niñatas caprichosas y chantajistas— como profesionalmente, puesto que la mayoría fueron relegadas y, de las firmantes, solo tres fueron convocadas al Mundial. También la Federación habló de que se trataba de un chantaje y que en ningún caso iban a permitir que las jugadoras cuestionaran al seleccionador. «Que pidan perdón», fue la respuesta. El 26 de septiembre de 2023, España ganaba 5-0 a Suiza en Córdoba. Una pancarta decía: no pudieron ser solo futbolistas y ahora son leyendas.[32]

Hace veintitrés años que dimitió Nevenka

Nevenka Fernández fue la primera demandante que ganó una querella por acoso sexual contra un político en España. Es el primer caso español de violencia política reconocido en un tribunal. Tardó veinte años en hablar de ello. Durante todo ese tiempo, nunca concedió una entrevista. Sufrió acoso, lo denunció, dimitió de su cargo, se exilió de su ciudad, Ponferrada, de su país, y ganó el juicio, pero nunca volvió a España. Ismael Álvarez, acosador sexual condenado, por el contrario, nunca abandonó Ponferrada —por donde se paseaba ufano recibiendo palmaditas de reconocimiento en la espalda—, ni la política, ni el espacio público, ni los medios de comunicación. Nevenka dimitió en mayo de 2001, pero España aún no tiene una ley específica sobre violencia política.

Todo comienza en abril de 1999 cuando Ismael Álvarez, licenciado en Derecho, procurador en las Cortes de Castilla y

León y alcalde del Ayuntamiento de Ponferrada por el Partido Popular, propone a Nevenka Fernández, licenciada en Económicas, que trabajaba en Madrid, aunque era oriunda de Ponferrada, que se integre en la lista electoral en función de su perfil de mujer joven y con estudios superiores.

Ganan las elecciones, y el 3 de agosto de 1999 Nevenka toma posesión de su cargo como concejala de Hacienda y Comercio. El alcalde se queda viudo y Nevenka e Ismael mantienen una relación sentimental que finalmente ella rompe. Una ruptura que él no acepta y comienza el acoso en público y en privado, llegando el alcalde a recriminarle su trabajo tirándole los papeles al suelo en una sesión del pleno municipal y diciendo «Esto es una mierda».

Nevenka apenas estuvo un año en el cargo. Tomó posesión en agosto de 1999 y en septiembre de 2000 presentó una baja por enfermedad. En marzo de 2001, convocó una rueda de prensa en la que anunció su dimisión y la presentación de la querella. Oficialmente, en mayo de 2001 presentó su dimisión. El caso tenía todas las características para haber sido «uno más»: pareja que inicia una relación libremente, veinticuatro años de diferencia, él, alcalde experimentado, ella, una concejala joven y guapa a la que él había nombrado para el puesto, una ciudad pequeña, una relación que se rompe y una presión por parte de él que consigue quebrarla a ella. Todo dentro de un partido conservador. Pero no fue «un caso más», por la valentía de la víctima, por la coherencia de sus actos, por romper el pacto de silencio masculino en los ámbitos de poder político y jerárquicos de los partidos. Le paró los pies al acosador, lo hizo público, lo denunció ante la justicia y ganó.

El caso fue determinante a pesar de que la condena contra el alcalde fue leve, puesto que ni siquiera le inhabilitó. Pero los hechos impactaron en la opinión pública. De hecho, cuando años después, en 2013, Ismael Álvarez volvió a la primera línea política por un pacto con el PSOE que permitiría desbancar al PP

del Gobierno de Ponferrada, la reacción pública fue tan potente que el propio secretario general socialista tuvo que pedir disculpas; además, se generó una crisis sin precedentes en el PSOE por un caso de acoso sexual que ni siquiera tenía como implicados a sus dirigentes.

En noviembre de 2023, Nevenka hizo unas declaraciones diciendo que «no es fácil ser valiente cuando te acosan o te maltratan y la sociedad te culpa por ello»: era un paso más en la lenta recuperación de su voz. Dos meses antes, Nevenka escribía públicamente a Jenni Hermoso:

> Toda mi admiración para ti, Jenni Hermoso, por tu valentía, y para todas tus compañeras por apoyarte desde el primer día, eso también requiere mucho valor e integridad. Estos días he sentido mucha empatía y deseaba enviaros un poco de luz.
>
> Sé que aún queda camino por recorrer para que la sociedad española entienda qué significan los abusos contra nuestra libertad, nuestros cuerpos y en definitiva nuestra dignidad, pero he visto que hemos avanzado, que hay una España que ha comprendido que no podemos continuar diciendo que está bien lo que está mal, que no podemos continuar mirando de lado o al lado contrario, señalando a las víctimas en vez de a los que abusan, y en esa España, en realidad, de la que nunca me fui, hay un montón de gente que ha gritado y seguirá gritando que no estáis solas.
>
> Es vergonzoso —y continuará siéndolo— observar a los que con sus gestos, palabras y silencios ensalzan y defienden el machismo más rancio e ignorante, ese sexismo estructural tan difícil de explicar con palabras pero que todos reconocemos, ese que estos días hemos visto y que seguiremos viendo, que quiere seguir revictimizándonos y callándonos, y que para hacerlo continuará cayendo tan bajo como sea necesario.
>
> Mentirán y tratarán de ensuciar, presionarán, ridiculizarán e insultarán. Se juegan mucho. Pero la dignidad es más fuerte.
>
> Por eso he decidido enviaros este mensaje, porque HABLAR continúa siendo necesario para seguir defendiendo nuestra dignidad, y porque el coraje de hacerlo es un acto de vida. Y nadie tiene derecho a arrebatárnosla.

Por nosotras, pero también por todas las que no pueden hacerlo, y por las que no son escuchadas, y por todas las que antes lo hicieron y las que vienen detrás.

Es difícil pelear por un sueño, pero vosotras ya sabéis que es posible alcanzarlos. Aunque a veces todo parezca estar en contra. No lo olvidéis nunca.

Sois Campeonas del Mundial de Fútbol para España y Campeonas (Mundiales de la Vida, como dice otra mujer poeta valiente) para el Mundo. Un inmenso ejemplo para much@s y un punto de inflexión que cambiará la historia.[33]

3

La paridad no era esto

> No hay país que llegue más arriba de donde llegan sus mujeres.
>
> FUNMILAYO RANSOME-KUTI

La historiadora Mary Nash definía a Federica Montseny, la primera ministra en la historia de España y una de las primeras en Europa, como una líder anarquista y carismática, capaz de movilizar a las masas obreras con su oratoria, propagandista y escritora, reconocida por amigos y enemigos como persona de gran calor humano. Montseny también fue contradictoriamente feminista, luchadora por la emancipación, y en su autobiografía dejó claro lo difícil que había sido para ella aceptar el cargo de ministra. Asegura que tuvo que vencer la angustia y las dudas al asumir la «audacia histórica» de aceptar un cargo ministerial en tanto que militante anarquista y siendo la primera mujer. La significación de Federica Montseny en la historia contemporánea —a juicio de Nash— deriva de su intensa actividad política y cultural que tuvo una amplia resonancia social en el obrerismo catalán y español y de cómo se convirtió en la década de los treinta en una figura de primer orden de la política del país.[34]

Poco después de haber dejado el ministerio, admitió que aún no sabía por qué lo había aceptado, solo lo justificó como

decisión política de aglutinamiento de todas las fuerzas antifascistas en el Gobierno para vencer al fascismo, aunque esto pudiese representar el aplazamiento de sus ideales anarquistas. También era, tanto ella como sus compañeros, perfectamente consciente del golpe de efecto que podía representar tener una mujer ministra en España. De hecho, su acceso al ministerio representó una ruptura importante al acceder a un espacio absolutamente negado a las mujeres hasta entonces y también durante muchas décadas posteriores.

Montseny detentó la cartera del recién creado Ministerio de Sanidad y Asistencia Social en el Gobierno del socialista Francisco Largo Caballero entre noviembre de 1936 y mayo de 1937, es decir, en plena guerra civil española. Podemos decir quizá que nuestra primera ministra fue un clarísimo ejemplo de acantilado de cristal. Su triple condición de anarquista, mujer y persona ajena a la profesión de la medicina limitó, junto con las propias restricciones que presentaba la guerra, la envergadura de sus iniciativas en esta cartera ministerial. También fue rupturista su política de nombrar mujeres para altos cargos de su ministerio como Mercedes Maestre (UGT) como subsecretaria de Sanidad y Amparo Poch (CNT) como directora de Asistencia Social.

En el balance que hizo de su gestión al frente de Sanidad se quejó de la oposición sorda de la cual fue objeto por razones políticas y profesionales y denunció una sistemática obstaculización a su labor. Los constantes recortes presupuestarios fueron otra dificultad recurrente de su gestión; Montseny llegó incluso a describir la frugalidad y el regateo de su presupuesto como propio de una mentalidad de ama de casa. Al mes siguiente de dejar el ministerio, el 6 de junio de 1937, Federica Montseny pronunció una conferencia en el teatro Apolo de Valencia titulada «Mi experiencia en el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social» de la que reproducimos un extracto:

Regresé a Valencia, y me dispuse a hacer el Ministerio, a constituirlo, empezando por buscar local y acabando por conseguir el traslado a Valencia de todos los elementos que en Madrid estaban y que me eran precisos en Valencia. ¡Cuánta resistencia a vencer también en esto! Muchos de los que estaban en Madrid no querían venir. No sé por qué. No sé si porque eran verdaderos héroes que querían morir confundidos en la gloria que a Madrid espera, equiparados a los numantinos, o no querían venir porque esperaban la entrada en Madrid de los fascistas, por estar más cerca de ellos que de nosotros. Sólo sé que constituí en estas condiciones un Ministerio, debiendo ante todo proceder a la movilización del personal para poder llevarlo donde me diera la gana, considerando al que no cumpliera las órdenes como desertor, incurso en todas las responsabilidades que a los desertores competen. Hacer eso representó para mí y para cuantos me ayudaban muchos quebraderos de cabeza, dificultades incontables. Y por regla general, las pequeñas dificultades son mucho más difíciles de vencer que las grandes. A las grandes dificultades, a los grandes obstáculos, se puede oponer y se oponen siempre las grandes resoluciones y las grandes energías. Pero a la oposición lenta y sorda, a eso, a eso hay que oponer una cantidad de paciencia incontable, y la astucia propia de los gatos que esperan a que el ratón salga.

Si yo volviera a ser ministro, creo que me serviría de algo la experiencia de lo pasado. Y me serviría de mucho, por ejemplo, una experiencia dura, observada por mí. Cuando entré en el Ministerio, mi Ministerio estaba constituido por hombres de todas las tendencias. Había un frente popular de funcionarios que intervenían en todos los asuntos, que fiscalizaban muchas cosas, que suprimía personal, que lo ponía, etc. Me encontré también con hombres que, de hecho, por sus amistades, por sus relaciones personales, por la formidable facultad de intriga que tenían, eran los verdaderos dueños del Ministerio porque, como en muchos sucede, el ministro iba sólo a firmar, después se marchaba y volvía al día siguiente para firmar de nuevo y charlar un poco con el subsecretario. Yo no. Yo iba y trabajaba. Trabajaba como todos mis compañeros, como estábamos acostumbrados a trabajar. Y la primera cosa que tuve que hacer fue, a la vez que estructuraba y reconstruía el Ministerio que no existía y lo que ya existía del Ministerio, eliminar a todas esas fuerzas adversas que habían de ser obstáculo para mi gestión y que no habían de

ayudarme absolutamente en nada.

Sin dinero, con dificultades incontables, con obstaculización sistemática del Ministerio de Hacienda, con una guerrilla sorda y permanente del Ministerio de Instrucción Pública, con gente metida en el mío, que no estaba al servicio de los facciosos precisamente, pero que hacía todo cuanto podía para fastidiarme o para obstaculizarme; ayudada por unos cuantos hombres que no pertenecían a la CNT, pero que eran honrados y dignos, que en todas partes hay honradez y dignidad cuando hay hombres, conseguimos hacer esto, y, tanto conseguimos hacer, que es preciso aquí rendir un homenaje a la labor obscura de los que hacen sin decir nada y sin pasar factura de lo que han hecho.

Yo pretendía hacer con todo esto lo que otros países ya tenían, lo que tiene Estados Unidos, lo que tiene Rusia, lo que tienen países en régimen capitalista, pero que han comprendido de qué manera vale más dar un mendrugo, que no llevar la desesperación al pueblo para que robe el pan entero. En una palabra: yo pretendía hacer una obra reformista dentro de mi sentido revolucionario, y, a pesar de ello, encontré oposición permanente.

Nosotros, en política, fuimos absolutamente ingenuos. Quizás es esa ingenuidad la única cosa que nos revaloriza a nuestros ojos y que nos valoriza a los ojos de las multitudes. Tomamos en serio eso de utilizar el Poder, de utilizar el paso por el gobierno con un sentido constructivo y revolucionario. Trabajábamos desde la mañana hasta la noche. No teníamos tiempo que perder, ni viajando, ni celebrando conciliábulos, ni intrigando, ni haciendo camarillas políticas, ni preparando crisis.

Esta lección nuestra, que la aprendan los demás.[35]

Derechos «llave»

Resulta emocionante leer el discurso casi cien años después, pero también es desolador comprobar que no, que no hemos aprendido la lección. La mayor parte de las responsables de igualdad en medio mundo harían hoy el mismo análisis que Federica Montseny: con presupuestos ridículos, sin personal

adecuado, enfrentando una sistemática obstaculización a su labor, con una guerrilla sorda y permanente, con desdén de los reclamos a Función Pública, con personal dedicado a obstaculizar el desarrollo del programa, resistencias internas, oposición lenta y sorda, fuerzas adversas, fuego amigo y una pretensión de hacer una obra reformista —renunciando a hacer el cambio radical necesario—, y, a pesar de ello, encontrar oposición permanente. El desarrollo de la paridad no ha conseguido acabar con todo esto.

En *Democracia feminista*, Alicia Miyares plantea que para poder hablar de una democracia plena no solo han de cumplirse los criterios de voto individualizado, diversidad de partidos y periodos electorales, sino corregir también los fallos de representatividad. De ahí que la democracia feminista entienda la paridad como un derecho que asegura la representatividad proporcional de los sexos. La paridad garantiza el derecho civil de las mujeres a ser elegidas para representar políticamente a la ciudadanía. La paridad no es una concesión a la representatividad de las mujeres que dependa del voluntarismo de los partidos políticos, es un derecho que no puede ser alterado dependiendo de las circunstancias políticas, exactamente igual que el derecho al voto.[36]

Sin embargo, del mismo modo que las sufragistas defendían el derecho al voto (y a la educación superior) como derecho «llave», es decir, que abriría la puerta al resto de los derechos de ciudadanía; la reivindicación de la paridad también se realizaba aspirando a que, además de legitimar la democracia, evitaría que las leyes y las acciones o inacciones gubernamentales no perpetuaran los desequilibrios de poder entre los sexos. No fue así. La paridad ha sido importante, inexcusable, como lo fue el derecho al voto, pero no ha conseguido abrir la puerta de la transformación política y social, la puerta de la democracia feminista, el reconocimiento sin fisuras de la igualdad entre los

sexos no solo en su aspecto formal, sino en lo que supone de construcción de un nuevo tipo de realidad social.

No es suficiente equilibrar la representación de las mujeres en la esfera de lo público y lo político (paridad), sino que es obligado enmarcar los otros niveles de la realidad: la cultura, la sociedad, la escala de valores bajo el sesgo que el feminismo aporta. Siguiendo el desarrollo del concepto de Miyares, el objetivo de una democracia feminista es que la categoría sexo pierda su función normativa y el lugar prevalente que ahora ocupa.

En el desarrollo de la propuesta de democracia feminista, la autora plantea una idea fundamental: la necesidad de un mínimo consenso, en torno a los valores ético-políticos y las relaciones mujeres-varones, un suelo ético-político común que evite que los derechos e incluso la posición de las mujeres esté cuestionada permanentemente, alterada por los cambios de gobierno. Sin este mínimo consenso, la posición de las mujeres se halla en una situación de negociación permanente.

Así, en la práctica política, poder ampararse confiadamente en la justicia o disfrutar sin represiones de la libertad o la igualdad continúa siendo una aspiración para millones de mujeres. No es solo una conclusión feminista, lo reconoció la Agencia de los Derechos Fundamentales de la Unión Europea en el primer gran informe que realizó sobre la violencia contra las mujeres en Europa: las necesidades y los derechos de muchas mujeres en la Unión Europea no se abordan en la práctica actualmente.[37]

Para poder hablar de una ciudadanía plena es preciso que esta cumpla los requisitos de elección, participación, distribución de la riqueza y reconocimiento. Para decirlo en palabras de Miyares, la paridad es un derecho que corrige los fallos de representatividad y garantiza que la ciudadanía de las mujeres no se entienda como defectiva. En este sentido, la paridad es un rasgo esencial de la democracia feminista, pero para que realmente se transforme en un agente de cambio social ha de ir

acompañada de profundos cambios cualitativos que consigan la ciudadanía plena para las mujeres entendida esta como todos los derechos civiles derivados de la elección y la participación, los derechos sociales derivados de la distribución de la riqueza y los derechos sexuales derivados del reconocimiento.

Purple Washing

José Luis Rodríguez Zapatero fue presidente del Gobierno en la séptima legislatura, que comenzó en 2004, hace exactamente veinte años; su Ejecutivo fue el primer Gobierno paritario de la historia de España. Ese mismo año publiqué un reportaje que tenía idéntico título que este capítulo y sostenía que en los años anteriores, en la medida que se habían ido imponiendo las cuotas hasta llegar a la paridad, había ido disminuyendo el tiempo que las mujeres permanecían en cargos políticos y también habían disminuido el número de feministas. Es decir, cuando apenas había mujeres, muchas de ellas eran feministas y se mantenían en sus puestos el tiempo que sus partidos mantenían el poder; pero cuando las cuotas y la aspiración de paridad ganaron terrero, entraban mujeres sin militancia feminista y fácilmente reemplazables por otras. Cuantas más mujeres, menos tiempo y menos feminismo. La tendencia no se ha modificado.

En aquel reportaje se subrayaba la idea de que la paridad, además de todo lo señalado hasta ahora, implica consolidación del poder. Sin consolidación, se queda en una cuestión simplemente representativa. El propósito de la paridad es un cambio de actitudes y valores respecto a la distribución social de los sexos. Si al final la paridad va a consistir en que seguimos perpetuando los estereotipos, la hemos vaciado de contenido. Es más, veinte años después tenemos nuevas dinámicas igual de contradictorias, casi perversas, me atrevería a decir: a más

género, menos mujeres; a más teoría *queer* y políticas de identidad, menos políticas de igualdad y, como consecuencia, mayor incremento de la violencia contra las mujeres. A más paridad, más diversidad y menos igualdad.

En estos veinte años hemos aprendido que las políticas de representación paritaria, sin lugar a ninguna duda, son requisito de legitimidad democrática. Pero también que las políticas de representación y de identidad en sí mismas no tienen ninguna potencialidad transformadora, por muy disidentes o disruptivas que se presenten. La paridad sin feminismo se despolitiza y pierde la capacidad de enfrentar al patriarcado y acabar con la desigualdad. La paridad legitima la democracia, pero sin feministas se queda en *Purple Washing* —otro concepto de moda en esta americanización (de Estados Unidos) del feminismo que estamos soportando—, y que no significa más que un lavado de cara morado, puro postureo. Imagen, discurso, neolengua, pero sin resultados de mejora en la vida de las mujeres.

Una anécdota a modo de ejemplo. El día que estaba terminando de escribir este libro, se celebró el Festival de Benidorm 2024 que eligió la canción «Zorra»[38] para el Festival de Eurovisión —el festival de música de las televisiones públicas europeas más algunos países invitados nadie sabe por qué—. La letra de la canción, interpretada por una mujer, comienza diciendo: «Ya sé que soy solo una zorra —y continúa —:Y esa zorra que tanto temías se fue empoderando / Y ahora es una zorra de postal (zorra, zorra, zorra) / A la que ya no le va mal (zorra, zorra, zorra) / A la que todo le da igual», y así todo el rato. La puesta en escena: dos señores con medio corsé-tanga se cachean el culo mientras varios cientos de espectadores gritan «zorra» a una mujer. Millones de personas van a ver durante semanas a una cantante con la palabra «zorra» detrás mientras un público (en Benidorm conformado mayoritariamente por

hombres) le grita «zorra».

El problema no está en la canción (que también), el problema está en que desde que el tema ha sido seleccionado para representar a España, para la televisión pública española se ha transformado en un himno feminista —no es la primera vez que RTVE hace «magia» convirtiendo la sexualización de las mujeres en «feminismo»—. Sin embargo, mientras escribo estas líneas las redes sociales están ardiendo por la indignación del movimiento feminista español. Esta es la canción que representará a todo el país y, hasta que se celebre el festival, la escucharemos todos los días, lo normalizaremos y ese será el discurso «feminista» que se impondrá las próximas semanas. Puro delirio posmoderno, pretender que con una canción se resignifica la palabra que más escuchamos las mujeres a modo de insulto. Como señalaban con verdadera preocupación compañeras profesoras y sindicalistas, veremos qué podemos hacer cuando en los centros educativos llamen «zorra» a una cría y no tengamos argumentos para defenderla, o si te llaman «zorra» en tu lugar de trabajo y ya no se puede considerar acoso por razón de sexo.

Hace apenas dos años, un vídeo viral protagonizado por universitarios residentes en el Colegio Mayor Elías Ahuja de Madrid generó un fuerte debate sobre las actitudes machistas en España. Se trataba de una grabación en la que se apreciaba la fachada del colegio mayor y a uno de sus alumnos asomado en una ventana gritando: «¡Putas! Salid de vuestras madrigueras como conejas. Sois unas putas ninfómanas. Os prometo que vais a follar todas en la capea. ¡Vamos, Ahuja!».

El mensaje, al que posteriormente se unen más alumnos desde otras ventanas, tenía como destinatario a las estudiantes de la residencia universitaria femenina que se encuentra enfrente, el Colegio Mayor Santa Mónica. Esta actuación fue duramente criticada por la opinión pública y varios dirigentes políticos. El presidente del Gobierno, Pedro Sánchez, solicitaba que se diera «una respuesta unitaria, amplia, común de rechazo a estos

comportamientos machistas, inexplicables, injustificados y absolutamente repugnantes. Y no demos un paso atrás en todo lo que tiene que ver con la igualdad efectiva y real entre hombres y mujeres». El centro condenó las expresiones, pidió disculpas a las estudiantes de Santa Mónica y dijo que obligaría a sus residentes a tomar cursos para la sensibilización en igualdad de género y expulsó de forma inmediata al protagonista que profirió los insultos. La vicerrectora de Estudiantes de la Universidad Complutense de Madrid (a la que está adscrito el Elías Ahuja) aseguró que abrirían un expediente informativo para «dirimir responsabilidades y tipificar los hechos dentro del marco del régimen disciplinario de la ley de convivencia universitaria». ¿Qué ocurriría hoy si se repitiesen los hechos?

Feminismo o barbarie, solíamos repetir y, como dice Celia Amorós, el feminismo ha mejorado todas las sociedades en las que se ha desarrollado. En este momento en el que el discurso feminista ha sido banalizado, la violencia contra las mujeres —especialmente la violencia sexual y significativamente sobre las adolescentes y jóvenes— no para de aumentar. Resignificar ciertas palabras es la mejor estrategia para que parezca que algo cambia mientras la realidad para la mayoría permanece igual de mal y va a peor. Son las estrategias *queer* que se imponen a las mujeres y a las que los poderes públicos y buena parte de los medios de comunicación llaman «feminismo». No se resignifica nada, solo son estrategias para colonizar el feminismo, desarticularlo y vaciarlo de contenido político.

La casualidad quiso que ese mismo día escuchara la columna sonora del periodista Enric González titulada «El museo de Vila Certosa» y el contraste entre ambos discursos no puede ser mayor. Enric decía esto:

> La acrópolis de Atenas nos recuerda que aprendimos estética de los griegos. En las ruinas de Pompeya comprendemos la herencia que nos dejaron los romanos. El palacio de Topkapı nos revela la complicada

pompa de la corte otomana. Todos estos lugares son públicos y visitables. Vila Certosa, la mansión del difunto Silvio Berlusconi en Cerdeña, debería serlo también. Ahora y sobre todo en el futuro, para que las generaciones venideras se hagan una idea sobre la época actual. Una época marcada por viejos verdes, por llamarles de alguna forma, que, desde una perenne edad del pavo, adquirieron un poder inmenso. Hablo por supuesto de Silvio Berlusconi y de Donald Trump y de Vladimir Putin y del magnate de la comunicación Rupert Murdoch. Una anécdota basta que retratar a este colectivo. Murdoch invitó a Berlusconi a navegar en su fastuoso velero llamado La gloria matutina. Berlusconi le preguntó la razón del nombre. Murdoch le explicó que cuando se despertaba a bordo de ese barco, también se despertaba su anciano aparato genital. Berlusconi le compró el barco inmediatamente y le mantuvo el nombre. En Vila Certosa, ahora en venta por quinientos millones de euros, permanecía de guardia casi permanente un batallón de chicas dispuestas a complacer a los invitados. En 126 habitaciones hay espacio para mucha gente. Los famosos «bunga bunga» de Vila Certosa iban más allá del abuso sexual, eran algo tan penoso como la escenificación del poder a través del sexo. El *potente*, ese término de sonido ambiguo con el que en Italia se denomina al poderoso, exhibía su potencia, aunque estuviera senil y cargado de pastillas. Por un lado, eso. Por otro, los delirios adolescentes como el volcán artificial que se encendía y apagaba con un interruptor o la entrada secreta por un túnel copiado de las películas de James Bond. En 2004, Berlusconi hizo que su gobierno declarara Vila Certosa sede alternativa del Consejo de Ministros para que gozara de protección militar. De seguir vivo, Berlusconi se habría muerto de envidia de saber que la nueva villa de Vladimir Putin dispone de un sistema de misiles y antimisiles. Le habría parecido el colmo de la virilidad. Hay que convertir Vila Certosa en un museo para recordar que, en una época, la nuestra, a la vez trágica y cómica, mandó este tipo de gente.[39]

Como diría Kate Millett, «el mundo fantástico forjado en torno al sexo fomenta la ilusión de poder y se apoya doblemente sobre la cosificación de la mujer». Sirva la anécdota como ejemplo del delirio posmoderno y el significativo retroceso que supone para

las mujeres la sustitución de políticas de igualdad por políticas-espectáculo mientras continuamos soportando violencia, pobreza y desigualdad. Tal como señala Anna Estany, cuando la teoría *queer* rechaza el marco teórico feminista del sistema sexo/género y reduce la construcción de la desigualdad entre hombres y mujeres a una experiencia subjetiva, destroza las políticas de igualdad y resulta imposible diseñar políticas públicas feministas.

Cómo acabar con el feminismo en política

En la teoría de la ventana rota, basta dejar sin reparar un cristal hecho añicos en una ventana de un edificio vacío para que los más vándalos rompan los demás. Comenzado el proceso de deterioro, en poco tiempo, todo el edificio se convertirá en una ruina por acción de destrozo o dejación. Caitlin Moran utiliza la explicación de la filosofía de la ventana rota en su libro *Cómo ser mujer* trasladada a la desigualdad de las mujeres: si vivimos en una cultura en la que se denigra a las mujeres y esos cristales no se van reparando, el edificio de la dignidad y la ciudadanía acabará destruido. Parece necesario, entonces, desarrollar una cartografía política que identifique esos edificios deteriorados por las narrativas mediáticas y políticas vacías de contenido, incluso cargadas de odio. Si en los capítulos anteriores hemos ido exponiendo cómo la política expulsaba a las mujeres en general y a las feministas en particular, el siguiente paso es analizar cómo ha sido expulsado el feminismo de la política, donde es cierto que nunca estuvo demasiado afianzado, pero al menos, sí consiguió poner en pie políticas de igualdad, desarrollos legislativos importantes e incorporar conceptos y prácticas propias.

Podemos empezar por analizar cómo nos hicimos

posmodernos —y de paso neoliberales—, como diría Stuart Jeffries,[40] para seguir con el proceso de expulsión del feminismo de la vida y del discurso político. Si bien la historia es conocida, merece la pena recordarla, aunque sea de forma breve puesto que ha sido clave para la sustitución del feminismo por la teoría *queer* y las políticas de igualdad por políticas de identidad y diversidad.

Subrayo la palabra sustitución porque obviamente pueden convivir las políticas de identidad, diversidad e igualdad. Sin embargo, el éxito posmoderno ha sido sustituir unas por otras de manera que la izquierda tiene la conciencia tranquila mientras desarticula al movimiento feminista. Como leía hace poco en un tuit, *es la hoguera de las banalidades*. Así que, puestas a recordar, también parece necesario incidir en que lo contrario de igualdad es desigualdad, no diferencia. La diferencia es una característica de nuestro mundo. El problema surge cuando sobre las diferencias se construyen desigualdades. Lo contrario de opresión no es empoderamiento, es emancipación. Si algo no emancipa no libera de la opresión.

El posmodernismo salió de las sombras a principios de la década de los setenta —explica Jeffries—, justo cuando el neoliberalismo empezaba a emerger como la nueva forma del capitalismo. La filosofía posmoderna del «todo vale» se aprovechó de los cambios tecnológicos y la cultura del mercado de consumo como diferenciación y del libertarismo individualista que ensalza la posmodernidad y acabó finalmente adoptando la forma de Amazon, Facebook y Twitter. «Una de las consecuencias de todas estas transformaciones es que hoy apenas somos capaces de imaginar la política como una actividad comunitaria porque nos hemos habituado a ser consumidores en lugar de ciudadanos», añade Jeffries. Pero, el autor se plantea ¿es revolucionario el deseo? Y responde que una sociedad que está entregada a la autogratificación resulta mucho más fácil de

controlar: «Esa fantasía de la felicidad, esa ambición ilusoria de poder, sexo y dinero, todo era posible, podíamos convertirnos en lo que quisiéramos. Las identidades se volvieron máscaras que podíamos adquirir en el mercado, usar y desechar a voluntad. Y, de ese modo, el deseo explotó la identidad», concluye.

Tanto la posmodernidad como el neoliberalismo se expresaban en términos de liberación: la primera nos liberaba de la tiranía de la modernidad y el segundo, del Estado. Sin embargo, lo que hicieron fue sustituir una tiranía por otra, por la del mercado. El neoliberalismo no es solo más eficaz que el sistema totalitario a la hora de ejercer el control, sino también más insidioso pues los súbditos y las súbditas que produce se imaginan libres mientras desean su propia dominación. Hay definiciones de todo tipo sobre la posmodernidad. Según Daniel Dennett, el posmodernismo no es más que jerigonza; la posmodernidad ha perdido toda relación con lo que él valora: la verdad, el hecho demostrable, la ciencia. Para Dick Hebdige, «posmodernidad» es una palabra vacía y además semánticamente sobrecargada. Una de las características del pensamiento posmoderno es que problematiza la significación, pues habita un agujero negro semántico en el que ha implosionado el significado. De ahí la confusión conceptual en la que nos vemos inmersas.

A Noam Chomsky le indigna la defensa que hacen los posmodernos de que la verdad y la objetividad no existen, de que lo único que existe son el poder y los intereses creados. Un juicio similar al que defiende Lluís Rabell: «Opiniones elevadas a la categoría de dogmas de fe que rehúsan la crítica y se erigen en inquisidores de quienes cuestionan sus creencias. No exageramos. Esa dinámica corrosiva ha penetrado profundamente en las filas de toda una parte de la izquierda y eso no ha caído del cielo».

Así es. El pensamiento posmoderno se caracteriza por ser *antidualista*. Busca satisfacer las necesidades de aquellos

individuos o grupos que han sufrido opresión y marginalidad a causa de las ideologías de las épocas anteriores y las instituciones y estructuras sociales y políticas que les sirvieron de apoyo. Al posmodernismo se le acusa de trasladar la ética del ser por la del tener y engordar el consumismo basado en la creación de necesidades y deseos que a menudo confunde con derechos. La renuncia a pensar históricamente y la debilidad por la sociedad del espectáculo y la mercantilización de prácticamente todos los ámbitos sociales son otras de las características que se le cuestionan. «Al final del espectáculo posmoderno, se sale siempre por la tienda de regalos», de nuevo Jeffries.

La posmodernidad declara la muerte del sujeto, de la historia y de la epistemología, es decir, de un conjunto de categorías y conceptos que tienen una validez universal para evaluar el mundo. De manera que, como explica Rosa Cobo, si no existe la verdad objetiva, no hay base para el conocimiento. Tampoco hay científicos, puesto que la posmodernidad niega la existencia de un sujeto constituyente, autónomo y racional. En su lugar, define el sujeto como una posición en el lenguaje, con la conciencia ilusoria de ejercer un papel rector cuando es un mero personaje sujeto a regímenes que se han constituido sin su intervención y que le constituyen. Según este criterio, no es posible interpretar la realidad más allá de la experiencia concreta y cualquier metarrelato será homogeneizante y, por lo tanto, potencialmente esencialista y totalitario. Frente a los grandes relatos, frente a la historia de la modernidad, la posmodernidad propone microrrelatos sustentados en las experiencias.

Concluye Cobo que, a diferencia de las generaciones precedentes, que creían en las utopías y en el desarrollo social, los pensadores posmodernos defienden que la posibilidad de progreso solo es individual. Los ideales, en la posmodernidad, prácticamente desaparecen y su lugar lo ocupa el consumo,

mientras que los grandes liderazgos también se cuestionan y su lugar lo ocupan figuras que gozan de una fama breve. Así pues, no hay cabida para el feminismo en las tesis posmodernas puesto que el feminismo se caracteriza, precisamente, por lo contrario, por ser un proyecto colectivo y emancipador que plantea que la unión de las mujeres no se conforma sobre la identidad sino sobre la experiencia común de opresión y las propuestas políticas para acabar con ella. Además, el feminismo es internacionalista y se expresa frente al patriarcado, defenestrado por la posmodernidad, que da por buena cualquier experiencia personal y no cree en un sistema de dominación común. Igual, por cierto, que hace la derecha política y más aún la ultraderecha, que presenta una realidad en la que no hay machismo, no hay limitaciones ni dominación, no hay patriarcado, solo circunstancias y, como consecuencia, tampoco hay violencia de género en cuanto a una forma específica de violencia procedente de la opresión de las mujeres. Conclusión: el feminismo no tiene razón de ser.

En su libro *Todo, a todas horas, en todas partes*, Stuart Jeffries defiende que la nuestra es una era marcada por la opinión en la que no parece caber la objetividad desde que vivimos en lo que se ha definido como posmodernidad, una época en la que los movimientos sociales intentaron desarticular las jerarquías establecidas y acabaron favoreciendo el nacimiento de nuevos totalitarismos en su lucha por la libertad individual. Sostiene Jeffries que la cultura posmoderna surgió bajo la estela del neoliberalismo. La era de la información suplantó a la era de la fabricación. El capital fluía por todo el mundo mientras se levantaban muros más altos para las personas migrantes, y para que el capitalismo pudiera superar las crisis necesitaba los servicios de una cultura populista basada en el mercado como medio de diferenciación y en un libertarismo individualista.

A mediados de los años ochenta, un sector del feminismo se

alía con las ideas posmodernas y surge lo que Seyla Benhabib llama «un choque de paradigmas en la teoría feminista contemporánea» y lo que denominamos «posfeminismo», aunque no haya consenso sobre el término. Bajo el nombre de «posfeminismo» se agrupan un conjunto de corrientes que asumen una postura crítica ante los movimientos feministas anteriores, al tiempo que reivindican la diversidad de identidades (y la libertad para elegirlas), más allá de la heterosexualidad y el binarismo sexo-género. La expresión resulta útil para explicar todas las corrientes nacidas de la crítica al feminismo anterior, especialmente, al feminismo radical.

Podemos señalar como características en común a todas estas corrientes la revisión del sujeto del feminismo que llega hasta la revisión del concepto mismo de mujer, la ruptura de la unidad de planteamientos, la desconfianza ante cualquier reivindicación con vocación de universal, el surgimiento de un concepto de marginalidad o de una identidad de los márgenes, desidentificada, fronteriza... Y también, sin duda, el gusto por la hiperteorización —la mayor parte de sus referentes son teóricas y académicas de las universidades estadounidenses—, y el uso de un lenguaje oscuro, ininteligible en ocasiones. Como hijas de la posmodernidad impugnan los dos conceptos centrales de la teoría feminista: género y patriarcado, por considerar que no tienen en cuenta las diferencias entre las mujeres, y teóricamente reniegan del patriarcado como un sistema de opresión común a las mujeres por ahistórico y metarrelato, aunque realmente solo en la teoría, porque en la práctica, las feministas más jóvenes gritan en las calles «no es un caso aislado, se llama patriarcado», y hasta LASTESIS en sus *performances* hace continua referencia a él.

El feminismo tiene tres siglos de historia, raíces teóricas y políticas y una potente genealogía, todo ello muy anterior a la posmodernidad. Sin embargo, la influencia de la posmodernidad

en la teoría feminista ha sido muy fuerte y sin duda la ha tensionado, así como al propio movimiento feminista, puesto que es imposible albergar en la misma teoría política dos corrientes (el feminismo y la teoría *queer* —y el resto de las posiciones posmodernas—) que plantean propuestas antagónicas tanto desde el punto de vista ideológico como filosófico y político. Especialmente difícil para que todo pueda considerarse feminismo es que el movimiento posmoderno considere como enemigo al propio feminismo y no al patriarcado y que utilice la deslegitimación, la cancelación y la violencia verbal contra la tradición feminista, especialmente la radical, al tiempo que intenta reescribir la genealogía.

En cualquier caso, para Rosa Cobo la peor noticia del imperio de la posmodernidad es su penetración en la izquierda que desde entonces prima el reconocimiento por encima de la igualdad. Eso significa que, desde entonces, ha abandonado el feminismo y las políticas de igualdad, por el posfeminismo y las políticas de identidad y diversidad, lo que no deja de ser significativo porque no deberían ser excluyentes, sin embargo, la izquierda ha sustituido unas por otras. La transgresión, la diversidad, las identidades no cuestionan las relaciones de poder entre mujeres y hombres; el feminismo, sí. De esta manera, la política expulsó al feminismo y este se quedó huérfano de representación.

El escándalo Sokal

Suponemos que es mucho más fácil sumar voluntades contra el feminismo que contra el patriarcado, y el discurso crítico hacia la teoría feminista y su genealogía tiene una gran capacidad de penetración, aunque no se sostenga frente a los hechos ni frente a la historia. En mi época de periodista nos burlábamos de estas malas praxis con la expresión «que la realidad no te estropee un

buen reportaje». Como ejemplo, las críticas del posfeminismo hacia el feminismo como producto de mujeres blancas, de clase media, «privilegiadas» y mayores, y que, en realidad, el «choque de paradigmas» es tan solo un «conflicto generacional». Curioso teniendo en cuenta que la aparición de las ideas posmodernas se sitúa en los años setenta del siglo XX, es decir, son coetáneas al feminismo radical,[41] y que la expresión «teoría *queer*» es introducida en 1990 por Teresa de Lauretis, quien, además, muy pronto renegará de ella, al considerar que las diferentes teorías que se iban desarrollando bajo ese concepto, así como su cariz incluso mercantil, la habían vaciado de contenido político. Así pues, sus máximos referentes ni son jóvenes ni están en los márgenes. Todo lo contrario, forman parte de la élite académica estadounidense, incluso quienes han desarrollado las teorías decoloniales o han realizado las críticas más duras hacia el feminismo radical.

- Judith Butler (Cleveland, 1956) se graduó y doctoró en Filosofía en la Universidad de Yale. Ha sido profesora en la Universidad Wesleyana, en la de George Washington, en la Johns Hopkins y en la de California.
- Gayatri Chakravorty Spivak (Calcuta, 1942) se graduó por la Universidad de Calcuta y dos años después completó su máster en la Universidad Cornell en Estados Unidos. Acabó su tesis doctoral mientras ejercía de profesora en la Universidad de Iowa. Desde 1991 es profesora en Columbia.
- Gloria Anzaldúa (Texas, 1942-California 2004), doctora en Literatura Comparativa por la Universidad de Texas, catedrática en la Universidad Estatal de San Francisco.
- Cherríe Moraga (California, 1952), doctora por la Universidad de San Francisco.
- Chandra Talpade Mohanty, nacida en Mumbai, India y residente en Estados Unidos desde finales de los años setenta; es profesora de Estudios de la Mujer y Estudios de Género en la Universidad de Siracusa.
- Donna Haraway Denver (Colorado, 1944) fue la primera profesora

titular de teoría feminista en Estados Unidos. Se graduó en Zoología y Filosofía en el Colorado College, y obtuvo la beca de la Fundación Boettcher. Vivió en París cuando estudiaba Filosofía con una beca Fullbright antes de completar su doctorado en el departamento de Biología de Yale. Ha sido profesora en la Universidad de Hawái y en la de Johns Hopkins, pero la mayor contribución de Haraway vendrá durante sus años de docente de posgrado en el reconocido departamento de Historia de la Conciencia en la Universidad de California-Santa Cruz, integrando el profesorado junto a Teresa de Lauretis, Angela Davis y Hayden White.

- Teresa de Lauretis (Bolonia, 1938) es doctora en Lenguas y Literaturas Modernas por la Universidad Bocconi. En 1985 ingresó como docente de posgrado en el departamento de Historia de la Conciencia en la Universidad de California en Santa Cruz del que es profesora emérita.
- Angela Davis Alabama (Alabama, 1944) se doctoró en la Universidad de California en San Diego con una tesis dirigida por Herbert Marcuse. Es profesora emérita de la Universidad de California en Santa Cruz.

No sigo a riesgo de parecer pesada, pero resulta obvio que la universidad, y especialmente las universidades estadounidenses, han tenido mucho que ver en este proceso. Las mujeres entramos en la universidad siete siglos después que los hombres, así que el acceso de las mujeres a la educación superior no ha sido una anécdota en la historia. La primera reivindicación de las feministas, incluso antes de reconocerse como tal, fue la educación. Primero, la educación básica, leer y escribir, la llave que abre la puerta de la vida propia; después, la educación superior, negada tozudamente a las mujeres hasta el siglo XX. Cualquier forma de definir, clasificar, nombrar... es arbitraria, pero tiene una función ideológica porque determina una manera concreta de explicar la realidad. La representación de esa realidad se hace bajo los intereses del poder. La prohibición expresa a las mujeres de acceder a la cultura y producirla significaba la prohibición de explicar la vida y explicarnos a

nosotras mismas. La consecuencia es que tanto las mujeres como la vida hemos sido definidas por los varones, obviamente, bajo sus intereses y puntos de vista.

Ha sido, es, una carrera de fondo que no ha terminado. Aún hoy el feminismo no ha conseguido impregnar la academia, entendida como el conjunto de saberes reglados y estructurados en un canon —uno de los reductos patriarcales más resistentes al cambio—, pero, sin duda, el conocimiento cambió a las mujeres. Cuando estas entraron en la educación superior comenzaron a desmontar las «falacias viriles», que diría Kate Millett, se desenmascararon las trampas del lenguaje, la sesgada visión sexista de los medios de comunicación, la ultrajante representación de las mujeres en la publicidad, se desagregaron indicadores por sexos que mostraron las diferencias de salario, de usos de tiempo, los déficits en los servicios sociales, las exclusiones de la Historia, las mentiras de las ciencias sociales, las carencias de las ciencias experimentales... En definitiva, se dijo con rotundidad que ya no es posible, con rigor académico, considerar como universal y neutro un punto de vista parcial e interesado, el masculino. Pero, además, comenzó una producción propia, se iniciaron los estudios feministas y de género.

Este era el relato... hasta ahora, porque, como decíamos, la universidad no ha sido ajena ni un elemento menor en este proceso de expulsión del feminismo de la política y su sustitución por la teoría *queer*, políticas de identidad, diversidad e incluso políticas sociales. En 2022 se celebraba una webinar organizada por Feministes de Catalunya en la que se profundizó sobre esta cuestión. Llevaba por título «El giro posmoderno en las ciencias sociales y su impacto en la investigación feminista», [42] y las ponentes fueron analizando cómo, bajo una apariencia revolucionaria, el paradigma posmoderno contribuye a desvirtuar el propósito de la ciencia feminista, que era

investigar cómo se crea y se reproduce la desigualdad entre hombres y mujeres. También se abordaron sus consecuencias políticas, tanto en su conflicto con el feminismo como su influencia sobre una izquierda que ha asumido postulados individualistas e identitarios alejados de un análisis estructural de la desigualdad.

Anna Estany recordaba el trabajo que publicaron en 1994 el biólogo Paul Gross y el matemático Norman Levitt en el que cuestionaban el constructivismo social de los estudios de la ciencia y el relativismo de la teoría posmoderna como un pensamiento sin base epistemológica.[43] Gross y Levitt afirmaban que la izquierda académica en Estados Unidos, impregnada de posmodernismo, se había vuelto intransigente y anticientífica.

Como ejemplo, Estany se refirió al conocido como escándalo Sokal, la demostración práctica por parte del profesor de física de la Universidad de Nueva York, Alan Sokal, de que cualquier revista de humanidades publicaría un artículo «plagado de sinsentido» si cumplía dos requisitos: que sonara bien y que estuviese escrito contra las ciencias empíricas apoyando los prejuicios ideológicos de los editores. Para ello envió a la revista posmoderna de estudios culturales *Social Text* un artículo titulado «La transgresión de las fronteras: hacia una hermenéutica transformativa de la gravedad cuántica», en el cual defendía una cantidad asombrosa de afirmaciones absurdas, incluso delirantes, bajo la tesis de que «la gravedad cuántica era un constructo social; es decir, que la gravedad existe solamente porque la sociedad se comporta como si existiera, por lo tanto, si no se creyera en ella no tendría efecto». El mismo día de su publicación, Sokal anunciaba en otra revista, *Lingua Franca*, que el artículo era un engaño, «un pastiche de jerga posmoderna, reseñas aduladoras, citas grandilocuentes fuera de contexto y un rotundo sinsentido», que se había apoyado «en las

citas más estúpidas que había podido encontrar hechas por universitarios genéricamente llamados *posmodernos*», textual.

Tras la burla, Alan Sokal y Jean Bricmont publicaron en 1997 *Imposturas intelectuales*,[44] un libro en el que explicaban que no lo habían escrito para señalar unos cuantos abusos aislados:

> El presente libro se ocupa de la mistificación, del lenguaje deliberadamente oscuro, la confusión de ideas y el mal uso de conceptos científicos. [...] Nuestro objetivo no es criticar a la izquierda, sino ayudarla a defenderse de un sector de ella misma que se deja arrastrar por la moda. Como escribió Michael Albert, no hay nada veraz, sabio, humano ni estratégico en confundir la hostilidad a la injusticia y a la opresión, que es de izquierdas, con la hostilidad a la ciencia y a la racionalidad, que es un sinsentido.

El origen de este libro estuvo en una broma, señalaban sus autores, pero lo que escondía era que desde hacía años estaban «asombrados e inquietos» por la evolución intelectual que habían experimentado ciertos medios académicos norteamericanos. Explicaban:

> Al parecer, amplios sectores pertenecientes al ámbito de las humanidades y de las ciencias sociales han adoptado una filosofía que llamaremos —a falta de un término mejor— «posmodernismo», una corriente intelectual caracterizada por el rechazo más o menos explícito de la tradición racionalista de la Ilustración, por elaboraciones teóricas desconectadas de cualquier prueba empírica y por un relativismo cognitivo y cultural que considera que la ciencia no es nada más que una narración, un mito o una construcción cultural.

Los autores también relatan en el libro cómo, tras la publicación del artículo de Sokal y su explicación posterior, recibieron un montón de cartas dando las gracias, entre las que destacaban la de un estudiante que decía que, después de pagarse los estudios, tenía la impresión de haber gastado el

dinero en la compra de los hábitos de un emperador que, tal y como sucedía en la fábula, estaba desnudo. En definitiva, lo que los autores pretendían demostrar en *Imposturas intelectuales* es que lo posmoderno abusa de lo siguiente:

> En primer lugar, de hablar prolijamente de teorías científicas de las que, en el mejor de los casos, solo se tiene una idea muy vaga. La táctica más común es emplear una terminología científica —o pseudocientífica— sin preocuparse demasiado de su significado. En segundo lugar, incorporar a las ciencias humanas o sociales nociones propias de las ciencias naturales sin ningún tipo de justificación empírica o conceptual de dicho proceder. En tercer lugar, exhibir una erudición superficial lanzando, sin el menor sonrojo, una avalancha de términos técnicos en un contexto en el que resultan absolutamente incongruentes. El objetivo, sin duda, es impresionar, y, sobre todo, intimidar al lector no científico. Y en último lugar, manipular frases sin sentido. Se trata, en algunos casos, de una verdadera intoxicación verbal, combinada con una soberana indiferencia por el significado de las palabras.

Pretenciosa verborrea nebulosa, que diría Stanislav Andreski, a modo de resumen y explicación de por qué el posfeminismo, que bebe de las fuentes de la posmodernidad, ha tensionado de una manera tan extraordinaria al feminismo y nos ha sumido en una tremenda confusión conceptual en la que todo vale porque todos los conceptos están vacíos de contenido y de potencia política. Una tensión que ha llegado con décadas de retraso a España —y parte de América Latina—, pero que ha colonizado universidades y poderes públicos con las premisas del feminismo académico norteamericano —si lo podemos llamar así—, lo que no deja de ser una paradoja más puesto que uno de sus mantras más repetidos por el posfeminismo es el del feminismo «situado».[45]

¿En qué momento dejamos de respetar a Kate Millett?

Como señalábamos anteriormente, Rosa Cobo llama la atención de cómo la izquierda ha abrazado la posmodernidad pero, además, reflexiona sobre lo que denomina el problema crónico de la izquierda al haber perdido la clase obrera como sujeto político, fruto de la profunda transformación productiva y la desindustrialización. Para la socióloga, la socialdemocracia lo ha recompuesto a través de las clases medias y la nueva izquierda posmoderna lo hace a partir de la suma de identidades. Eso sí, no parece que nadie quiera perderse el capital político del feminismo, por lo que nadie renuncia al nombre.

Tal como defiende Rosa Cobo, una de las luchas actuales está centrada en el sujeto político. Para el feminismo, no hay duda, son las mujeres; para el posfeminismo son todas las identidades posibles. Fue Herbert Marcuse quien, en 1964, en *El hombre unidimensional*, afirmó que el proletariado se había aburguesado y acomodado demasiado a base de bienes materiales como para que pudiera cumplir su destino manifiesto de derrocar al capitalismo. La revolución tendría que llevarla a cabo un nuevo ejército integrado por lo que denominaba «grupos subalternos»: mujeres, activistas por los derechos civiles, estudiantes. Entre quienes no veían clara la reflexión del marxista estaba Kate Millett. Cuando Marcuse y Millett se encontraron en 1975 en una mesa redonda en la Universidad de California en San Diego, Millett dijo, refiriéndose a Marcuse: «Una tiene la impresión, y estoy segura de que no es intencionado, de cierto oportunismo político. Es el momento adecuado, el movimiento de mujeres está progresando muy bien [...] utilicémoslo para nuestra lucha eterna, la gran guerra santa, por la caída del capitalismo. Las mujeres están habituadas a que las utilicen».[46]

La filósofa Celia Amorós denuncia que las mujeres hemos

estado tres siglos luchando para constituirnos en sujeto y aparecer en la historia universal, hasta entonces masculina, y de pronto la posmodernidad ha declarado la muerte del sujeto y nos ha devuelto al terreno de lo específico. Como se planteaba Amorós, la teoría feminista no puede renunciar a conceptualizar las relaciones y las diferencias sexuales, materiales y simbólicas entre los seres humanos. Si no hay categorías universales, ¿qué hacemos con la noción de patriarcado? ¿Puede un proyecto emancipador sostenerse sin un sujeto (las mujeres) y sin un relato (la genealogía feminista) que explica las luchas contra una opresión universal (el patriarcado)?

Cuando la noción de identidad determina las políticas públicas, estas acaban siendo meramente simbólicas porque no las acompaña una transformación de las condiciones materiales de vida. No solo no se transforma la realidad, sino que a menudo se enmascara y se relativiza la desigualdad con el pretexto de respetar la diversidad.

Silvia Carrasco añade, además, que el hecho de que la izquierda haya comprado el paradigma de las identidades es una derrota política porque predomina una idea de singularidad que fragmenta e impide identificar la opresión. «Sin plantearse preguntas universales, la izquierda carece de herramientas para analizar el cambio social profundo promovido por el neoliberalismo cultural, que con sus actitudes individualistas e insolidarias hace aceptable e incluso deseable el neoliberalismo económico, en especial en lo relativo al mercado de la vida, que afecta de forma muy específica a las mujeres». Carrasco concluye: «Las mujeres que luchamos por una emancipación como ciudadanas de pleno derecho necesitamos rearmarnos intelectualmente y rearticularnos políticamente, ya que nos hemos quedado huérfanas de representación en una izquierda que ha abrazado las tesis posmodernas».

Sí, Kate Millett, referente del feminismo radical, reconocida por el *New York Times* en el listado de las diez personalidades

más influyentes de todo el siglo XX, lo vio venir. Y se lo dijo a Marcuse en 1975 y nos lo dejó por escrito, nos lo advirtió no solo en su obra fundamental *Política sexual*, publicada en 1970, uno de los libros que más contribuyó intelectualmente al cambio real en la vida de las mujeres, también en escritos y artículos posteriores. Sin embargo, en los últimos años, el posfeminismo ha arremetido contra el feminismo radical y las feministas radicales utilizando incluso el término como insulto.[47]

En un libro anterior, titulado *Cansadas*, publiqué un extracto de uno de sus artículos, de 1988, titulado de manera explícita «¿Somos las mujeres incapaces de honrar nuestra propia historia?», en el que Millett se hacía ya otra pregunta «¿quién nos robó el feminismo?». Y, por si acaso, respondía que, desde luego, ella no había sido:

> Empiezo a preguntarme: ¿En qué estoy mal? ¿Estoy demasiado fuera de juego o demasiado vieja? Tengo sesenta y tres años. O, ¿soy la vieja ante la nueva escuela feminista? O, ¿es algo peor? ¿He sido denunciada o desacreditada? ¿Por quién? ¿Qué pasa? Recientemente, un libro preguntaba ¿Quién nos robó el feminismo? Yo no fui.
>
> Yo debo vivir para contar la historia, esperando decirle a otra generación algo que quisiera que sepan sobre la larga lucha de la liberación de la mujer, algo acerca de la historia y la censura. Quizás pueda también tener la esperanza de explicar que el cambio social no llega fácil, que las pioneras pagan un precio alto y una soledad innecesaria por aquello que sus sucesoras toman por hecho. ¿Por qué las mujeres parecen particularmente incapaces de observar y honrar su propia historia? ¿Qué vergüenza secreta nos hace tan obtusas? Ahora tenemos una laguna entre la comprensión de una generación y la siguiente, y hemos perdido mucho de nuestro sentido de continuidad y camaradería.[48]

En ese mismo libro también conté la visita que Millett hizo a Madrid el 25 de marzo de 2010 con sus hermosos setenta y cinco años, y cómo el salón de actos del Instituto de la Mujer de

Madrid estaba hasta arriba con todas las feministas que conseguimos encontrar un hueco, sentadas, de pie, en el suelo... El larguísimo y emocionado aplauso con el que fue recibida, su preocupación por las guerras y, sobre todo, cómo insistió en alertarnos sobre «la política de la crueldad», así como sus palabras acerca de la búsqueda de la libertad y la felicidad.[49] ¿Qué hubiese ocurrido hoy si Kate Millett estuviese viva y viniese a dar una conferencia? ¿La habrían cancelado en nombre del feminismo?

4

El relato, el maldito relato

> Si prevalecemos, la vida será más fácil para que las mujeres de todo el mundo ganen su guerra cuando les llegue la hora.
>
> EMMELINE PANKHURST

«La voz pública de las mujeres» es la primera conferencia que Mary Beard incluye en su libro *Mujeres y poder*. Comienza recordando el primer ejemplo documentado de un hombre diciéndole a una mujer que se calle, que su voz no debía ser escuchada en público. Fue hace casi tres mil años en uno de los primeros pasajes de la *Odisea*. Se trata del jovencísimo Telémaco mandando callar a su madre, Penélope: «Vete dentro, ocúpate de los quehaceres diarios, del telar y de dar órdenes a las criadas, que los discursos corresponden a los hombres especialmente a mí, porque soy el señor de la casa», le dice. Así es como a través del mito, del relato, se empieza a construir el patriarcado. La *Odisea*, por un lado, presenta mujeres fuertes, inteligentes y autónomas, y por otro, las va desautorizando para ir construyendo el nuevo orden patriarcal que se consolidará cinco siglos después, especialmente con el teatro griego. Y es que el contexto en el que se desarrolla la escena que cita Mary Beard

tiene su miga.

Resulta que Penélope llevaba veinte años gobernando y ampliando las riquezas del reino, según se relata en otro pasaje del poema, mientras su marido Odiseo (el Ulises latino) andaba en su periplo guerrero y exploratorio. Telémaco, veinte años, es un joven timorato y consentido al que un día se le presenta Atenea, disfrazada de mendigo, y le dice que ya está bien de gandulear, que vaya en busca de su padre porque así conseguirá fama. Solo con esto se crece y se presenta en el salón donde están cenando los pretendientes de su madre mientras un aedo canta tristes melodías sobre el marido ausente desde hace tanto tiempo. Cuando Penélope se asoma desde la ventana de sus aposentos y le pide que cante algo más alegre que no le traiga tan malos recuerdos, el muchacho se envalentona y no solo desautoriza a su madre en público, sino que se atreve a marcar el nuevo orden en la casa.

Desde el menosprecio de Telémaco a su madre hasta las amenazas en Twitter, hay un larguísimo recorrido convertido en sustrato cultural en Occidente sobre la complicada relación entre la voz de las mujeres y la esfera pública de los discursos, debates y comentarios: la política en su sentido más amplio, desde los comités de empresa al Parlamento. Telémaco solo fue el primero, subraya Beard, quien recuerda que Aristófanes dedicó una comedia entera a la «hilarante» fantasía de que las mujeres pudieran hacerse cargo del gobierno. Parte de la broma era cómo las mujeres no conseguirían adaptar su *charla privada* al *elevado lenguaje* de la política masculina. Siguiendo el recorrido que propone la autora de *Mujeres y poder*, podemos recordar cómo Júpiter convirtió en vaca a Ío para que tan solo pudiera mugir, no hablar; mientras que la parlanchina Eco fue castigada a que su voz no fuese nunca la suya, a ser un instrumento que repita siempre las palabras ajenas.

Beard también hace un recorrido por las excepciones. Tan solo

tres. Tres ejemplos de mujeres que consiguieron hablar públicamente en el mundo clásico: la primera, Mesia, que se defendió a sí misma en los tribunales. La segunda, Afrania, que iniciaba ella sola las demandas judiciales. Afrania ha pasado a la historia como una «descarada» que tenía a todo el mundo harto de sus «ladridos» o «gruñidos» (no se le concede el «habla») y que murió en el año 48 a. C. porque «con semejantes bichos es más importante documentar su muerte que su nacimiento». La tercera excepción es Hortensia, que habla como portavoz de las mujeres de Roma (solo de las mujeres) para protestar por un impuesto especial sobre el patrimonio.

Es decir, en el mundo clásico solo hay dos posibilidades de voz pública de las mujeres: como víctimas o para defender sus intereses sectoriales, pero nunca hablan en nombre de los hombres ni de la comunidad en su conjunto. Beard insiste en cómo las tradiciones clásicas nos han proporcionado un poderoso patrón de pensamiento que incluye lo que es una buena y una mala oratoria y también quién merece ser escuchado. Pero da un paso más y señala que un aspecto todavía más interesante es la conexión cultural que se pone de manifiesto cuando una mujer defiende opiniones impopulares, polémicas o simplemente diferentes: en este caso se consideran indicativas de su estupidez. No es que uno esté en desacuerdo con ella, es que es tonta: «Lo siento, cariño, pero es que no lo entiendes. He perdido la cuenta de las veces que me han llamado cretina ignorante». Que es exactamente lo mismo que aseguraba la relatora de Naciones Unidas cuando explicaba que las mujeres que expresaban opiniones «controvertidas» eran las que más posibilidades tenían de sufrir violencia política.

Parece más fácil acceder a un cargo en un ámbito de poder que entrar (y permanecer) en el territorio discursivo, puesto que no solo se trata de si una mujer puede o no hablar en el ámbito público; a estas alturas se trata de si esa mujer consigue ser escuchada y cómo se valoran y consideran las cuestiones que

plantea. Dice Beard: «Cada vez que hablo por la radio o salgo en televisión, recibo lo que eufemísticamente podríamos denominar una respuesta "inadecuadamente hostil", es decir, algo más que críticas razonables o incluso enfado razonable».

Los hombres que no leen a las mujeres

Anna Russell asegura que, cuando se puso a escribir *Aquí estoy yo. Los discursos más inspiradores de grandes mujeres*, temía no tener suficiente para llenar un libro, sobre todo cuando buscó la antología más voluminosa publicada en inglés: *The World's Great Speeches: 292 Speeches from Pericles to Nelson Mandela* (cuarta edición, ampliada) [Los grandes discursos del mundo: 292 discursos desde Pericles a Nelson Mandela] y vio que incluía casi tantos discursos de hombres acerca de las mujeres como discursos pronunciados por mujeres. Tan solo 11 de los 292 discursos que recoge la antología habían sido realmente pronunciados por mujeres. Se acordaba de lo que Christine Stansell denomina la «amnesia histórica» sobre el movimiento de la mujer y de la tendencia del feminismo hacia la «repetición compulsiva de antiguos errores, antiguas disputas, antiguos dilemas». Russell confiesa que en ocasiones piensa que es como si cada generación de mujeres llegara por su cuenta y, al encontrarse con un mundo que no les gusta, abordara los mismos problemas que sus madres y sus abuelas, y hasta sus bisabuelas, sin saber qué armas habían funcionado y cuáles no habían servido de nada, en una perpetua reinvención de la rueda. Y se pregunta: «¿Cómo es posible que, tras tanto meditar, tanto luchar y tanto estudiar, nos sigamos preguntando en qué consiste ser mujer en este mundo?».

Por supuesto encontró suficientes discursos para escribir un libro, por supuesto tuvo que seleccionar y se centró

prácticamente en la cultura anglosajona, pero quizá lo más interesante que descubrió es que hablar en público destruyó la reputación de prácticamente todas estas mujeres. Las pioneras, además, sufrieron agresiones, les tiraban huevos, las encarcelaban... En 1892, la abolicionista Fanny Wright, nacida en Escocia, hizo una gira de conferencias por Estados Unidos sobre la importancia de la educación. Solo encontró desprecio, acusaciones de prostitución y el mote de «ramera roja de la infidelidad». Angelina y Sarah Grimké, ambas abolicionistas que comenzaron a hablar en público para manifestarse contra la esclavitud y terminaron formando la primera generación de sufragistas, se embarcaron en una gira de conferencias. En 1838, Angelina pronunció un apasionado discurso en el Pennsylvania Hall mientras una multitud enfurecida golpeaba las puertas. Después, quemaron el edificio.

Cuando era joven disfrutaba poniendo a prueba el plus de autoridad e importancia que ostentan los hombres solo por serlo. Me divertía mucho provocar su ira con una frase que siempre funcionaba. En medio de una conversación, confesaba a mi interlocutor que yo no leía novelas escritas por hombres —cara de horror en él—, pero yo seguía: «Me aburren mucho, no me interesan sus mundos, ni sus problemas, ni esos personajes tan irreales, especialmente los femeninos, producto solo de su fantasía; pero tampoco los masculinos, producto de sus aspiraciones... En general, me parecen historias muy ajenas a mis intereses, mis problemas, a las cuestiones que a mí me parecen importantes, a mi mundo».[50] A estas alturas de la conversación —sin excepciones—, mi interlocutor ya echaba humo por las orejas y fuego por los ojos, como mínimo me llamaba inculta y no sé cuántas cosas más. Yo dejaba pasar su desahogo y a continuación, con la tranquilidad de quien ya sabe la respuesta le decía: «Ya, supongo que tienes razón. Dime, ¿a qué mujeres lees tú?». Lo habitual, también sin excepción, era que difícilmente me decían una o dos.

A mí me parecía una cuestión obvia. El relato, el maldito relato, es únicamente masculino, construido por, para, con los hombres. Sin embargo, algo con consecuencias tan importantes en nuestras vidas —la de las mujeres, pero por supuesto también la de los hombres— está absolutamente naturalizado, por lo tanto, invisible.

De hecho, el día que le conté la anécdota a un grupo de amigas, no me creyeron. Una de ellas, Lidia Fernández, incrédula y rigurosa, ante la conclusión de que la mayoría de los hombres apenas leen libros escritos por mujeres —mucho menos nos citan—, decidió hacer una miniencuesta para demostrarme que estaba equivocada. Envió un cuestionario a gente que conocía, veinticinco hombres y veinticinco mujeres de diferentes edades, ideologías y territorios pidiendo que nos dijesen los últimos tres libros leídos. Contestaron veinte hombres y veinte mujeres. La respuesta, clarificadora. De sesenta libros leídos por mujeres, veinticuatro habían sido escritos por mujeres; de sesenta libros leídos por hombres, ocho habían sido escritos por mujeres. Si nos fijamos en los libros escritos por mujeres, pertenecen mayoritariamente a la novela negra, histórica o erótica.

Dos mil años de androcentrismo

Describe Gerda Lerner en su libro *La creación del patriarcado* que este es «una creación histórica elaborada por hombres y mujeres en un proceso que tardó casi 2.500 años en completarse. La primera forma de patriarcado apareció en el Estado arcaico. Las funciones y la conducta que se consideraban las apropiadas de cada sexo venían expresadas en los valores, las costumbres, las leyes y los papeles sociales. También se hallaban representadas, y esto es muy importante, en las principales

metáforas que entraron a formar parte de la construcción cultural y del sistema explicativo».[51]

La autora sostiene que los conceptos patriarcales están incrustados en los constructos intelectuales de esta civilización de tal modo que permanecen en gran parte invisibles y en ese proceso, da gran importancia a las metáforas de género que construyeron lo masculino como norma y lo femenino como algo anormal; el hombre como un todo poderoso, la mujer como inacabada, físicamente mutilada y emocionalmente dependiente. Los hombres median entre los humanos y Dios. Las mujeres alcanzan a Dios a través de la mediación de los hombres.

Así, desde que el patriarcado se consolidó —según Lerner, aproximadamente en el siglo VI a. C.— hasta ahora, los hombres que no han formado parte de los grupos de élite han luchado con un éxito cada vez mayor por su espacio en este poder de definición y nombramiento.

> La historia del mundo occidental se puede observar como una especie de despliegue de esta lucha basada en la clase y como historia de un proceso por el cual cada vez más hombres que no pertenecían a los grupos de élite han ido ganando acceso a los recursos económicos e intelectuales. Sin embargo, durante todo este periodo, hasta bien avanzado el siglo XX, las mujeres han sido excluidas de este proceso y han sido incapaces de acceder a él.

Pero la autora explica que no es solo que las mujeres hayan sido excluidas del proceso de creación de las construcciones conceptuales, a través de la privación de la educación, sino que al mismo tiempo las ciencias que explicaban el mundo han sido androcéntricas, parciales y han estado distorsionadas. Como ejemplo, la *Política* de Aristóteles, el texto donde el filósofo sitúa a las mujeres en una posición inferior a la de un ser humano. Según sus palabras, la hembra es «como un macho mutilado». Como señala Gerda Lerner, más asombroso que la

construcción misógina de Aristóteles es el hecho de que sus suposiciones se mantuvieran prácticamente indiscutidas y fueran continuamente repetidas durante más de dos mil años. El relato, el maldito relato.

Otro aspecto importante que señala Lerner es que no es casualidad que el tiempo, el ocio y la educación necesaria para el desarrollo de la filosofía, la religión y la ciencia se pusiera a disposición de una élite de sacerdotes, gobernantes y burócratas cuyas necesidades domésticas fueron cubiertas por la labor no remunerada de las mujeres y de los esclavos:

> Es la sociedad patriarcal de esclavos la que da lugar a los sistemas de ideas que explican y configuran el mundo milenios después. Los dos constructos intelectuales hermanados —el sistema del pensamiento filosófico y el del científico— explican y ponen orden en el mundo de tal manera que confieren y confirman el poder de sus adeptos y deniegan el poder a los que les cuestiona. Del mismo modo que la distribución y la asignación de los recursos otorgan el poder a los gobernantes, la retención de la información y la denegación del acceso a los constructos explicativos otorgan el poder a los creadores del sistema.[52]

En consecuencia, Lerner afirma que, para elaborar conceptos y definiciones —decidir lo que es y no es una cuestión política—, el poder masculino, obviamente, tuvo un profundo efecto en la lucha de las mujeres por su propia emancipación. Ha obligado a las mujeres pensadoras a malgastar mucho tiempo y energía en argumentos defensivos, ha canalizado sus pensamientos hacia campos muy estrechos, ha retrasado la entrada en la conciencia como entidad colectiva y literalmente ha anulado y tergiversado los talentos intelectuales de las mujeres durante miles de años. Las mujeres transformaron los conceptos y subvirtieron el pensamiento masculino con el fin de incorporar el conocimiento cultural en una tensión entre la hegemonía patriarcal y la redefinición de las mujeres. Esta es la característica del proceso

histórico del feminismo y de la toma de conciencia feminista a lo largo de los siglos. Por ejemplo, durante cientos de años, estuvieron obligadas no solo a defender su derecho a la educación, sino, en primer lugar, a tener que demostrar su capacidad para ser educadas.

Bajo esa lógica, la participación histórica en la política tiene la misma dinámica. La contribución de las mujeres a la lucha de los movimientos revolucionarios generales no las llevó hacia progresos en sus propios derechos e intereses. Una y otra vez, sus sacrificios y aportaciones fueron apreciados, pero sus compañeros y camaradas masculinos consideraban sus demandas, como mucho, marginales y secundarias, y no merecían el tiempo ni los recursos suficientes para solucionarlas.

Clara Zetkin tuvo problemas incluso dentro de su propio partido, como demuestra una conocida regañina de Lenin que no tiene desperdicio:

> Clara, aún no he acabado de enumerar la lista de vuestras fallas. Me han dicho que en las veladas de lecturas y discusión con las obreras se examinan preferentemente los problemas sexuales y del matrimonio. Como si éste fuera el objetivo de la atención principal en la educación política y en el trabajo educativo. No pude dar crédito a esto cuando llegó a mis oídos. El primer estado de la dictadura proletaria lucha contra los revolucionarios de todo el mundo... ¡Y mientras tanto comunistas activas examinan los problemas sexuales y la cuestión de las formas de matrimonio en el presente, en el pasado y en el porvenir![53]

Fue Heidi Hartmann quien describió la relación entre marxismo y feminismo como un matrimonio mal avenido y planteó la ceguera de género de la izquierda:

> ¿Quién se beneficia del trabajo de la mujer? Sin duda, el capitalista, pero también sin duda el hombre, que, como marido y padre, recibe unos servicios personalizados en casa. El contenido y la

> extensión de los servicios puede variar según las clases o los grupos étnicos o raciales, pero el hecho de que son recibidos no varía. El hombre tiene un nivel de vida más alto que la mujer por lo que se refiere al consumo de artículos de lujo, al tiempo de ocio y a los servicios personalizados. Un enfoque materialista no debería ignorar este punto crucial. De aquí se desprende que el hombre tiene un interés material en que continúe la opresión de la mujer. A largo plazo, ésta puede ser una «falsa conciencia», ya que la mayoría de los hombres podrían beneficiarse de la abolición de la jerarquía dentro del patriarcado. Pero a corto plazo esto equivale a controlar el trabajo de otra gente, control al que el hombre no está dispuesto a renunciar voluntariamente [...] Todos ellos pasan por alto el objetivo del análisis feminista: las relaciones entre el hombre y la mujer.[54]

Por otro lado, los grupos políticos conservadores siempre consideraron que la cuestión central era la amenaza del feminismo y convirtieron la represión sobre las organizaciones de mujeres en la característica esencial de su programa político.

Así, después de dos mil años (o más) de androcentrismo, no nos sorprenden las dificultades de las mujeres para establecer criterio, para conceptualizar, incorporar nuestra voz y nuestros conocimientos, así como la falta de autoridad que nos acompaña en el ámbito público. Lo sorprendente —parafraseando a Lerner — es que continúe ocurriendo en el siglo XXI, con las mujeres en general y con la teoría feminista en particular. La dinámica es idéntica porque el relato patriarcal construido sobre las metáforas de género que acabamos de ver permanece. Es decir, hacemos propuestas políticas mientras defendemos nuestro derecho a hacerlas... Bajo la hegemonía masculina en el pensamiento, los valores, las instituciones y los recursos, las mujeres tuvimos que luchar para formar nuestra propia conciencia feminista. Las condiciones bajo las cuales las mujeres nos consideramos libres del patriarcado fueron condiciones impuestas por el patriarcado. ¿Imposible participar en política con resultados transformadores bajo estas estructuras? No, pero

extremadamente difícil, complejo, agotador y frustrante, como dicen o sugieren en sus despedidas las mujeres que han ido abandonando la política.

La política de las emociones

Felipe González no tiene la culpa de todo. Aunque decíamos en un capítulo anterior que ya en 2007 hablaba de la necesidad de hacerse cargo de los estados de ánimo y las emociones para ejercer el liderazgo político, lo cierto es que la inmensa mayoría de politólogos, expertos en campañas y en comunicación política se han sumado a esta teoría. Asegura Antoni Gutiérrez-Rubí que «el *like* está ganando la batalla al *think*. El desplazamiento de las ecuaciones racionales a las pulsiones emocionales está modificando la aproximación de los electores en muchos contextos diferentes: el voto ya no se piensa, se siente». [55]

En paralelo, la experiencia individual ha suplantado al argumento racional. El problema está en que la experiencia no se discute, no se valora, no se evalúa. Discutir una experiencia personal termina en ataque personal, por tanto, todo lo que se presenta de esta manera queda fuera del debate. Además, a la política de las emociones le corresponde un «feminismo emotivo», aquel que no conforma derechos colectivos, que cuestiona a las feministas o a otras mujeres y no al patriarcado, que enmascara la desigualdad estructural al proponer solo esas experiencias personales. Es el feminismo a medida, el que cada persona define sin tener en cuenta ni la tradición feminista ni los conceptos acuñados por la teoría feminista, ni la genealogía de las mujeres que nos han precedido y, como experiencia personal, no se puede cuestionar. Es el feminismo despolitizado al evitar que surja un sujeto global que luche contra la desigualdad y la opresión.

De hecho, desde hace ya tiempo se está usando la voz «relato», con el significado de «reconstrucción discursiva de ciertos acontecimientos interpretados a favor de una ideología o de un movimiento político», que con rapidez la Real Academia ya ha recogido en su normativo y sancionador *Diccionario de la lengua española*. La primera acepción, sin embargo, está mucho más ceñida a su etimología: «Conocimiento que se da, generalmente detallado, de un hecho».

En latín la voz *relatus* estaba ligada al mundo del derecho, como «propuesta», «informe oficial», «relación de hechos», y de ahí pasó al mundo literario creativo: «relato». Nadie confunde la realidad con la ficción, aunque a cualquier relato o novela se le exige credibilidad narrativa. El salto cualitativo a esta novedosa acepción de reconstrucción discursiva interpretando a voluntad ciertos hechos a favor de una ideología suena demasiado a todo vale.

A pesar de su éxito entre asesores y consultores, la política de las emociones tiene una cara B. El voto emotivo ha abierto las puertas a personajes estrafalarios que a veces ocupan los primeros lugares de las elecciones porque acumulan un voto negativo. Consiguen mayorías por el hartazgo, por el rechazo a otras opciones. Niall Ferguson, historiador británico, plantea el neologismo de «emocracia», el gobierno de las emociones en el contexto de que «ya no vivimos en una democracia. Vivimos en una emocracia, en la que las emociones mandan más que las mayorías y los sentimientos cuentan más que la razón. Cuando más fuertes son tus sentimientos más fáciles los transformas en indignación y más influyente eres».

La emocracia se sustenta en inflamar los sentimientos mediante el populismo, la espectacularización de la política y el radicalismo. La emocracia provoca la polarización de la sociedad. Sobreexcitar los sentimientos para su utilización política es peligroso y, claro está, la emocracia genera

emócratas.

Donald Trump, probablemente, sea un caso paradigmático. Un multimillonario, sin experiencia política, con la capacidad de abrirse un hueco en las redes sociales y los medios de comunicación a través del exabrupto y el uso de la demagogia. Ganó las elecciones contra todo pronóstico con un mensaje machista, racista y marcadamente nacionalista. Es el prototipo del machismo desacomplejado, aún más, del machismo exhibicionista que no apareció con él en 2016, pero, como señala Miguel Lorente, sí fue él quien lo utilizó por primera vez como instrumento de acción política. La campaña de Trump ha sido calificada como un proyecto de la ira, centrado en la descalificación personal de Hillary Clinton, por ser quien era y no por lo que pensaba, decía o hacía. Fue una campaña construida sobre la destrucción visceral de la adversaria a la que se insultó en vez de debatir sus ideas.[56]

La complejización de la reacción

Decíamos en el prólogo que la cuarta ola feminista es ciberactiva, hija de su tiempo, pero añadíamos que también tiene una cara B, lo que Ángela McRobbie denomina «la complejización de la reacción» refiriéndose a cómo la respuesta organizada, concertada y conservadora para desafiar las conquistas del feminismo se ha reactivado con la ayuda de la androsfera o machosfera. En este momento, esa reacción compleja que el feminismo detecta y analiza parece tener como principales objetivos desarticular al movimiento feminista a través del descrédito tanto de su discurso como de sus militantes. La expulsión de las mujeres de la política, y especialmente la expulsión del feminismo, es el deseo del poder de que volvamos al silencio puesto que la hegemonía del

pensamiento patriarcal no se debe a la superioridad de su contenido, a su forma o éxito sobre los demás pensamientos; está construido sobre el silenciamiento sistemático de otras voces.[57]

Esa línea de obligado silencio para las mujeres se puede reconstruir en todas las culturas a través del tiempo. En la China clásica las mujeres no podían aprender a leer la escritura tradicional del país, el nan shu, lo que imposibilitaba su desarrollo. Impedidas de aprender la escritura oficial, las chinas de Hunan inventaron el nü shu, un sistema silábico fonético con cerca de setecientos caracteres, que solo ellas sabían descifrar. Los escritos se bordaban en tela, se tallaban en adornos, se escribían en papel. Los ideogramas chinos fueron siempre obras de arte, pero estos caracteres estilizados y secretos desafiaban a una sociedad en la que solo los hombres podían aprender a leer y escribir. Nü shu significa «escritura para mujeres». Pasó inadvertido, porque parecía solo un conjunto de trazos ornamentales sobre marcos de cuadros, alhajeros y otros objetos femeninos, pero esos ideogramas fueron la herramienta privilegiada para comunicarse privadamente entre hermanas, madres y amigas. La escritura creó nuevas costumbres y códigos sociales en Hunan. Con frecuencia, los textos nü shu se rompían después de leerlos o se quemaban en el funeral de su autora. Madres y tías desarrollaron la tradición de las «cartas del tercer día» (*sān cháo shū*), un libro con poemas personales escrito en nü shu que se entregaba a la esposa el tercer día después de la boda en expresión de cariño. Aunque formó parte de la sociedad femenina china desde el siglo III d. C., el nü shu no se conoció públicamente hasta 1983 y la última mujer que lo conoció, Yang Huanyi, comunicó los secretos de esta escritura a la Universidad de Qinghua antes de su muerte, en septiembre de 2004.[58]

Sí, el silencio es el mandato patriarcal por excelencia. Durante siglos se mantuvo la expresa prohibición a las mujeres de tener

conocimiento, leer, escribir, crear, hablar en público... He escrito con convicción en textos anteriores que quizá no era arriesgado aventurar que a los inicios del siglo XXI se los recuerde como el momento en el que las mujeres rompieron el silencio. Ana Orantes, Juana Quispe, Malala, el movimiento #MeToo, el #Cuéntalo, las campañas Ni una Menos; Vivas nos Queremos; Mujer, Vida, Libertad..., miles de voces de mujeres en todo el mundo lo están haciendo añicos con una fuerza desconocida hasta ahora. Millones de mujeres en todo el mundo han dicho «se acabó». Miles de mujeres han dejado de tener miedo y están dispuestas a hablar alto y claro en las redes sociales, frente a las cámaras y frente a los tribunales. Es importante señalar, como subraya Guiomar Rovira, que la campaña del #MeToo surge en un momento singular: la ventana de oportunidad que se abre cuando las mujeres irrumpen masivamente en los espacios de comunicación digital de la web (Twitter, Facebook, Instagram, YouTube...), entre 2015 y 2020. A pesar de las brechas digitales, es en estos años cuando más de la mitad de la población mundial accede a internet, y las mujeres inician conversaciones deslocalizadas e inauditas entre ellas. Esta ventana de oportunidad se irá cerrando en pocos años, cuando la manosfera y el discurso del odio colonicen y dificulten la conversación de las mujeres en un espacio digital totalmente orientado al negocio de extracción de datos.[59] La manosfera se ha ido desarrollando en la medida en que los grupos de presión de ultraderecha han conseguido influir en el contexto político mundial, es decir, no es la consecuencia sino una de las causas del crecimiento del ideario ultraconservador.

Androsfera, manosfera o machosfera

Ese incremento de la violencia contra las políticas no es ajeno,

como señalábamos, al desarrollo de las redes sociales, pero las expertas indican que no se trata de casos aislados, sino que hay una respuesta organizada para desafiar las conquistas del feminismo que se ha reactivado con la ayuda de la manosfera, [60] también denominada «androsfera» o «machosfera» para referirse a todos los foros, plataformas o canales que aparecieron como ámbitos de relación virtual masculina y se han transformado en lugares violentos de ataque a las mujeres en general y a las feministas en particular. Asunción Bernárdez y Yanna G. Franco aseguran que «podemos sospechar que existe una suerte de organizaciones informales en internet que practican un activismo controlado, en contra del éxito del feminismo a lo largo del siglo XX».[61]

También Proyecto UNA, especializado en las guerras culturales, señala en la misma dirección: «Todas las subculturas que funcionaban como refugio de masculinidades tóxicas se revuelven como una bestia herida».[62]

En los círculos manosféricos, el feminismo se entiende como una institución totalizadora, autoritaria y dictatorial, que persigue a los hombres por el mero hecho de serlo, a la vez que beneficia a las mujeres de la misma forma. Desde la manosfera se deslegitima y desprestigia el feminismo a golpe de clic, desde compartir experiencias personales victimizadoras a manos del feminismo a publicar noticias sobre mujeres que asesinan a sus maridos e hijos (para contrarrestar la información sobre la violencia de género, vista como una artimaña feminista), la manosfera tiene una gran capacidad de producción y difusión de su conocimiento de género antifeminista. Ideas como el síndrome de alienación parental, acuñado por comunidades de activistas de los derechos de los hombres para combatir sentencias de maltrato hacia mujeres por parte de sus maridos, y que la violencia de género es un invento ideológico, compartido de manera transversal por las diferentes subculturas, han llegado

a permear en la sociedad, como ha demostrado el último barómetro de Juventud y Género realizado por el Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud de la FAD en 2021. En él se muestra que uno de cada cinco jóvenes varones entrevistados considera que la violencia de género es un «invento ideológico» y no existe. Los discursos antifeministas de la manosfera están también haciéndose eco en esferas políticas, particularmente en partidos de ultraderecha.

Además de la guerra antifeminista, pero íntimamente ligado a ella, en la manosfera también se está llevando a cabo una reconfiguración de una identidad masculina basada en comportamientos violentos online, como la difusión de memes misóginos, el troleo a figuras públicas feministas y el insulto constante a mujeres que osan habitar los espacios virtuales. Por ejemplo, en Forocoches[63] es frecuente el uso de «TDS_ PTS» (todas putas) para referirse a mujeres en general, o el término «mangina» (hombre con vagina) para describir a hombres feministas. También es habitual que la masculinidad se reconfigure mediante la banalización de la violencia contra las mujeres, especialmente la violencia sexual. Por ejemplo, en comunidades de «gurús de la seducción», se hace una normalización del acoso sexual con el fin de seducir, donde las mujeres se reducen a meros objetos sexuales que dotan de masculinidad a los hombres al ser forzosamente «seducidas». Muchas de las prácticas empleadas en el ligue son altamente depredadoras y en algunos casos se llega a hacer apología de la violación. Por ejemplo, en algunos manuales de seducción se recomienda proporcionar grandes cantidades de alcohol a las chicas que se quieren «ganar» para facilitar un posible encuentro sexual. Las masculinidades de la manosfera parecen estar enraizadas en un sentimiento no solo de rabia masculina, sino también de venganza que encuentra su legitimidad en el victimismo.[64]

Siguiendo la historia que traza Proyecto UNA, la manosfera no nació como un plan, pero se habla de ella desde principios de la década de 2010, cuando llamaron la atención una serie de nodos que en realidad no estaban relacionados entre sí y cuyos objetivos podían llegar a ser radicalmente diferentes, pero que tenían una razón de ser y un público aproximado. La manosfera vendría a ser una clasificación informal de directorios web muy distintos pero que dan cobijo más o menos conscientemente a toda esa serie de hombres convencidos de que tienen amenazados sus privilegios como colectivo.

El origen de algunos directorios está en cosas totalmente apartadas de lo que acabaron siendo, mientras que el atractivo de otros es hacer gala de un odio hacia las mujeres que difícilmente se puede encontrar en ningún otro sitio. Proyecto UNA sitúa el inicio en 4Chan, quienes hacen «girar la rueda en internet». Su filosofía del todo vale les sirvió para desarrollar proyectos comunitarios impactantes, pero apareció su cara B que, en este caso, se trató de que fueron

> la puerta de entrada de gran parte del discurso del odio, a través de la falta de empatía por un lado y las ganas de provocar por el otro. Parte de la ultraderecha supo ver el potencial de 4Chan y se sintió fascinada por un lugar donde las reglas del buen gusto y los límites éticos se desdibujaban entre caricaturas. Encontraron en 4Chan un manantial para cooptar sus nuevas bases.[65]

Funcionó. La idea de los hombres bajo el ataque de una nueva moral conservadora —la censura de la nueva izquierda— causada, según ellos, por el auge del feminismo no para de extenderse. En realidad, explican desde Proyecto UNA, no era más que un modo de contrarrestar una lucha por la representación que estaba teniendo el feminismo en los medios de comunicación. Una forma de canalizar la nostalgia por los valores masculinos y un enfrentamiento directo hacia cualquier

cosa que pareciese nueva. En la serie *Total Control*, se refleja en un breve diálogo:

> Una mañana, la recién nombrada senadora sube a un taxi que conduce un hombre de mediana edad. Cuando ella le pide que apague la radio, el conductor le responde:
>
> —Es mi coche. Los suyos ya no pueden decirnos lo que tenemos que hacer.
>
> —¿Los suyos? ¿Qué quiere decir? ¿Cuándo le hemos dicho lo que tiene que hacer?
>
> —Todo el tiempo. No digas eso, es racista. No digas esto, es machista... ¿Puede dejar de hablar? ¿Y mi libertad de expresión?

La senadora se baja del taxi y se va andando hasta su oficina. Laura Bates es rotunda:

> La machosfera se ve como una ridiculez y, por lo tanto, como inofensiva. Pero no es inofensiva, es un espectro interconectado de incels (Involuntary Celibates) —célibes involuntarios—; PUA (Pick up Artists) —artistas de la seducción—, MGTOW (Men Going Their Own Way) —hombres que siguen su propio camino— y MRA (Men Rights Activists) —activistas por los derechos de los hombres—... y se relacionan como una especie de ecosistema vivo y palpitante de estrechas y simbióticas relaciones con otras comunidades virtuales, como los supremacistas blancos y los trolls.

Y es rotunda porque sufre sus efectos cotidianamente. Asegura que llevan diez años enviándole mensajes diarios, a veces, cientos de ellos, en los que los hombres exponen el odio que le profesan:

> Fantasean con violarme y asesinarme de manera salvaje, detallan qué armas utilizarían para rebajar mi cuerpo y destriparme, me describen como un veneno goteante, se describen acechándome a la puerta de casa, me informan de a qué asesinos en serie les gustaría emular para acabar con mi vida... ¿Por qué están tan cabreados estos hombres? ¿Por qué me odian tanto? Pues simplemente porque soy la

> creadora de una paginita web llamada «Sexismo Cotidiano» en la que la gente puede relatar sus vivencias en materia de sexismo y desigualdad...

Bates continúa relatando el acoso que soporta para concluir que, para entender el contexto en el que nos encontramos, es necesario establecer los vínculos que unen estos comportamientos con los insultos que se lanzan contra las mujeres que se dedican a la política, con toda la violencia que se soporta, incluido el asesinato a sangre fría de una parlamentaria en su propia circunscripción. También explica algo que se percibe en casi todos los países: cómo han cambiado las respuestas de los chicos en el aula. Cómo últimamente también están cabreados y reticentes a la mera idea de hablar de machismo. Cómo crece el discurso de que los hombres son las auténticas víctimas en una sociedad en la que la corrección política se había salido de madre, en la que se oprime a los hombres y que muchísimas mujeres mienten. Sí, los mensajes de la machosfera se están filtrando en el aula y las ideas que antes estaban relegadas a los rincones más turbios de internet reviven y se exponen sin ningún rubor.[66]

La comunidad *incel* —a juicio de Bates— es el rincón más violento de la machosfera. Está consagrada a odiar con virulencia a las mujeres y a culparlas de todo. Se trata de una comunidad que capta activamente a hombres con problemas y vulnerabilidad y les explica que son las mujeres las causantes de todos sus males. Una comunidad en cuyo nombre, en los últimos diez años, han sido asesinadas o agredidas más de cien personas. Su nacimiento, sin embargo, fue bien distinto. A mediados de los años noventa, Alana, una joven canadiense, lanzó una página web que tituló El Proyecto de Celibato Involuntario de Alana ante sus dificultades para encontrar pareja. El proyecto se convirtió en una pequeña comunidad virtual, mixta y respetuosa en la que se hablaba de miedos, frustraciones e infelicidad.

Alana encontró su camino y dejó la comunidad. Más de veinte años después, el pequeño proyecto se ha transformado en algo completamente irreconocible, tanto que la propia Alana explicó en el periódico *The Guardian* que «me siento como el científico que descubrió la fisión nuclear y luego vio que la usaban como arma de guerra». Esa subcultura *incel* se ha desarrollado como misógina y ha alumbrado una detallada visión del mundo violentamente antifeminista.[67]

El concepto de manosfera se utilizó por primera vez en un blog en 2009 para describir una red de comunidades de interés integradas mayoritariamente por hombres y alcanzó su popularidad con la publicación en 2013 del libro *The Manosphere! How the Red Pill, Game, and the Internet are revalorizing Masculinity for the 21st century*, de Ian Ironwood. La manosfera designa un conjunto heterogéneo de grupos y subgrupos percibidos como espacios deliberativos, cuyos miembros intercambian apoyo y solidaridad. La conexión entre los grupos se realiza a través de la idea de que los hombres están siendo victimizados por las mujeres y consideran que los mayores ataques se producen desde los entornos feministas.[68]

Sin embargo, desde el principio el movimiento se dividió en dos grandes grupos. Los sitios web llamados *Men's Rights Advocates* (MRA) dedicados a hablar de divorcios, custodias de los hijos y las hijas, regímenes de visitas, leyes contra la violencia... En el otro grupo se formaron foros denominados *Pick-Up Artists* (PUA) —artistas del ligue—, formados por hombres dedicados a desarrollar estrategias para seducir mujeres. Foros que se transformaron en un pujante negocio de márquetin para «enseñar a ligar» con «gurús de la seducción» pero también en lugares en los que se reivindicaba el acoso cuando no la agresión sexual. A partir de ahí se conformaron variedad de grupúsculos, como *Men going their own way*

(«hombres siguiendo su propio camino»), grupo que establece cuatro pasos para dejar de tener cualquier tipo de contacto con las mujeres para refugiarse en actividades más propias del género masculino y así poder realizarse.

Según Ironwood, la cultura popular ha ayudado de forma indirecta a generar este imaginario de hombres heridos en su masculinidad con dos películas de gran éxito que se estrenaron el mismo año, 1999. *El club de la lucha* de David Fincher, que reconocía una masculinidad en crisis que se sublimaba en violencia organizada, y *The Matrix*, de las hermanas Wachowski, en la que los protagonistas pertenecían a una élite tecnológica y altamente consciente de la degradación del mundo real. Los miembros de la machosfera también se consideran una élite porque se toman la pastilla roja, como hace Neo, el protagonista de *The Matrix*, lo que supone que verán el mundo como es, no como lo estaban viendo hasta ese momento, frente a quienes se toman la pastilla azul, con la que seguirán viviendo en la ignorancia.[69]

Como recoge Charo Lacalle, desde una perspectiva política, la manosfera se puede definir como el conjunto de tentativas de expropiar a las mujeres de sus logros históricos y expulsarlas de la esfera pública.

Demandas abusivas: acosar, arruinar, intimidar... y silenciar

En esta compleja reacción han tomado un papel importante las SLAPP, acrónico inglés de *Strategic Lawsuits Against Public Participation*, es decir, pleitos estratégicos contra la participación ciudadana. Se trata de demandas abusivas interpuestas con el único objetivo de intimidar y, en última instancia, también silenciar. Estas tácticas judiciales —tanto

civiles como penales— se basan en estrategias de desgaste e intimidación que pueden durar años. Para quien las sufre son abusos de derecho que implican altos costes procesales, económicos y personales. El abuso ha tomado tal dimensión que el 27 de abril de 2022 la Comisión Europea aprobaba una propuesta de directiva contra estas demandas abusivas.

Las SLAPP se dirigen contra personas y organizaciones, en la mayoría de los casos periodistas o activistas, en general, defensores de derechos humanos, pero en los últimos años se han convertido en el instrumento más utilizado por la ultraderecha contra las feministas. Así, la Asociación Hispanoamericana de Hombres Maltratados denunciaba a la actriz y activista feminista Pamela Palenciano y al productor del monólogo contra la violencia de género que desde hace años se representa por toda España y América Latina, especialmente para el público joven y adolescente, *No solo duelen los golpes*. La querella aducía un presunto delito de odio hacia los hombres por el contenido del monólogo. La jueza la admitía en agosto de 2021 y declaraba a la asociación como acusación popular. Palenciano se enfrentó a la demanda como un ataque al feminismo y su abogada la trató como una SLAPP.

En febrero de 2022, la Audiencia Provincial de Madrid revocó la resolución de la jueza argumentando que la querella no debió admitirse a trámite al no existir indicio de delito. De esta manera cortaban de raíz un procedimiento que, tal como señala la Comisión Europea, nunca debió iniciarse al tratarse de una acusación que tiene como fin acosar, arruinar e intimidar a quienes la sufren. Era la primera vez que un tribunal español aplicaba la doctrina de la Unión Europea en cuanto a medidas antiSLAAP. Hay que subrayar que la afirmación de «no debió admitirse a trámite» es quizá lo más importante del auto de la Audiencia Provincial, puesto que, en cuanto la demanda se admite, se inicia el descrédito, la publicidad para los litigantes y, de alguna manera, la duda sobre la persona denunciada.

Las querellas abusivas tienen un impacto demoledor en quienes las soportan. En su informe *Represión al movimiento feminista en el Estado español (2010-2021)*, publicado en 2022 por la asociación Calala Fondo de Mujeres y NOVACT, Lara, activista de FEMEN, entrevistada para la realización de este informe, relata lo que supone para el grupo, a nivel psicosocial y judicial, la represión a través de procesos penales y administrativos: «Sobre todo el nivel judicial te genera muchísimo estrés. Lo sufrimos muy en grupo, sobre todo los temas económicos, porque somos activistas y tenemos que ver cómo pagamos las multas. Abogados Cristianos, por ejemplo, pide en sus reclamas las piezas de responsabilidad separadas, que no paguemos como "grupo", sino que a nivel individual nos hagamos cargo cada una».

Como señala Civil Liberties Union for Europe (Liberties), una ONG europea que promueve las libertades civiles:

> El objetivo de estas acciones jurídicas abusivas no es hacer valer un derecho, sino agotar los recursos, perjudicar la reputación y destruir la vida personal de aquellas personas a quienes van dirigidas. Matthew Caruana Galizia, hijo de la periodista maltesa asesinada Daphne Caruana Galizia, explicó a Liberties, que los SLAPP pueden hacerte la vida «absolutamente imposible». Cuando Daphne fue asesinada tenía 47 juicios por difamación pendientes contra ella, muchos de los cuales se han prolongado incluso después de su muerte contra su familia.

El 17 de julio de 2019, Yolanda Domínguez, artista feminista, consultora y formadora en igualdad, publicó un hilo de cuatro tuits cuestionando públicamente que la Universidad Europea Miguel de Cervantes hubiese invitado al youtuber Un Tío Blanco Hetero (UTBH) a una mesa redonda sobre feminismo titulada «Feminismos y género en la España de hoy». En su opinión, contar con una voz antifeminista como parte de una mesa sobre feminismo no representaba la realidad del movimiento y

generaba confusión al alumnado. Domínguez conocía a Un Tío Blanco Hetero porque había publicado un vídeo sobre ella en 2018 descalificándola, lo que le había generado cientos de comentarios con insultos y amenazas, tales como: «A Yolanda Domínguez hay que matarla», «Yo opino que hay que prenderla fuego en una plaza pública, así escarmientan todas», «Putas ganas de meterle una hostia», «Pártele la cara», «Feminista buena, feminista muerta»...

En noviembre de ese mismo año, Un Tío Blanco Hetero demandaba a Yolanda Domínguez por infringir su honor. El Juzgado de Primera Instancia estimó parcialmente la demanda en mayo de 2022 y sentenció que esa expresión constituía un daño al honor del youtuber. Tras la sentencia, UTBH continuó publicando cuatro vídeos comentándola y burlándose del hecho de que las feministas pretendieran imponer sus «ideas totalitarias» sobre las violencias de género. Domínguez recurrió en apelación esa sentencia y en junio de 2023 la Audiencia Provincial de Madrid estimaba el recurso de apelación de Domínguez contra la sentencia de primera instancia, desestimando la demanda interpuesta por Un Tío Blanco Hetero e imponiéndole el pago de las costas causadas. A juicio de Yolanda Domínguez, UTBH, con esta demanda, pretendía lograr un precedente jurídico que vetara a cualquier mujer llamarle violento a él y, por extensión, a cualquier hombre, siempre y cuando no existiera contra este una sentencia condenatoria por violencia de género.

Sara Carreño, directora de Derechos Humanos del Gobierno de La Rioja, hacía público un comunicado oficial el 23 de junio de 2023 en el que explicaba que acababa de recibir una citación judicial para un acto de conciliación por intromisión ilegítima en el derecho al honor en nombre de Pedro Fuentes. Según Carreño, «Fuentes es un conocido promotor de los vientres de alquiler en nuestro país, actual secretario de la asociación Galehi y expresidente de Son Nuestros Hijos, ambas organizaciones que

intentan normalizar y legalizar esta práctica en nuestro país. Asimismo, Pedro Fuentes ha aparecido numerosas veces en medios de comunicación narrando su experiencia como "padre por gestación subrogada". Fuentes me exige diez mil euros y una rectificación pública por haber dicho que lo que él llama "gestación subrogada" supone la explotación reproductiva de mujeres y es, simple y llanamente, una compra-venta de bebés».

Otro litigio en el ámbito del feminismo en el que se apela al honor, a pesar de que la Ley Orgánica 1/2023, de salud sexual y reproductiva y de la interrupción voluntaria del embarazo, considera la «gestación por sustitución» una vulneración grave de los derechos reproductivos y violencia contra las mujeres y que el Tribunal Supremo califica los contratos de «gestación subrogada» de trato inhumano y degradante, y señala que en estos se trata a mujeres y niños como mercancía.

La litigación abusiva contra las feministas se está utilizando como política comunicativa, descrédito personal para las denunciadas y en general para el movimiento y, además, como fórmula para obtener precedentes jurídicos que las disuadan de posicionarse en público y que supongan un respaldo jurídico para planteamientos contrarios a la legislación de Igualdad. En definitiva, se trata de crear un estado político de intimidación para todas las mujeres e impedir que se desarrollen como ciudadanas, y todo esto se da especialmente contra las políticas y específicamente contra las políticas feministas. Como señala la filósofa Kate Manne:

> Cuando una mujer incursiona en un territorio históricamente reservado a los hombres, lo más probable es que sufra reacciones de resentimiento, indignación y hostilidad debido a la misoginia que expresan tanto hombres como mujeres. Muchos seguirán intentando ponerla en su lugar otra vez por medio de estrategias como desanimarla, ridiculizarla, humillarla, desprestigiarla o incluso aludir a su sexualidad, en definitiva, silenciarla.[70]

En el periodo de florecimiento de las multitudes conectadas feministas, la ruptura del silencio de las mujeres está acotada por una respuesta regresiva, un *backlash*.[71] El capitalismo de datos y la invasión de las noticias falsas, la cibermisoginia y el discurso del odio, los bots,[72] los trols, logran hacer de las redes espacios tóxicos para las mujeres, un campo fértil para la restauración patriarcal y un campo minado para las mujeres políticas.[73]

Queríamos erradicar «la política de la crueldad» de la que nos hablara Keit Millett, pero enfrentamos la tormenta perfecta. Sobre ella, también nos advirtió Faludi: «Cuando el feminismo pasa por horas bajas, las mujeres asumen individualmente el papel de oponentes a la cultura masculina: luchan en forma privada y muy a menudo encubierta para afirmarse contra la marea cultural dominante».

5

Las herramientas del amo no desmontarán la casa del amo

> Tu montoncito de migajas puede hacerse todav?a más pequeño.
>
> JESSA CRISPIN

En 1984, Audre Lorde publicaba su libro de ensayos *La hermana, la extranjera*, una recopilación de diferentes escritos y conferencias entre las que aparece una de sus reflexiones más conocidas:

> Quienes no entramos en el círculo de la definición de mujer aceptable en esta sociedad; quienes hemos sido forjadas en los crisoles de la diferencia: pobres, lesbianas, negras, mayores, sabemos que la supervivencia no es una habilidad académica. Es aprender a tomar nuestras diferencias y hacerlas fortalezas. Pues las herramientas del amo nunca desmantelarán la casa del amo. Nos permitirán ganarle una partida de su juego, pero nunca traer el verdadero cambio.

Hemos tomado la rotunda frase de Lorde para el título de este capítulo porque no cabe duda de que la poeta tenía razón. Podemos ganar alguna partida, de hecho, hemos ganado algunas

partidas, pero no hemos conseguido el verdadero cambio. Hemos pintado las paredes en algunas instituciones, hemos cambiado el mobiliario en otras, pero no hemos tocado los cimientos.

«Una reacción adversa de los varones, azuzados por los medios de comunicación y por quienes se dedican a sembrar el odio, puede conducir a que nuevamente las mujeres se conviertan en el chivo expiatorio». Lo escribió Betty Friedan en 1997, en el prólogo a una nueva edición de *La mística de la feminidad*, treinta y cuatro años después de su publicación.[74] Y añadía: «La política sexual alimenta ahora la política del odio y la creciente polarización. También enmascara las verdaderas amenazas contra el empoderamiento de las mujeres».[75] A riesgo de ser pesada, repito una idea central en este libro: lo sabíamos, nuestras mayores nos lo habían dejado escrito con claridad, pero no hicimos caso.

> Estar juntas las mujeres no era suficiente, éramos distintas. Estar juntas las mujeres gay no era suficiente, éramos distintas. Estar juntas las mujeres negras no era suficiente, éramos distintas. Estar juntas las mujeres lesbianas negras no era suficiente, éramos distintas. Cada una de nosotras tenía sus propias necesidades y sus objetivos y alianzas muy diversas. La supervivencia nos advertía a algunas de nosotras que no nos podíamos permitir definirnos fácilmente, ni tampoco encerrarnos en una definición estrecha... Ha hecho falta cierto tiempo para darnos cuenta de que nuestro lugar era precisamente la casa de la diferencia, más que la seguridad de una diferencia particular.[76]

Desde ese párrafo del texto de Audre Lorde, Llevadot reflexiona: «Nadie parece demasiado dispuesto a revisar su epistemología, nadie con ganas de desentrañar lo que se juega ahí, esto es, la definición de lo que sea ser mujer y, sobre todo, el dispositivo sexo/género que parece que nadie quiere problematizar [...] La noción de identidad a la que tanto nos

aferramos a menudo a nuestro pesar, la lucha por y desde la diferencia, sigue siendo un campo de batalla que se precisó rebasar. De ahí que Audre Lorde llegase a desconfiar de las diferencias particulares como rasgo común a partir del cual construir un sujeto político en lucha. Mujeres, mujeres lesbianas, mujeres lesbianas negras, así hasta el infinito. Hoy podríamos engrosar el listado y decir mujeres, lesbianas negras, heterosexuales mestizas, *queer*, trans, LGTB, LGTBIQ+... y de nuevo al infinito. No saldríamos del fracaso que Lorde advirtió. Sucede que la diferencia es comprendida aquí como identidad y la identidad es siempre un mito. Ella y sus compañeras tardaron tiempo en comprender que aquello a lo que llamaban «diferencia» era en realidad identidad y que la identidad es justamente el territorio del amo».[77]

Cómo las grandes esperanzas del feminismo son destrozadas en el Consejo de Ministros, o por qué es sorprendente que las políticas de igualdad puedan llegar a funcionar, aunque solo sea un poco

Gerda Lerner, tras estudiar la creación del patriarcado, dedicó más de cuatrocientas páginas para exponer cómo se creó la conciencia feminista (y enmarcada en un periodo histórico concreto, desde la Edad Media hasta 1870), así que la primera conclusión sin profundizar en la tesis del libro es que, sin duda, no fue algo fácil ni rápido.[78] La autora explica las dificultades del proceso por la manera en la que las mujeres hemos sido integradas en las instituciones patriarcales, por nuestra larga historia de privación educativa y de dependencia económica de los hombres. Probablemente ahí está la cuestión, en que las mujeres nos integramos en las instituciones patriarcales, con sus reglas y sus normas. Unas instituciones que, como veíamos en

los primeros capítulos, no estaban hechas por nosotras ni para nosotras. Ese fue un grave error, una vez conseguida la conciencia: aplicar las herramientas del amo para desmontar su casa.

Tras obtener el derecho al voto y comenzar a entrar en las instituciones de enseñanza, el paso siguiente fue iniciar el desarrollo de lo que luego llamaríamos «políticas de igualdad». El proceso tampoco fue rápido, claro, y si hablamos en términos de Historia con mayúsculas, comenzó *antes de ayer*. La igualdad entre mujeres y hombres es un principio jurídico universal reconocido en diversos textos internacionales sobre derechos humanos, pero hasta la aprobación de la Carta de las Naciones Unidas, en 1945, ningún documento jurídico se había referido, con anterioridad, al sexo como motivo de discriminación. En este ámbito, el documento más emblemático es la Convención sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación contra la Mujer, aprobada por la Asamblea General de Naciones Unidas en diciembre de 1979.[79]

La igualdad es, asimismo, un principio fundamental en la Unión Europea. Desde la entrada en vigor del Tratado de Ámsterdam, el 1 de mayo de 1999, la igualdad entre mujeres y hombres y la eliminación de las discriminaciones por razón de sexo son objetivos que deben integrarse en todas las políticas y acciones de la Unión y de los estados miembros. En cuanto al ordenamiento jurídico español —como en la mayor parte de los países democráticos—, el principio de igualdad está recogido en la carta magna; en la Constitución española de 1978, en el artículo 14, que proclama el derecho a la igualdad y a la no discriminación por razón de sexo, y el artículo 9.2, que consagra la obligación de los poderes públicos de promover las condiciones para que la igualdad de la persona y de los grupos en que se integra sean reales y efectivas.

Entre 1975 y 1995, Naciones Unidas desarrolló tanto las

declaraciones como los instrumentos para desplegar las políticas de igualdad con la convocatoria de cuatro conferencias mundiales sobre la mujer que constituyeron, prácticamente, la hoja de ruta de las políticas de igualdad —especialmente la Declaración y la Plataforma de Acción de Beijing de 1995— y la creación de los propios organismos de Naciones Unidas para llevarlas a cabo en el ámbito internacional. Desde ese momento, el diseño de lo que podría ser el camino hacia la igualdad efectiva estaba realizado. Sin embargo, con el tiempo nos daríamos cuenta de que las leyes, por sí solas, no bastaban para garantizar la igualdad. También fuimos conscientes de las trampas patriarcales para poder desarrollar las políticas de igualdad y, especialmente, para consolidarlas. Asimismo, aprendimos que una política puede consistir también en lo que no se está haciendo.

Las políticas de igualdad no son ajenas a las dificultades comunes a todas las políticas públicas. Desde los años setenta del siglo xx, comenzaron a aparecer numerosos estudios sobre cómo poner en práctica las políticas públicas después de varios fracasos producidos en la Administración estadounidense. Algunos estudios llevaban títulos tremendamente descriptivos: «Cómo las grandes esperanzas de Washington son destrozadas en Oakland, o por qué es sorprendente que los programas federales puedan llegar a funcionar, aunque solo sea un poco».

Lo más importante de sus reflexiones no fue la constatación de un fracaso, sino la necesidad de plantearse el problema de la puesta en práctica de las políticas públicas de manera específica, separándolo de la fase de la toma de decisiones. Como conclusiones, Bardach señala, al menos, tres cuestiones fundamentales. En primer lugar, la importancia de la mediación y la persuasión en todo proceso de puesta en práctica. En segundo lugar, la necesidad de contar con el apoyo del conjunto de decisores que ostentan la legitimidad política. Y en tercer lugar, tomar las precauciones necesarias en el momento de

formular el programa para evitar en lo posible los «cuellos de botella» posteriores. También se señalan como ámbitos de especial interés la cantidad de recursos de que se dispone o que se puede movilizar —imprescindible el personal adecuado y con buena formación—; un acceso suficiente a la información requerida y capacidad para ejercer la autoridad necesaria, así como la comunicación interorganizativa y la capacidad de control, entendida como coordinación entre las diferentes unidades organizativas afectadas o implicadas en la aprobación y puesta en práctica del programa.[80]

En estas pocas líneas se resume buena parte de las debilidades de las políticas de igualdad, puesto que prácticamente no tienen ninguna de las condiciones que se exigen a las políticas públicas. Podemos parafrasear a los textos clásicos y plantearnos cómo las grandes esperanzas del feminismo son destrozadas en el Consejo de Ministros, o por qué es sorprendente que las políticas de igualdad puedan llegar a funcionar, aunque solo sea un poco.

En primer lugar, como nos demuestran los estudios de opinión, no hay consenso sobre que las políticas de igualdad sean necesarias.[81] En segundo lugar, no hay apoyo ni legitimación política ni autoridad y tampoco podemos evitar los cuellos de botella, puesto que, si de algo adolecen las políticas de igualdad, es de personal para llevarlas a cabo y aún menos personal especializado. En la Administración española no está ni contemplado.

Las políticas de igualdad se definieron como el conjunto de las decisiones, objetivos y medidas adoptadas por las instituciones públicas en relación con el fomento de la igualdad entre mujeres y hombres, y con la mejora de la situación socioeconómica, política y cultural de las mujeres. Pero desde el primer momento surgieron las dudas: ¿son las políticas de igualdad de género, por definición, transformadoras siempre de las jerarquías de poder existentes entre mujeres y hombres? O ¿pueden las mismas

políticas de igualdad traicionarse a sí mismas al plantear medidas políticas que, o bien reproducen el statu quo, o bien dificultan el propio avance de la igualdad? ¿Es posible que las políticas de igualdad sean inmunes a los prejuicios de género que afectan a nuestras sociedades y a nuestras propias vidas de manera tan dominante? Y en particular, ¿las políticas de conciliación de la vida familiar y laboral tratan de transformar o bien de mantener, e incluso consolidar, el papel tradicional de las mujeres como cuidadoras universales? ¿Las políticas sobre violencia contra las mujeres tratan el problema como una cuestión de género? ¿Las medidas sobre desigualdad de género en la política llegan a cuestionar el poder masculino y a pedir cambios a los hombres?[82]

Analizando las preguntas podemos intuir las debilidades de dichas políticas desde la propia definición que deja fuera el núcleo de la desigualdad entre mujeres y hombres: su carácter estructural. Si dicha desigualdad además de estructural es sistémica y dinámica, las políticas de igualdad tienen que dar respuesta a ello. Es decir, su primera naturaleza es transformadora de las relaciones de poder entre mujeres y hombres. De igual manera, si la violencia contra las mujeres, la violencia de género, ha sido definida como la mayor demostración de desigualdad entre mujeres y hombres, las políticas frente a dicha violencia deben ser políticas de igualdad.

Esta indeterminación de las políticas de igualdad tiene que ver, básicamente, con tres procesos. En primer lugar, su falta de reconocimiento académico. Prácticamente inéditas en la universidad española como ámbito de estudios propio y con autoridad en las áreas de conocimiento que les corresponde. Esta resistencia de la academia al feminismo y a las políticas de igualdad ha sido determinante en la confusión e indefinición conceptual en la que actualmente están inmersas dichas políticas por el cuestionamiento —incluso choque de paradigmas— desde otros ámbitos del conocimiento. Como mínimo sería necesario

clarificar el concepto de «sesgo de género» frente al de «brecha de género», o cómo gran parte de los resultados contradictorios que se obtienen se deben a que, en realidad, se están analizando fenómenos distintos con las mismas medidas o el mismo fenómeno con medidas muy dispares; por ejemplo, términos como «sesgo», «discriminación», «prejuicio», «parcialidad», «favoritismo», «injusticia», «desigualdad», «inequidad», «diferencia»... se utilizan a menudo como conceptos equivalentes e intercambiables cuando en realidad no lo son y representan procesos distintos.[83]

En segundo lugar, la falta de especificidad. Es decir, la pretensión de hacer políticas de igualdad como se hacen políticas de vivienda o políticas fiscales, sin contemplar procedimientos específicos que tengan que ver con la urgencia, la excepcionalidad, la confidencialidad o la peligrosidad, por poner solo cuatro ejemplos, que las caracterizan. Y, en tercer lugar, la tradición —corta pero común prácticamente a todas las áreas geográficas— de ser, paradoja donde las haya, políticas «despolitizadas». Hay ocasiones en que las políticas de igualdad más parecen «listas de la compra» o «listas de los deseos» que medidas políticas que respondan a las causas estructurales de la desigualdad.

Por si estas debilidades no fueran suficientes para hacerlas inoperantes, las dificultades se acentúan en buena medida por los mecanismos relacionados con la constitución de las relaciones de poder: el primero es la distribución y acceso a los recursos; el segundo, el uso de las reglas, referidas tanto a interpretaciones como a normas y la legitimación de la violencia —especialmente la violencia sexual—, y un tercer mecanismo que (re)produce jerarquías sexuales.[84] Así pues, entrando en instituciones hechas por hombres para hombres y aceptando sus normas y reglas del juego, ¿qué podría salir mal? Por ejemplo, esa forma de trabajar en las políticas de igualdad nos ha llevado,

entre otras cosas, a aceptar los «como si no»: como si no existiera el patriarcado, como si no existiera la violencia simbólica, como si no existiera la violencia epistémica...

Violencia epistémica y violencia simbólica

La violencia epistémica (o tú qué sabrás) es un concepto que se origina en el campo de los estudios críticos y poscoloniales, y se refiere a las formas de violencia que se ejercen a través del conocimiento y la producción de saberes. En lugar de enfocarse únicamente en la violencia física o directa, la violencia epistémica se centra en las formas en que se establecen y mantienen relaciones de poder a través del control y la dominación de los discursos y conocimientos.

La violencia epistémica se manifiesta cuando ciertos grupos o perspectivas son sistemáticamente excluidos, silenciados o marginados en la producción y circulación del conocimiento. Implica la imposición de una única forma de ver y entender el mundo, desde una posición de poder y privilegio, mientras se desvalorizan, ignoran o se subalternizan otras voces y perspectivas.

Esta forma de violencia puede tener consecuencias significativas, ya que moldea nuestras formas de pensar, percibir y comprender la realidad. Al restringir la diversidad de saberes y experiencias, se perpetúan desigualdades, discriminación y opresión. La violencia epistémica puede reforzar estereotipos, construir narrativas hegemónicas y justificar estructuras de dominación. La violencia epistémica puede ser entendida como una forma de lo que Rob Nixon ha llamado «violencia lenta», es decir, «una violencia que ocurre gradualmente y fuera de la vista, una violencia de destrucción diferida que está dispersa en el tiempo y el espacio, una violencia erosiva que, en general, no es vista como violencia en absoluto».

Dudo si es violencia epistémica o trampa patriarcal, pero, sin duda, el «feminismo de la libre elección» es un invento muy conveniente para el patriarcado. Consiste en que haga lo que haga una mujer —ya sea con respecto a su estilo de vida, su dinámica familiar o su consumo—, está tomando una decisión feminista por el mero hecho de escoger. La idea base es que, en un pasado de mayor rigidez patriarcal, eran otros los que tomaban las decisiones que afectaban a las mujeres; de modo que solo por apropiarnos de la decisión, sea cual sea, ya nos estamos rebelando contra el patriarcado y actuando como feministas.[85]

Es en este marco de las teorías de la voluntariedad o del consenso en el que se inscribe la violencia simbólica. Una violencia que cobra mayor importancia desde la consolidación de lo que el sociólogo y economista Manuel Castells denomina «sociedad de la información», considerada como aquella en la que las tecnologías facilitan la creación, distribución y manipulación de la información y juegan un papel esencial en las actividades sociales, culturales y económicas.

> La capacidad para lograr el consentimiento o al menos para instilar miedo y resignación respecto al orden existente es fundamental para imponer las reglas que gobiernan las instituciones y las organizaciones de la sociedad... La sociedad red, la estructura social que caracteriza a la sociedad a principios del siglo XXI es una estructura social construida alrededor de (pero no determinada por) las redes digitales de comunicación. El proceso de formación y ejercicio de las relaciones de poder se transforma radicalmente en el nuevo contexto organizativo y tecnológico derivado del auge de las redes digitales de comunicación y se erige en el sistema de procesamiento de símbolos fundamental de nuestra época.[86]

Si concretamos en el ámbito de la violencia, podemos señalar que esta requiere dos elementos, el uso del poder y la producción de un daño que puede ser físico, moral, psíquico,

económico... Pero en todos los casos en los que se produce violencia, como señala Asunción Bernárdez, se están poniendo en marcha relaciones asimétricas cuya estrategia es negar a la mujer que lo sufre el reconocimiento de que es una igual.[87] Bernárdez cita al filósofo y sociólogo Slavoj Žižek para identificar la violencia «invisible» a la que el también sociólogo, Pierre Bourdieu, denominó violencia simbólica:

> Una violencia amortiguada, insensible e invisible para sus propias víctimas, que se ejerce esencialmente a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y del conocimiento o, más exactamente, del desconocimiento, del reconocimiento o, en último término, del sentimiento.[88]

Una violencia, que se apoya en relaciones de dominación de los varones sobre las mujeres, a lo que el autor llama «la dominación masculina». Las características de esta dominación, a juicio de Bourdieu, son que prescinde de justificaciones, se impone como neutra y no precisa de discursos que la legitimen. Es un orden social que funciona como «una inmensa máquina simbólica» apoyada en la división sexual del trabajo, la estructura del espacio y la estructura del tiempo, cada una con ámbitos femeninos y masculinos delimitados.

La estructura de dominación que de esta manera se constituye es el resultado de un trabajo continuo, histórico, de reproducción, en el que colaboran agentes singulares (los hombres ejerciendo violencia física o psicológica) e instituciones (familia, Iglesia, escuela, Estado). Se trata, según Pierre Bourdieu, de una violencia suave e invisible que se instituye a través de la adhesión que la persona dominada se siente obligada a conceder a la que domina, ya que las únicas herramientas de que dispone para pensarse a sí misma son las que comparte con quien domina. Por eso la relación de dominación parece natural y no es posible de aprehender a

través de un ejercicio de conciencia.

Las estructuras de dominación masculina son producto del continuo trabajo de reproducción donde confluyen diversos agentes, como generadores de violencia, como también instituciones, entre las cuales sobresalen los medios de comunicación y el universo online —el ciberespacio es el séptimo continente—. La dominación masculina se ejerce de forma transversal, ya que la preeminencia universalmente reconocida a los hombres se afirma en las estructuras sociales y en las actividades productivas y reproductivas, y se basa en una división sexual del trabajo que les confiere un lugar de privilegio. Estos esquemas funcionan como matrices en las percepciones, en los pensamientos y en las acciones de todos los miembros de la sociedad.

Lo más característico e importante de la violencia simbólica es que se instaura como un mecanismo invisible, haciendo que se crea que no traerá consecuencias reales, afirma Bourdieu. Así, esta violencia se expresa en sugerencias, seducciones, amenazas, reproches y órdenes; es una relación de dominación que circula a través de la complicidad. Se trata de una forma de poder que se ejerce directamente sobre los cuerpos (en forma de emociones, pasiones, sentimientos) y como *por arte de magia*. Por esa razón, no es posible anularla mediante un esfuerzo de la voluntad, basado en una toma de conciencia liberadora. Para Pierre Bourdieu, la ruptura de la relación de complicidad entre víctimas y dominadores solo puede producirse a través de una transformación radical de las condiciones sociales.[89]

La oportuna guerra contra el feminismo radical

Pero, casualidad, cuando habíamos comenzado a recorrer el camino hacia esa transformación radical de las condiciones

sociales, aparece una guerra sin cuartel contra el feminismo radical y en su lugar, además del posfeminismo y la teoría *queer*, también nace el feminismo pop o el feminismo universal, como lo llama Crispin para explicar cómo, en algún lugar del camino, el capitalismo absorbió parte del movimiento para la liberación de las mujeres que sacrificó su significado por la aceptación, y nos dejó con una pose banal, educada e inútil que apenas desafía.

Si hace años la mayoría de las mujeres se alejaba de que le pusieran la etiqueta de feminista, ahora el feminismo es tendencia.

Y como señala Crispin, «ahora, la mayoría quiere apropiarse del espacio radical negando al mismo tiempo el trabajo que llevan a cabo las radicales». Si defendemos que el feminismo vale para todo el mundo y queremos que sea aceptable para todo el mundo, hay que asegurarse de que sus objetivos no incomoden a nadie, de modo que quedan precisamente fuera del feminismo las feministas. Los estilos de vida no sirven para cambiar el mundo.

La actual campaña para borrar a las radicales de la historia feminista es lamentable, añade Crispin, y asegura que «en lugar de leerlas en su contexto, aproximarnos a su posición, de permitirnos la vulnerabilidad suficiente para comenzar a ver nuestra vida a través de sus ojos, las desechamos como si no fuera necesario tomarlas en serio».[90]

Por decirlo con palabras de Heidi Hartmann, la bibliografía feminista radical es muy amplia y no se presta fácilmente a un resumen. «Lo personal es político» significa, para las feministas radicales, que la división de clase original y básica es la división entre los sexos, y que el motor de la historia es el esfuerzo del hombre por conseguir el poder y la dominación sobre la mujer, la dialéctica del sexo. Hace tiempo que Hartmann reflexionaba sobre cómo algunos sectores del movimiento están siendo

asimilados, incluso que el «feminismo» está siendo usado contra las mujeres. Y añadía a modo de recordatorio que la mujer no debe confiar en que la «libere» el hombre «después de la revolución», en parte porque no hay razón alguna para creer que sabría hacerlo, y en parte porque este no tiene necesidad alguna de llevarlo a cabo; de hecho, su interés inmediato radica en que continúe nuestra opresión. En lugar de esto, debemos tener nuestras propias organizaciones y nuestra propia base de poder. Además, pensamos que la división sexual del trabajo dentro del capitalismo ha dado a la mujer una práctica en la que hemos aprendido a comprender lo que son las necesidades y la interdependencia humana. En general, la posición del hombre en el patriarcado y el capitalismo le impide reconocer tanto las necesidades humanas de educación, cooperación y desarrollo como las posibilidades de satisfacer estas necesidades en una sociedad no jerárquica ni patriarcal. Pero, aunque le hagamos tomar conciencia de ello, el hombre puede sopesar los pros y los contras y elegir el statu quo. «El hombre tiene algo más que perder que sus cadenas».

Para Hartmann las opciones también pasaban por no utilizar las herramientas del amo:

> Debemos organizar una práctica que dirija la lucha contra el patriarcado y la lucha contra el capitalismo. Debemos insistir en que la sociedad que queremos crear es una sociedad en la que el reconocimiento de la interdependencia sea liberación y no temor, en la que la educación sea una práctica universal y no una práctica opresiva, y en la que la mujer no siga soportando tanto las falsas como las concretas libertades del hombre.[91]

Como dice Jessa Crispin, pedirle a un sistema construido con el propósito expreso de oprimir «oiga, por favor, ¿le importaría dejar de oprimirme?» es una ridiculez. Lo único que cabe hacer es desmantelarlo por completo y reemplazarlo. El problema

nunca ha sido individual ni psicológico sino estructural y político. «Que haya un mar de emprendedoras dispuestas a tomar el poder, situarse y realizarse como cualquier hombre, no cambia nada de la estructura androcentrada de sometimiento y violencia a la que nos enfrentamos», asegura Laura Llevadot.

Hemos dedicado muchos esfuerzos a cambiar la sociedad, a encontrar las puertas de entrada, los modos de permanencia, a salir de los márgenes, a construir un espacio para las mujeres dentro del sistema, pero no ha funcionado porque no podía funcionar y además era imposible. El sistema estaba hecho para impedirnos la entrada. Tenemos que olvidarnos de los valores patriarcales y de las definiciones patriarcales, especialmente de las que están en el universo del poder, el éxito y la competitividad. Tendremos que pensar si es eso lo que queremos o lo que el patriarcado nos ha enseñado a desear. También, aceptar que para encontrar nuevos modos de vivir tenemos que rechazar las recompensas que nos habían prometido si entrábamos en el juego. Solo dentro de la estructura patriarcal tenemos las mujeres nuestras libertades restringidas. Dejar atrás el patriarcado supone renunciar a las recompensas que dicha estructura concede a cambio de colaborar con ella, pero nos devuelve la capacidad de acción. Crispin añade que también tenemos que dejar de llamar a la puerta del patriarcado para pedirle que nos valore, casi resultaría sospechoso su aplauso.

Podemos volver a Kate Millett y pensar sobre sus reflexiones acerca de cómo el patriarcado no permanece únicamente por su presencia y diseño de estructuras políticas, económicas o culturales. Su existencia depende del proceso personal y colectivo de asimilación y transmisión de sus reglas. Por eso, para Millett es fundamental, para el objetivo de erradicar el patriarcado, que los cambios se produzcan también a un nivel interno, con una rebelión profunda contra los mandatos de comportamiento, interrelación y vida que el patriarcado impone. Como siempre ha repetido Ana María Pérez del Campo, para ser

feminista hay que ser valiente. Probablemente no tanto para enfrentarse al mundo como para enfrentarse a una misma y atreverse a hacer todos los cambios que eliminar el patriarcado de nuestras vidas requiera. Una rebelión que ponga el foco en la manera en que interiorizamos las reglas y las posiciones de inferioridad, que condujera a un proceso despatriarcalizador de nuestras vidas.

La estirpe de Clara Campoamor

Yo sé que existe una estirpe de Clara Campoamor, la formada por esas mujeres que hacen política como hizo ella, con seriedad, con rigor y hasta el final, enfrentándose a todo lo que hiciera falta. Cambiándose de partido las veces que fuesen necesarias para conseguir sus objetivos, porque «la República no podía fallar a las mujeres», decía. Fue Clara Campoamor una mujer coherente con sus ideas sin importarle las consecuencias. Cuando el general Primo de Rivera quiso contar con ella para la Asamblea Nacional de la dictadura le rechazó, igual que hizo cuando la Academia de Jurisprudencia le concedió la Gran Cruz de Alfonso XII. Años después, el Gobierno la nombró directora general de Beneficencia, pero en 1934 abandonó su cargo y su partido —sí, incluso ella también dimitió—, tras realizar un viaje oficial y contemplar los efectos de la brutal represión de la Revolución de Asturias, ordenada por el Gobierno al que representaba. Consiguió estar en el grupo redactor de la Constitución, defendió el derecho al voto para las mujeres y lo consiguió casi en solitario, pero en las elecciones generales de 1933, la derecha arrasó en las urnas y los partidos de izquierda se hundieron. Todo el mundo encontró de inmediato una clara culpable: Clara Campoamor. Ni siquiera pudo renovar su escaño. Cuando en 1936 ganó las elecciones el Frente Popular, también con el voto de las mujeres, nadie le pidió disculpas. Al comenzar

la guerra se exilió y ya no pudo regresar a España antes de su muerte, en 1972. También sé que esta estirpe es tremendamente valiosa, pero si nos decidimos a no utilizar las herramientas del amo, mejor sería no enfrentarse solas al patriarcado. En esto la masa crítica, un mínimo del 30 por ciento de poder real, es determinante. No parece posible realizar ningún cambio social significativo con menos de ese porcentaje, pero igual de importante es que no parece posible que tenga ningún sentido enfrentarse sola y salir dañada sin conseguir los objetivos y sin consolidar los logros.

Dice Antoni Gutiérrez-Rubí que las maneras de abordar un problema son parte de las soluciones al mismo. Si la mirada a los retos es siempre desde la misma perspectiva, posición y ángulo, difícilmente se encontrarán nuevas opciones para abordarlos con éxito. No hay innovación en lo previsible, ni en lo inexorable, y necesitamos más que nunca nuevas ideas capaces de enfrentarse a todo tipo de determinismo que nos paraliza y que reduce la política a un hecho gerencial o notarial del destino, sin ninguna influencia en él y sin ninguna capacidad de controlarlo ni dirigirlo.[92] Estoy muy de acuerdo con él pero más aún con Guiomar cuando asegura que el sistema no es inamovible, por el contrario, siempre es *hackeable*, alterable, siempre hay un punto de fuga, una huida, una grieta no calculada. El error en el sistema es la amistad entre mujeres.[93] Cuantos más vínculos tengamos, más seguras estamos. Las amigas son un factor protector y la primera instancia de salvación. Quizá el mejor paso es buscar una amiga, alguien que te pueda creer. Necesitamos alianzas para salir del patriarcado y más vale que las elijamos bien. La violencia tiene la capacidad de robarte la voz.

Sobre las alianzas y el silencio, nada mejor que recordar *El cuento de la criada* cuando Defred piensa en cómo era Serena, su actual señora, en la época en la que la veía a menudo dando

las consignas de la élite ultra que poco después conseguiría el poder.

> Por aquel entonces, ella pronunciaba discursos. Y lo hacía bien. Hablaba de lo sagrado que era el hogar, y de que las mujeres debían quedarse en casa. Ella no predicaba con el ejemplo, por cierto, y justificaba este fallo suyo argumentando que se sacrificaba por el bien de todos.
>
> Ya no pronuncia discursos. Se ha vuelto muda. Se queda en su casa, aunque no parece sentarle bien. Qué furiosa debe estar, ahora que le han quitado la palabra.[94]

Sara Berbel también coincide en esa misma reflexión. ¿Estamos preparados para considerarlas con el mismo respeto, para admirarlas, para poder pensar en ellas como grandes sabias?, se pregunta. Y ella misma responde: No, sin duda, se sigue juzgando distinto. Medir es difícil cuando la suma de los obstáculos parece no tener fin. Aquí la única posibilidad es la red. Es decir, una mujer no puede estar allí sola porque entonces se la comerán o bien ella tendrá que adaptarse al statu quo, a lo que hay, porque si no, no se le permitirá seguir allí. La única manera de que lo pueda conseguir es que tenga detrás de ella una masa crítica de gente que la admire, que la quiera seguir, que crea en sus valores. Si tiene detrás feministas que la apoyan, que la admiran, que van a hablar de ella en términos elogiosos, podrá mantenerse y lograrlo, pero si no, no. Si no, en poco tiempo, lo dejará o bien dimitirá porque hay muchísimos casos de mujeres que abandonan. Si las mujeres no consiguen esa red, no sobrevivirán. En el momento en el que te sales de lo que se espera de ti, eres penalizada. Los hombres aún no esperan igualdad en las relaciones: «Las circunstancias —escribió Federica Montseny— han hecho que me encontrase siempre sola en los más terribles momentos de mi vida. Sola moralmente, sola para las decisiones, sin más consuelo que el que yo misma

encontraba en mi energía, en mi fuerza moral, en la consciencia del deber y su cumplimiento».[95]

Parecería que también necesitamos la desobediencia —esa actitud prohibida en los partidos políticos— pero indispensable para salir del patriarcado. En abril de 2019, Rita Segato inauguró la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires con un discurso en el que hacía apología de la desobediencia:

> A mis estudiantes de Antropología les he preguntado muchas y muchas veces, a lo largo de muchos años, «¿por qué estudiamos cómo la cultura nos hace ser de determinada manera, nos formatea, en lugar de estudiar cómo, a pesar de la cultura a la cual supuestamente "pertenecemos", cada uno de nosotros puede ser único, irrepetible, diferente?». La estrella guía de la humanidad es, precisamente, su capacidad de desvío. El acto de desobedecer, la distracción de la norma esa es mi lectura de lo más humano de lo humano: examinar los chips que nos programan y elegir cuál apagamos, a cuál le damos baja, qué mandato extirpamos de nuestra *matrix*. Porque para el patriarcado, el capital y los monoteísmos fundamentalistas hay una única verdad, una única forma del bien, un único dios, una única forma de futuro, una única justicia. Son, de esta forma, monopólicos, regidos por una lógica exclusiva y excluyente.

De nuevo, ¡las palabras de Defred en *El cuento de la criada* describiendo una ceremonia:

> Ahora viene lo más importante. Entran los veinte Ángeles que acaban de llegar de los frentes, recientemente condecorados, acompañados por la guardia de honor, marchando uno-dos-uno-dos hasta el centro del recinto. Atención, descansen. Y entonces, las veinte hijas con sus velos blancos avanzan tímidamente, tomadas del brazo por sus madres. Ahora son las madres y no los padres, quienes entregan a las hijas y facilitan los arreglos de las bodas. Los matrimonios, por supuesto, están concertados. Hace años que a estas chicas no se les permite estar a solas con un hombre; desde que empezó todo esto, ya ni sé cuándo. ¿Tienen edad suficiente para

recordar algo de los tiempos pasados, como jugar al béisbol, vestirse con tejanos y zapatillas, montar en bicicleta? ¿Y leer libros, ellas solas? Aunque algunas no tienen más de catorce años —iniciadlas pronto, no hay un momento que perder, es la norma—, igualmente recordarán. Y las que vengan después de ellas, durante tres o cuatro o cinco años, también recordarán; pero después no. Habrán vestido siempre de blanco y formado grupos de chicas; siempre habrán guardado silencio.[96]

Epílogo

Y, sin embargo, se mueve

Me gustaría ser tan optimista como Gerda Lerner cuando asegura que más de mil trescientos años de luchas individuales, decepciones y persistencia han llevado a las mujeres al momento histórico en el que podemos reclamar la libertad de nuestras mentes tal y como reclamamos nuestro pasado. Los milenios de prehistoria de las mujeres han llegado a su fin, afirma rotunda. [97] Estamos en el comienzo de una nueva época de la historia del pensamiento de la humanidad, en la medida en la que reconocemos que el sexo es irrelevante para el pensamiento, que el género es un constructo social y que las mujeres, igual que los hombres, hacen y definen la historia. El periodo de hegemonía patriarcal sobre la cultura ha terminado.

A pesar de que en la mayoría de los lugares del mundo e incluso en las democracias occidentales, la dominación masculina en las grandes instituciones culturales persiste, la emancipación cultural de las mujeres ha destruido el sólido monopolio que los hombres disfrutaron durante tanto tiempo sobre la teoría y la definición, señala Lerner. Por supuesto que la historiadora es consciente de que las mujeres todavía no ostentan poder sobre las instituciones, sobre el Estado o sobre la ley, y abunda en detalles al respecto, pero, aun así, asegura que las ideas teóricas, que los estudios académicos feministas modernos han conseguido hasta ahora, tienen poder para destruir el paradigma patriarcal. La marginación, la

ridiculización, los insultos, los recortes de presupuestos y otras herramientas diseñadas para detener el proceso de redefinición de las bases intelectuales de la civilización occidental, expulsando el pensamiento patriarcal de las mismas, todo ello tendrá finalmente que fracasar. Pueden retrasar temporalmente el proceso de transformación en curso, pero no lo pueden detener, concluye Lerner.

Sí, realmente me gustaría estar tan convencida como Gerda Lerner, pero hay demasiadas evidencias de que el patriarcado se revuelve como una bestia herida y tiene capacidad, poder y alianzas para acallar, una vez más, las voces feministas y desactivar el movimiento y las profundas transformaciones que este exige. Ahora bien, el feminismo tiene urgencias políticas porque las mujeres tenemos urgencias políticas. No hace falta enumerar todos los indicadores de desigualdad porque los conocemos suficientemente. Es más, no hay ni un solo indicador que nos hable de igualdad prácticamente en ningún lugar del mundo. Tenemos urgencia, sobre todo lo demás, en acabar con la violencia que soportamos casi de manera cotidiana y normalizada, la violencia que ha llevado a millones de mujeres a identificarse con el grito #SeAcabó, un clamor que resume demasiado dolor, demasiada rabia, demasiada tristeza.

Como escribía Marcela Serrano, vale la pena escuchar porque muchas voces vendrán a inundarnos, sin edad ni clase ni raza. Escuchar el dolor propio y el dolor de las otras.

> ¿Quién ha cavado estos agujeros? ¿Quién ha roto mi mirada? ¿Quién ha desoído mi respiración de espanto? ¿Quién ha cortado, golpe a golpe, los pedazos que me arman? Me repliego, muda, las palabras vuelan lejos, no las sujeto, como si me esquivasen desde el principio de los siglos, palabras vacías que se deletrean sonido a sonido perdiendo su significado. Como toda criatura marginada, expoliada, espiada y exiliada, me quedo sin lenguaje. Entonces recuerdo que existe el grito. Que puedo gritar. No lamentarme, que en eso nos hemos pasado la vida, de pura niebla se convertiría el

> firmamento si juntásemos los lamentos dispersos de cada una, opacaríamos al sol para siempre. Tampoco silenciarme, de ello ya tenemos bastantes, sílabas opacas cayendo a un vacío que no controla mi boca. Ni llorar. La hora del llanto ya se heló, copó todas las vasijas. ¡Ni una lágrima más! Es la hora del grito. El grito: el más feroz llamado, el más ronco y sonoro alarido. Es la hora del alba. [98]

Asumo pues que Gerda Lerner y Marcela Serrano tengan razón y sea la hora del alba. Pero como mínimo, será necesario que cambiemos de estrategia y acabemos con todos los síntomas del síndrome Borgen, porque necesitamos instrumentos políticos para llevar a cabo las acciones y necesitamos políticas feministas que puedan ponerlos en pie. El primer paso, probablemente sería despatriarcalizar el conocimiento, sacar el sexismo de las aulas y especialmente de las universidades y aprender del conocimiento sin sesgos de género interesados.

Angela Saini asegura que los mitos sexistas han llegado incluso a contaminar los estudios del comportamiento animal desde hace generaciones y, entre sus ejemplos, sigue las investigaciones de los especialistas en primates Frans de Waal y Amy Parish. Ambos han estudiado el comportamiento de los bonobos, por ejemplo, donde se ve con claridad que las hembras son las dominantes y esto se advierte en otras especies. Pero lo significativo de sus conclusiones es que el dominio no tiene nada que ver con el tamaño: «Las hembras bonobo de promedio son un poco más pequeñas que los machos. Lo que las diferencia es que forman unos vínculos sociales muy estrechos entre ellas, aun cuando no estén emparentadas. Estas redes sociales generan poder y dejan al margen toda posibilidad de que un macho en concreto pueda llegar a dominar el grupo».

Añade De Waal que «se nos ha contado que los machos dominan por naturaleza a las hembras, y que son mejores líderes que ellas. Pero yo creo que esta línea de argumentación no

funciona. No hay pruebas de ello».[99]

No, no hay pruebas de ello, pero parece que esos mitos han pasado a convertirse en nuestras propias convicciones. Como anécdota, relata De Waal cómo en una ocasión, tras acabar una conferencia en Alemania que había pronunciado ante un público formado por expertos primatólogos sobre el poder de la hembra bonobo, se levantó un catedrático muy enfadado y exclamó: «Pero ¿qué les pasa a estos machos?». Tenía clarísimo que «no era normal». Sirva la anécdota para subrayar cómo suele funcionar la transformación social: normalizando lo que antes habría sido impensable; y sirva el estudio de los bonobos para volver a dar valor a la unión frente a la fuerza.

Así pues, si es la hora del alba y tenemos urgencia política, no necesitamos una reacción feminista a la potentísima y violenta reacción patriarcal que estamos sufriendo, sino un *continuum* feminista, una acción de reapropiación del conocimiento siendo conscientes de que el patriarcado es la construcción cultural que el poder masculino ha hecho sobre la naturaleza, por tanto, se puede modificar y es urgente hacerlo. No es la del patriarcado una historia de los orígenes terminada y revisada. Es una historia que estamos en proceso de escribir y el proceso es activo. El feminismo es un movimiento.

Roberto Belarmino fue el cardenal que llevó los dos procesos de Inquisición contra las ideas de Giordano Bruno y Galileo. El astrónomo y filósofo Bruno nunca aceptó retractarse de nada, estuvo ocho años en la cárcel y tras el proceso fue sentenciado y murió quemado vivo. Galileo, en su lecho de muerte mucho tiempo después de que el poder de la Inquisición le obligara a renunciar a sus teorías, esas que sostenían que la Tierra no era el centro del universo y giraba en torno al Sol y no al contrario, dijo: «Y, sin embargo, se mueve».[100]

Bibliografía

Amorós, Celia, *Tiempo de feminismo*, Cátedra, Madrid, 2008.

— «Notas para una teoría nominalista del patriarcado», *Asparkía: investigación feminista* (1992), pp. 41-58.

Atwood, Margaret, *El cuento de la criada*, Barcelona, Salamandra, 2017.

Bates, Laura, *Los hombres que odian a las mujeres*, Madrid, Capitán Swing, 2023.

Beard, Mary, *Mujeres y poder. Un manifiesto*, Barcelona, Crítica, 2018.

Bernárdez, Asunción, *Mujeres en medio(s). Propuestas para analizar la comunicación masiva con perspectiva de género*, Madrid, Fundamentos, 2015.

— *Soft Power: Heroínas y muñecas en la cultura mediática*, Madrid, Fundamentos, 2018.

Bian, Lin, Sarah Jane Leslie y Andrei Cimpian, «Gender stereotypes about intellectual ability emerge early and influence children's interests», *Science*, 355(6323) (2017), pp. 389-391.

Borràs Isnardo, M., «La (de)construcción del género en la ficción política: el caso de Borgen», *Asparkía. Investigació Feminista*, 38 (2021), pp. 369-387, en <https:// doi.org/10.6035/Asparkia.2022.38.18>.

Boronat, Danae, *No las llames chicas, llámalas futbolistas: Del maltrato al reconocimiento: la lucha por la igualdad en el fútbol*, Barcelona, Cúpula, 2021.

Bourdieu, Pierre, *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama, 2000.

Bustelo, María y Emanuela Lombardo (eds.), *Políticas de igualdad en*

España y en Europa, Madrid, Cátedra, 2007.

Castells, Manuel, *Comunicación y poder*, Madrid, Alianza, 2010.

Cobo, Rosa, *Fundamentos del patriarcado moderno. Jean Jacques Rousseau*, Madrid, Cátedra, col. Feminismos, 1995.

— *La prostitución en el corazón del capitalismo*, Madrid, Catarata, 2017.

— *Aproximaciones a la teoría crítica feminista*, Lima, Cladem, 2014.

Criado, Caroline, *La mujer invisible*, Barcelona, Seix Barral, 2020.

Crispin, Jessa, *Por qué no soy feminista*, Barcelona, Lince, 2017.

Cruz-Castro, Laura, «Diferencias y sesgos de género en la financiación de la investigación: un enfoque dinámico», Gestión y Análisis de Políticas Públicas GAPP, 26, 2021, pp. 6-19.

Domingo, Carmen, *Con voy y voto. Las mujeres y la política en España (1931-1945)*, Barcelona, Lumen, 2004.

Durán Barba, Jaime y Santiago Nieto, *La nueva sociedad: Poder femenino, electores impredecibles y revolución tecnológica. De la transformación al caos*, Barcelona, Debate, 2022.

Faludi, Susan, *Reacción. La guerra no declarada contra la mujer moderna*, Barcelona, Anagrama, 1993.

Friedan, Betty, *La mística de la feminidad*, Madrid, Cátedra, 2009.

Gascón, Daniel, *El golpe posmoderno*, Barcelona, Debate, 2018.

G. Franco, Yanna y Asunción Bernárdez (eds.), *Misoginia online: la cultura de la manosfera en el contexto español*, Valencia, Tirant Humanidades, 2023.

Gross, Paul y Norman Levitt, *Higher superstition. The academic left and its quarrels with science*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1994.

Gutiérrez-Rubí, Antoni, *Gestionar las emociones políticas. Una guía para entender la irrupción de las emociones en la política y en la opinión pública*, Barcelona, Gedisa, 2023.

Haraldsson, Amanda y Lena Wängnerud, «The effect of media sexism on women's political ambition: evidence from a worldwide study», *Feminist Media Studies*, 19(4) (2019), pp. 525-541, DOI: 10.1080/14680777.2018. 1468797.

Hartmann, Heidi, «Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo», *Zona Abierta*, 24 (1980), pp. 85-113.

Jeffries, Stuart, *Todo, a todas horas, en todas partes. Cómo nos hicimos posmodernos*, Barcelona, Taurus, 2023.

Kimmel, Michael, *Hombres (blancos) cabreados. La masculinidad al final de una era*, Valencia, Barlin, 2023.

Lerner, Gerda, *La creación del patriarcado*, Pamplona, Katakrak, 2017.

— *La creación de la conciencia feminista. Desde la Edad Media hasta 1870*, Pamplona, Katakrak, 2019.

Llevadot, Laura, *Mi herida existía antes que yo. Feminismo y crítica de la diferencia sexual*, Barcelona, Tusquets, 2022.

López, Silvia, *Los cuerpos que importan en Judith Butler*, Madrid, Dos Bigotes, 2019.

— *La política sexual en Kate Millett*, Madrid, Dos Bigotes, 2019.

Lorde, Audre, *Zami. Una biomitografía*, Madrid, Capitán Swing, 2023.

— *La hermana, la extranjera*, Madrid, Horas y Horas, 2003.

Lorente, Miguel, *Mi marido me pega lo normal: agresión a la mujer: realidades y mitos*, Barcelona, Ares y Mares, 2001.

— *La refundación del machismo. Poskultura y guerra cultura*, Granada, Comares, 2023.

L. Pajares, Álvaro (coord.), *Memeceno. La era del meme en internet*, La Caja Books, 2023.

Marwich, Alice y Rebecca Lewis, «Media manipulation and disinformation online», *Data & Society*, 2015, en <https:// datasociety.net/library/media-manipulation-and-disinfoonline/>.

Mead, Rebecca *et al.*, *El cuento de la criada. Ensayos para una incursión en la República de Gilead*, Errata Naturae, Madrid, 2019.

McRobbie, Angela, *El desmantelamiento del feminismo. Género, cultura y cambio social*, Madrid, Morata, 2023.

Millett, Kate, *Política sexual*, Madrid, Cátedra, 2017.

Montseny, Federica, *Seis años de mi vida: 1939-1945*, Córdoba, Almuzara, 2019.

Nash, Mary, «Federica Montseny: dirigente anarquista, feminista y ministra», *Arenal*, 1(2) (julio-diciembre de 1994), p. 259-271.

Nuño, Laura, *El mito del varón sustentador: Orígenes y consecuencias de la división sexual del trabajo*, Barcelona, Icaria, 2010.

Paloma, Ángela, *Más políticas para otra policía. Más mujeres en política para la transformación social*, Madrid, Antonio Machado, 2020.

Parejo, Alejandra, *Una madre*, Madrid, Alianza, 2023.

Perceval, José María, *Historia mundial de la comunicación*, Madrid, Cátedra, 2015.

Proyecto UNA, *Leia, Rihanna & Trump. De cómo el feminismo ha transformado la cultura pop y de cómo el machismo reacciona con terror*, Barcelona, Descontrol, 2020.

Puleo, Alicia, «Moral de la transgresión, vigencia de un antiguo orden», *Isegoría*, 28 (junio de 2003).

Rich, Adrienne, *Ensayos esenciales. Cultura, política y el arte de la poesía*, Madrid, Capitán Swing, 2019.

Rousseff, Dilma, «Misoginia y manipulación mediática», en Manuela D'Ávila, *Siempre fue sobre nosotras. Relatos de violencia política de género en Brasil,* Buenos Aires, CLACSO, pp. 41-53.

Rovira, Guiomar, *#MeToo. La ola de las multitudes conectadas feministas*, Manresa, Bellaterra, 2023.

Russ, Joanna, *Cómo acabar con la escritura de las mujeres*,

Madrid, Dos Bigotes/Barrett, 2018.

Russell, Anna y Camila Pinheiro (ilustraciones), *Aquí estoy yo. Los discursos más inspiradores de grandes mujeres*, Barcelona, Grijalbo, 2019.

Segato, Rita, *Las estructuras elementales de la violencia*, Buenos Aires, Prometeo, 2003.

— *La guerra contra las mujeres*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2016.

Šimonović, Dubravka, «La violencia contra la mujer en la política». Informe de la relatora especial sobre la violencia contra la mujer, sus causas y consecuencias, Naciones Unidas, 2018.

Sokal, Alan y Jean Bricmont, *Imposturas intelectuales*, Barcelona, Paidós, 2008.

Subirats, Joan, *Análisis de políticas públicas y eficacia de la Administración*, Madrid, MAP/NAP, 1992.

Varela, Nuria, *Feminismo 4.0. La cuarta ola*, Barcelona, Ediciones B, 2019.

— *Cansadas*, Barcelona, Ediciones B, 2017.

— *Feminismo para principiantes*, Barcelona, Ediciones B, 2005.

— *Íbamos a ser reinas. Mentiras y complicidades que sustentan la violencia contra las mujeres*, Barcelona, Ediciones B, 2002.

Zafra, Remedios y Teresa López-Pellisa (eds.), *Ciberfeminismo. De VNS Matrix a Laboria Cuboniks*, Salamanca, Holobionte Ediciones, 2019.

Zugasti, Irene, *#SeAcabó. La doble victoria de las campeonas del mundo de fútbol*, Madrid, Escritos Contextatarios, 2023.

¿Por qué las mujeres abandonan la política? Por la autora de Feminismo para principiantes.

Este libro es una reflexión sobre la presencia —y la ausencia— de las mujeres en la toma de decisiones, más allá de los números, más allá de la igualdad formal o la paridad.

El número de mujeres líderes que han dejado sus cargos políticos en los últimos años es tan elevado que merece la pena ser estudiado como un fenómeno nuevo, que la autora ha bautizado como el «síndrome Borgen». El nombre hace alusión a la serie de televisión danesa que mostró la cara B del empoderamiento, concepto tras el cual se esconden más trampas que soluciones.

Desde la reivindicación organizada del derecho al voto para las mujeres fueron necesarios más de cien años hasta que en 1960 Sirima Bandaranaike se convirtiera en la primera mujer elegida jefa de un Ejecutivo. Más de sesenta años después, apenas hay una veintena de mujeres líderes en el mundo, pero, además, si el 1 de enero de 2023 había treinta y seis mujeres jefas de Estado o Gobierno, en septiembre de ese mismo año solo quedaban veintiocho.

Las extrañas, las intrusas, se cuelan por las rendijas de un poder que se resiste a ser compartido. Más parecen okupas a las que en cualquier momento se las puede desalojar con cualquier cantidad de violencia.

Nuria Varela es periodista, licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense y doctora cum laude en Derecho Autonómico y Local. Máster en Estudios Interdisciplinares de Género y Máster en Género y Políticas de Igualdad entre Mujeres y Hombres.

Es reportera especializada en conflictos bélicos y crisis de refugiados. Ha cubierto los feminicidios en Ciudad Juárez (2005-2007), la Revolución Naranja en Ucrania (2004), la guerra de Irak (2003), la matanza de Acteal en Chiapas, México (1998), el Afganistán de los talibanes (1996), la guerra de Bosnia (1992-1995), el sitio de Sarajevo (1992-1993) y el golpe de Estado en Rusia (1993). También ha investigado la realidad de los campos de refugiados: de la población Palestina en Jordania (2003), de los refugiados afganos en Pakistán (1996), de la población bosnia en Croacia (1993) y la vida en los campamentos de refugiados saharauis (1998).

Nuria Varela es autora de los libros: *Íbamos a ser reinas. Mentiras y complicidades que sustentan la violencia contra las mujeres* (Ediciones B, 2002, 2017), *Feminismo para principiantes* (Ediciones B, 2005, 2019), *La voz ignorada. Ana Orantes y el fin de la impunidad* (Debate, 2012), *Cansadas. Una reacción feminista frente a la nueva misoginia* (Ediciones B, 2017), *Feminismo para principiantes ilustrado* (Ediciones B, 2018), *Feminismo 4.0. La cuarta ola* (Ediciones B, 2019), *Violencia de género en hijas e hijos de maltratadores. La perpetuación de la violencia* (Editorial Comares, 2020). También es guionista del documental *Llavors de futur* (Semillas de futuro), IBDONA/Good News 2019. En el ámbito

institucional, fue la primera directora de Gabinete del primer Ministerio de Igualdad del Gobierno de España y directora general de Igualdad del Gobierno del Principado de Asturias.

Primera edición: junio de 2024

© 2024, Nuria Varela
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.,
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: María Mora
Fotografía de portada: © Anton Vierietin / iStock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-666-7514-7

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @edicionesb_es
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

[1] Discurso incluido en el libro de Anna Russell, *Aquí estoy yo. Los discursos más inspirados de grandes mujeres*, Barcelona, Grijalbo, 2019.

[2] José María Perceval, *Historia mundial de la comunicación*, Madrid, Cátedra, 2015.

[3] *Los hombres que odian a las mujeres*, Madrid, Capitán Swing, 2023.

[4] En 1991, Susan Faludi publicaba *Reacción. La guerra no declarada contra la mujer moderna* (Barcelona, Anagrama, 1993), un libro que ganó el Premio Pulitzer y en el que su autora explicaba minuciosamente cómo, tras los logros conseguidos por el feminismo en los años anteriores y antes de que la deseada igualdad entre los sexos estuviese asentada, una contrarrevolución ideológica —oculta tras un discurso aparentemente progresista—, amenazaba a las mujeres. En esta contrarrevolución, advertía la autora, estaba siendo determinante la sutil pero potentísima campaña reaccionaria que, desde comienzos de los ochenta, venían lanzando los medios de comunicación. Los mensajes coercitivos y culpabilizadores, exponía Faludi, se impusieron en la industria cinematográfica y televisiva que, con su enorme influencia ideológica, mostraba el fracaso de la mujer «liberada».

[5] Ley Orgánica 1/2004, de 28 de diciembre, de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género.

[6] *Una cuestión incomprendida: el maltrato a la mujer*, Madrid, Horas y Horas, 1995.

[7] *Mi marido me pega lo normal: agresión a la mujer. Realidades y mitos*, Barcelona, Ares y Mares, 2001.

[8] Ángela Paloma, *Más políticas para otra política. Más mujeres en política para la transformación social*, Madrid, Antonio Machado, 2020.

[9] CEO: *Chief Executive Officer*, el máximo ejecutivo de una organización, encargado de diseñar y aplicar las estrategias para lograr los objetivos.

[10] Ozielbo, Bárbara, *Un siglo de lucha. La consecución del voto femenino en Estados Unidos*, Biblioteca de Estudios sobre la

mujer, Diputación provincial de Málaga, 1996, citado en Bosch, E., Ferrer, V., Riera, T. y Alberdi, R., *Feminismo en las aulas*, Palma, Universitat de les Illes Balears, 2003.

[11] Anna Russell, *Aquí estoy yo. Los discursos más inspirados de grandes mujeres*, Barcelona, Grijalbo, 2019.

[12] Presidenta de Alemania desde 2005 a 2021.

[13] Posteriormente sería primera ministra del Reino Unido entre 2016 y 2019.

[14] Probablemente el paradigma de este modelo de liderazgo femenino sin mujeres sea el presidente de Estados Unidos Barack Obama.

[15] *Reacción: la guerra no declarada contra la mujer moderna*, Barcelona, Anagrama, 1993.

[16] Rebecca Mead, *El cuento de la criada. Ensayos para una incursión en la República de Gilead*, Madrid, Errata Naturae, 2019.

[17] Según la RAE, «trolear» en foros de internet y redes sociales se entiende como publicar mensajes provocativos, ofensivos o fuera de lugar con el fin de boicotear algo o a alguien o entorpecer la conversación.

[18] Laura Llevadot, *Mi herida existía antes que yo. Feminismo y crítica de la diferencia sexual*, Barcelona, Tusquets, 2022.

[19] Entrevista de *El País*, 13 de diciembre de 2023, <https://elpais.com/chile/2023-12-13/michelle-bachelet-preocupa-el-auge-dela-ultraderecha-con-cierta-desafeccion-con-la-democracia.html?rel=buscador_noticias>.

[20] Daniel Gascón, *El golpe posmoderno*, Barcelona, Debate, 2018.

[21] En julio de 2007, en el XXIII Congreso de las Juventudes Socialistas, el expresidente español Felipe González explicaba las claves para ejercer el liderazgo político: «El socialismo es, sobre todo, un sentimiento, y no es y no debe ser una construcción ideológica. Para liderar el cambio es imprescindible hacerse cargo del estado de ánimo de los otros [...] El liderazgo consiste en estar con la gente, con su sufrimiento, abriéndoles horizontes, pero hay que tenerlos claros».

[22] Carmen Domingo, *Con voz y voto. Las mujeres y la*

política en España (1931-1945), Barcelona, Lumen, 2004.

[23] Betty Friedan, por ejemplo, escribió *La mística de la feminidad* tras leer un libro que había suscitado amplio debate en aquella época: *Modern Women. The Lost Sex*, de Marynia Farnham y Ferdinand Lundberg, en el que se sostenía la tesis, con respecto a las mujeres norteamericanas, que estas «tenían un nivel educativo demasiado alto, lo que les impedía adaptarse a su rol como mujeres». Una afirmación que, según sostiene Friedan en su autobiografía, la puso furiosa porque «la idea de que educar a las mujeres tenía consecuencias negativas para ellas mismas y sus familias sobrepasaba los límites». Decidió entonces hacer un estudio sobre sus compañeras de universidad, les envió un cuestionario y con las sorprendentes respuestas que recibió comenzó la investigación sobre lo que hasta entonces se llamaba «el problema que no tenía nombre».

[24] Entrevista de María Pazos en *El País*, 27 de julio de 2011. <https://elpais.com/diario/2011/07/27/ultima/1311717601_850215.html>.

[25] C. Hymowitz y T. D. Schelhardt, «The Glass-Ceiling Why Women Can't Seem to Break the Invisible Barrier that Blocks Them from Top Jobs», *The Wall Street Journal*, 57, 1986, D1, D4-D5,

[26] A. M. Morrison, R. P. White y R. Van Velsor, *Breaking the Glass Ceiling: Can women reach the top of American's corporations*?, Nueva York, Adison-Wesley, 1987.

[27] Dubravka Šimonović, *La violencia contra la mujer en la política*. Informe de la relatora especial sobre la violencia contra la mujer, sus causas y consecuencias, Naciones Unidas, 2018.

[28] Reportaje publicado en *Página 12* por Flor Di Niro el 21 de noviembre de 2023.

[29] Definición acordada en 2015, en la VI Conferencia de Estados Parte de la Convención de Belém do Pará celebrada en Lima (Perú).

[30] *La violencia política por razón de género en España: una aproximación cualitativa*. Informe de hybridas para el Ministerio de Igualdad, Madrid, 2022.

[31] Danae Boronat, *No las llames chicas, llámalas futbolistas: Del maltrato al reconocimiento: la lucha por la igualdad en el fútbol*, Barcelona, Cúpula, 2021.

[32] Irene Zugasti, *#SeAcabó. La doble victoria de las campeonas del mundo de fútbol*, Madrid, Escritos Contextatarios, 2023.

[33] Carta publicada en *Newtral* el 5 de septiembre de 2023, <https://www.newtral.es/carta-a-jenni-hermoso-de-ne-venka/20230905/>.

[34] Mary Nash, «Federica Montseny: dirigente anarquista, feminista y ministra», *Arenal*, 1:2; julio-diciembre 1994, pp. 259-271.

[35] Federica Montseny, conferencia en el teatro Apolo de Valencia «Mi experiencia en el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, Comisión de Propaganda y Prensa del Comité Nacional de la C.N.T. 6 de junio de 1937.

[36] Alicia Miyares, *Democracia feminista*, Madrid, Cátedra, 2003.

[37] Agencia de Derechos Fundamentales de la Unión Europea, «Violence Againts Women: an EU-wide Survey», 2014, <https://fra.europa.eu/sites/default/files/fra-2014-vaw-survey-factsheet_es. pdf>.

[38] En España, «zorra» es el insulto más utilizado para despreciar a las mujeres. Tiene significado de «prostituta», pero en un sentido profundamente ofensivo, humillante. Está presente de manera habitual en el relato de las mujeres víctimas de violencia física y sexual, los agresores lo utilizan de manera recurrente, es la manera de culpabilizar y despreciar al mismo tiempo a sus víctimas mientras ejercen la agresión.

[39] Cadena SER, 3 febrero de 2024.

[40] Stuart Jeffries, *Todo, a todas horas, en todas partes. Cómo nos hicimos posmodernos*, Barcelona, Taurus, 2023.

[41] El feminismo radical nace en 1967 cuando Pam Allen y Shulamith Firestone fundan el *New York Radical Women*. Tres años más tarde, Kate Millett publicaría *Política sexual*.

[42] El 15 de diciembre de 2022 tuvo lugar el último #WebinarFeminista del ciclo de formación Ciencias Sociales con Perspectiva Feminista, organizado por Feministes de Catalunya titulado «El giro posmoderno en las ciencias sociales y su impacto en la investigación». En él participaron la antropóloga Silvia Carrasco, la socióloga Rosa Cobo y la filósofa Anna Estany. Se puede ver íntegro, en <https://www.youtube.com/watch?v=giI_wj4Hm_U&t=9s>.

[43] Paul Gross y Norman Levitt, *Higher superstition. The academic left and its quarrels with science*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1994.

[44] Alan Sokal y Jean Bricmont, *Imposturas intelectuales*, Barcelona, Paidós, 2008. La primera edición se publicó en francés en 1997 y al año siguiente, en Londres, la edición inglesa.

[45] «Conocimiento situado» es un concepto desarrollado por Donna Haraway que propone hablar de los objetos de estudio poniendo en evidencia el lugar desde el cual se parte. Según la autora, independientemente del tipo de método empleado, ningún conocimiento está desligado de su contexto ni de la subjetividad de quien lo emite.

[46] Stuart Jeffries, «The Effect of the Whip: The Frankfurt School and the Oppression of Women», 2017.

[47] Por feminismo radical entendemos una corriente política que nace a finales de los años sesenta en Estados Unidos, y se desarrolla como tal entre 1967 y 1975. Tuvo dos obras fundamentales: *Política sexual*, de Kate Millett y *La dialéctica del sexo*, de Sulamith Firestone. Fue Firestone quien formuló el feminismo como un proyecto radical en el sentido de tomar las cosas por la raíz y, por lo tanto, irían a la raíz misma de la opresión. Definieron conceptos fundamentales para el análisis feminista como patriarcado, género y casta sexual. Con el eslogan de «lo personal es político», las radicales identificaron como centros de la dominación áreas de la vida que hasta entonces se consideraban «privadas» y revolucionaron la teoría política al analizar las relaciones de poder que estructuran la familia y la sexualidad. Además de revolucionar la teoría política y feminista, las radicales hicieron tres aportaciones, como mínimo, igual de importantes: las grandes protestas públicas, el desarrollo de los grupos de autoconciencia y la creación de centros alternativos de ayuda y autoayuda.

[48] Artículo publicado por Millett en el *Guardian*, Londres, junio de 1988. Traducción de Amparo Jiménez.

[49] Nuria Varela*, Cansadas*, Barcelona, Ediciones B, 2017.

[50] Con notables excepciones, claro. *La mujer a 1000 grados* de Hallgrimur Helgason, sin duda es una de ellas.

[51] Gerda Lerner, *La creación del patriarcado*, Pamplona, Katakrak, 2017.

[52] *Ibid.*, pp. 24 y 25.

[53] V. I. Lenin, *La emancipación de la mujer*, Madrid, Akal, 1974, p. 101.

[54] Hartmann, Heidi, «Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo», *Zona Abierta*, 24 (1980), pp. 85-113.

[55] Antoni Gutiérrez-Rubí, *Gestionar las emociones políticas. Una guía para entender la irrupción de las emociones en la política y en la opinión pública*, Barcelona, Gedisa, 2023, p. 87.

[56] *Ibid.*, pp. 15-16.

[57] Lerner, *op. cit.*, p. 421.

[58] Jaime Durán Barba, Santiago Nieto, *La nueva sociedad: Poder femenino, electores impredecibles y revolución tecnológica. De la transformación al caos*, Barcelona, Debate, 2022.

[59] Guiomar Rovira, *#MeToo. La ola de las multitudes conectadas feministas*, Manresa, Bellaterra, 2023, p. 14.

[60] Del inglés *man* (hombre) y «esfera»; se tradujo al castellano como «machosfera» o «androsfera».

[61] Yanna G. Franco y Asunción Bernárdez (eds.), *Misoginia online: la cultura de la manosfera en el contexto español*, Valencia, Tirant Humanidades, 2023.

[62] Proyecto UNA, *Leia, Rihanna & Trump. De cómo el feminismo ha transformado la cultura pop y de cómo el machismo reacciona con terror*, Descontrol, Barcelona, 2020.

[63] Creado en 2006 por Alejandro Marín Nicolás, es el mayor foro de español del mundo con 857.000 miembros y más de 425 mil millones de mensajes en 2022.

[64] G. Franco y Bernárdez, *op. cit.*, pp. 115-130.

[65] Proyecto UNA, *Leia, Rihanna & Trump. De cómo el feminismo ha transformado la cultura pop y de cómo el machismo reacciona con terror*, Barcelona, Descontrol, 2020, pp. 44-47.

[66] Laura Bates, *Los hombres que odian a las mujeres*, Madrid, Capitán Swing, 2023, pp. 16-19.

[67] *Ibid.*, p21.

[68] Alice Marwich y Rebecca Lewis, «Media manipulation and disinformation online», *Data & Society*, 2015.

[69] G. Franco y Bernárdez (eds.), *op. cit.*, pp. 14-17.

[70] Dilma Rousseff, «Misoginia y manipulación mediática», en Manuela D'Ávila, *Siempre fue sobre nosotras. Relatos de violencia política de género en Brasil,* Buenos Aires, CLACSO, 2022, p. 52.

[71] «Reacción».

[72] *Bot* es un acortamiento de «robot» que se refiere a un *software* que actúa como una cuenta automatizada. Los *bots* son programas automatizados que simulan interacción humana en las plataformas de redes sociales.

[73] Rovira, *op. cit.*, p. 42.

[74] *La mística de la feminidad* es un libro clásico del pensamiento feminista, un libro de cabecera de la tercera ola, que Betty Friedan publicó en Estados Unidos en 1963. Es una obra de la larga tradición feminista de «a grandes males, grandes remedios». Betty quería escribir un artículo, pero como nadie se lo publicó —ninguna revista quería saber nada de «ese malestar que no tiene nombre» del que hablaba la periodista (que trabajaba por su cuenta porque la habían despedido tras tener a su segundo hijo)—, siguió investigando y, en vez de dedicarle un par de semanas, fueron siete años. Tomando la observación como el mejor método de investigación, se dio cuenta de que las mujeres sufrían una

profunda insatisfacción con su vida, un problema que no tenía nombre, pero por un lado estaba provocando que las mujeres abandonaran *por propia iniciativa* el mundo profesional que conocían y para el que estaban perfectamente preparadas. En el prólogo de la primera edición en español, Lilí Álvarez escribía: «Sin saberlo, una nación paga el éxito de su economía con el fracaso y el desasosiego de sus mujeres». Ahora, las mujeres, a pesar de todo lo que ha costado llegar, están abandonando, también supuestamente por propia iniciativa, es decir, por *libre elección*, los lugares de toma de decisiones.

[75] Betty Friedan, *La mística de la feminidad*, Madrid, Cátedra, 2009, p. 21.

[76] Audre Lorde, *Zami. Una biomitografía*, Madrid, Capitán Swing, 2023, publicado originalmente en 1982.

[77] Laura Llevadot *Mi herida existía antes que yo. Feminismo y crítica de la diferencia sexual*, Barcelona, Tusquets, 2022.

[78] Gerda Lerner, *La creación de la conciencia feminista. Desde la Edad Media hasta 1870*, Pamplona, Katakrak, 2019.

[79] España lo ratificó en 1983 aunque con la salvedad de que, según la Constitución, los varones tienen preferencia sobre las mujeres en la sucesión a la Corona: «La ratificación de la Convención por España no afectará a las disposiciones constitucionales en materia de sucesión a la Corona española». En la actualidad, la Convención cuenta con 189 estados partes.

[80] Joan Subirats, *Análisis de políticas públicas y eficacia de la Administración*, Madrid, MAP/NAP, 1992.

[81] En España aún recordamos a una presidenta de la Comunidad de Madrid, Esperanza Aguirre, que se cansó de repetir a todas horas aquello —que le debía parecer muy ingenioso— de «Igual da».

[82] María Bustelo y Emanuela Lombardo (eds.), *Políticas de igualdad en España y en Europa*, Madrid, Cátedra, 2007, pp. 11-12.

[83] Laura Cruz-Castro, «Diferencias y sesgos de género en la financiación de la investigación: un enfoque dinámico», *Gestión y*

análisis de políticas públicas, 26 (2021), p. 7.

[84] Bustelo y Lombardo, *op. cit.*, p. 28.

[85] Jessa Crispin, *Por qué no soy feminista*, Barcelona, Lince, 2017, p. 45.

[86] Manuel Castells, *Comunicación y poder*, Madrid, Alianza, 2010, p. 25.

[87] Asunción Bernárdez, *Mujeres en medio(s). Propuestas para analizar la comunicación masiva con perspectiva de género*, Madrid, Fundamentos, 2015, p. 248.

[88] Pierre Bourdieu, *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama, 2000, pp. 11-12.

[89] *Ibid.*

[90] Crispin, Jessa, *op. cit.*, pp. 17-19.

[91] Heidi Hartmann, *op. cit.*

[92] Gutiérrez-Rubí, *op. cit.*, p. 57.

[93] Rovira, *op. cit.*, p. 20.

[94] Margaret Atwood, *El cuento de la criada*, Barcelona, Salamandra, 2017, p. 80.

[95] Federica Montseny, *Seis años de mi vida: 1939-1945*, Córdoba, Almuzara, 2019.

[96] Atwood, *op. cit.*, p. 301.

[97] Gerda Lerner, *La creación de la conciencia feminista*, Katakrak, Pamplona, 2019.

[98] Marcela Serrano, prólogo en Nuria Varela, *Íbamos a ser reinas. Mentiras y complicidades que sustentan la violencia contra las mujeres*, Barcelona, Ediciones B, 2002.

[99] Angela Saini, *El patriarcado. Los orígenes de la dominación masculina*, Barcelona, Kairós, 2024.

[100] *Eppur si muove*. Aunque hay quienes aseguran que Galileo nunca pronunció estas palabras, más bien las atribuyen a otro autor o incluso fruto de la leyenda. El caso es que lo hubiese dicho o no, moverse, se mueve.

Índice

El síndrome Borgen

Prólogo

Introducción. La retórica de la igualdad

1. El síndrome Borgen

2. Cómo acabar con las mujeres en política

3. La paridad no era esto

4. El relato, el maldito relato

5. Las herramientas del amo no desmontarán

Epílogo. Y, sin embargo, se mueve

Bibliografía

Sobre este libro

Sobre Nuria Varela

Créditos

Notas